

# ELLA SÍ QUE ESTABA



MÓNICA BENÍTEZ

ELLA SÍ QUE ESTABA

Mónica Benítez

Copyright © 2018 Mónica Benítez

Todos los derechos reservados

## Índice

- [1. La nota](#)
- [2. Confesión y aceptación](#)
- [3. La primera llamada](#)
- [4. El pasado de Paula](#)
- [5. La segunda llamada](#)
- [6. Un deseo que me mata](#)
- [7. Un paseo telefónico](#)
- [8. Paso a paso](#)
- [9. Hagámoslo juntas](#)
- [10. Te reconoceré](#)
- [11. Acaba tú](#)
- [12. ¿Follar o hacer el amor?](#)
- [13. Feliz cumpleaños](#)
- [14. Martina](#)
- [15. La otra verdad](#)
- [16. Inflexión](#)
- [17. El día del juicio](#)
- [18. Estoy contigo](#)
- [19. Liberar tensiones](#)
- [20. Casi un año después](#)

## 1. La nota

—¿Por qué no os venís tú y Esteban a cenar el sábado a casa? Mario hará su famosa lasaña...  
—me sugiere mi mejor amiga.

De pronto me arrepiento de haber quedado con ella en esta cafetería, sabía que tarde o temprano tendría que contarle la verdad a Isa, pero no me apetece, y tras esa pregunta que acaba de hacerme y por el rumbo que está tomando nuestra conversación, al final voy a tener que hacerlo.

—Otro día Isa, estoy muy liada con el trabajo este fin de semana—digo con un gesto agotado que no la convence.

—Venga ya Vane, cuéntale el rollo a otra, diseñas páginas web, tú no tienes horarios— responde molesta.

—Es verdad, pero tengo mucho trabajo acumulado Isa, y había pensado ponerme al día este fin de semana.

Siento cierta presión en el pecho cuando clava su mirada en mí y sus ojos se empequeñecen, esa es la cara que Isa pone cuando sospecha algo, y ante su mirada acusadora soy incapaz de mentir, lo he intentado varias veces pero no funciona, Isa me conoce demasiado bien y siempre me acaba pillando. Le basta con poner ese gesto y hacerme la pregunta para la que desea una respuesta y yo me siento desarmada y traspasada por la profundidad de sus ojos negros.

—¿Va todo bien entre Esteban y tú?

Y ahí está la pregunta, la odio cuando hace eso, no solo porque no puedo ocultarle nada, sino porque además me toca aguantar sus sermones.

—¿Podemos hablar de eso en otro momento Isa? Me gustaría tomarme el café tranquila... — le pido en tono conciliador.

—¡Por Dios Vane! Dime que no has dejado a Esteban—dice elevando la voz y haciendo aspavientos con las manos.

Miro en todas direcciones, la cafetería está bastante llena y el enfado de mi amiga ha captado la atención de varias personas.

—¿Por qué no gritas un poco más alto? —Pregunto con ironía—yo creo que los de aquella mesa todavía no se han enterado—contesto de mal humor.

—Que les den—dice sin inmutarse—. No te entiendo, te juro que no te entiendo Vane... Esteban está colado por ti y es un buen chico, hacéis una pareja estupenda, creía que te gustaba,

¿qué más necesitas? —pregunta tan sorprendida como cabreada.

Durante un segundo me quedo en silencio pensando en su pregunta, tiene razón, Esteban es lo que cualquier chica querría tener a su lado, es guapo, atento, cariñoso y además es cierto, está colado por mí. Pero por lo visto yo no soy cualquier chica.

—No lo sé Isa—contesto decepcionada conmigo misma—tal vez haya confundido todas sus atenciones con el amor y me he dejado llevar, pero creo que no es amor lo que yo siento por él—le confieso aturdida.

—¿Cómo coño vas a saber si sientes algo por él si no te das tiempo Vanesa? Siempre haces lo mismo, en cuestión de dos meses te los ventilas a todos.

Su última frase me duele un poco, suena peor de lo que realmente es, pero no deja de ser cierta, no he conseguido aguantar con ningún chico mucho más de ese tiempo. Mi amiga está claramente molesta y parece que su enfado crece por segundos, se está poniendo colorada y me mira como si se esforzara por entender mi comportamiento.

—¿Os habéis acostado? —pregunta de pronto.

—¿Cómo? —Respondo aturdida—¿a qué viene esa pregunta, Isa?

Aunque Isa es mi mejor amiga nunca he hablado de estas cosas con ella, soy una persona bastante reservada, me cuesta abrirme, sobre todo en ciertos temas, y el sexo es uno de ellos. Siempre que saca temas de ese tipo suelo desviar las conversaciones porque me siento incómoda, cuando quiere chincharme hace algún comentario morboso y no para hasta que me pongo como un tomate, pero ahora no es el caso, su pregunta va en serio y me estoy poniendo muy nerviosa.

—Es una pregunta muy simple Vane, ¿habéis follado? —insiste elevando la voz.

—¡Joder Isa! ¿Quieres hablar más bajito? —le pido avergonzada.

—Contesta Vanesa—insiste traspasándome con la mirada—¿te lo has tirado o no?

El pulso se me acelera y tengo ganas de tirarle algo a la cabeza, estoy segura de que si estuviéramos en su casa o en la mía es muy probable que le dijese cuatro cosas, pero estamos en una cafetería a las cinco de la tarde, rodeadas de abuelas cotilla y estudiantes que oyen la palabra sexo y les saltan todas las alarmas, así que respiro hondo intentando contener mi enfado y me rindo ante la insistencia de mi amiga.

—No, no me lo he tirado—confieso sin más.

—¡Yo alucino! —dice abriendo mucho los ojos.

—Si vuelves a levantar la voz me levanto y me largo—la amenazo.

—Vale, vale, perdona, ya me calmo—concede por fin—¿con Iván hiciste lo mismo? ¿Lo dejaste sin haber mantenido relaciones? —me pregunta más serena.

Creo que todas las personas tenemos en nuestro círculo de amigos a un confesor para ciertos temas, con unos nos es más fácil hablar de unas cosas y con otros de otras, y ahora mismo me

estoy dando cuenta de que el hecho de que no hable de sexo con Isa no se debe solo a mi timidez, es simplemente que con ella no me siento cómoda hablando de esto y no entiendo por qué, es uno de sus temas favoritos. Quizá se deba a que ella habla de sexo como algo que simplemente sirve para dar placer, como algo que se debe hacer siempre que se puede y yo no soy así, no me van los líos de una noche, no soy de polvos ocasionales y si me acuesto con alguien es porque siento algo hacia esa persona, o por lo menos eso es lo que creo en ese momento y por eso no paro de cagarla.

—Con Iván me acosté una vez—contesto con desgana.

—¿Y? —pregunta alzando las cejas.

—Le dejé, ¿recuerdas? —pregunto molesta.

—¿Tan mal os fue Vane? —pregunta en un tono más cariñoso que me tranquiliza un poco.

—No es que fuera mal Isa, es que no me gustó, no sentí lo que creo que debería de sentir—le confieso angustiada.

—¿Y has dejado a Esteban porque crees que te va a pasar lo mismo? —pregunta sin entender.

—No joder, lo he dejado porque me he dado cuenta de que no estoy enamorada de él, y ya está Isa, no quiero hablar más de esto—sentencio.

—Está bien, vale, ya hablaremos de tus problemas sexuales en otro momento.

Suspiro aliviada, pero me dura poco.

—Dime que todo esto no es por lo de tu madre Vane—dice de pronto.

El pulso se me acelera en cuanto la nombra.

—¿Qué coño pinta mi madre en todo esto Isa? —pregunto alterada.

—Nada, pero se acerca tu cumpleaños y las dos sabemos cómo te pones en estas fechas. ¿Has recibido ya la nota?

—No, ya sabes que siempre la recibo el mismo día, y ya basta Isa, no sigas con esto por favor —le suplico.

—No, no basta, ya está bien de esconderte como una niña, ya va siendo hora de que hablemos sobre el tema Vane, han pasado, ¿cuántos? ¿Catorce años?

—Quince—le aclaro.

—Tu madre no está, sé que es muy duro pero tienes que aceptarlo de una vez y pasar página, no puedes seguir haciendo lo mismo todos los años.

Sé que mi amiga tiene razón, pero ni estoy preparada ni quiero hablar sobre ese tema con ella ahora. Me duele que piense que lo que ha pasado con Esteban tiene que ver con mi madre, y siento como toda la tristeza que me ha provocado que la mencione, ahora se está transformando en rabia.

—Puedo hacer lo que me dé la gana, tú no eres nadie para decirme cómo tengo que llevar su pérdida—contesto sin sentirme dueña de mis palabras.

—Y una mierda no lo soy—se enfada de nuevo—soy tu mejor amiga y estoy hasta el coño de ver como todos los años cuando se acerca la fecha agachas la cabeza y te hundes, te abandonas a la tristeza y nos apartas a todos de tu lado, no contestas al teléfono ni sales de tu casa en dos semanas, ¿y sabes lo que creo? —Pregunta sin dejarme contestar—creo que ese comportamiento era excusable hace unos años, per vas a cumplir veintinueve joder, ya no eres una cría, ¡supéralo de una vez! Y empieza a vivir, es lo que ella hubiera querido.

Es la primera vez que Isa es tan dura conmigo con este tema, sus palabras me aturden y no sé qué responder, solo siento ganas de llorar pero sé que en el fondo ha hecho lo que debe como amiga mía que es, intentar que espabile aunque para eso tenga que decirme cosas que no quiero oír. Aguanto la respiración y noto como me tiembla la barbilla cuando contengo las ganas de llorar, no quiero hacerlo delante de ella ni de nadie, así que me levanto, acarició el hombro de mi amiga cuando paso por su lado y desaparezco.

Cuando llego a casa me dejo caer en el sofá agotada, intento dejar la mente en blanco pero no puedo dejar de pensar en lo que me ha dicho Isa. Faltan cuatro semanas justas para mi cumpleaños, cumpliré veintinueve, y aunque un cumpleaños siempre es motivo de celebración para mí no lo es, no es un día que me apetezca hacer nada que no sea echar a mi madre de menos.

Recuerdo que cuando era pequeña deseaba con ansia que llegara ese día, como todos los críos supongo, regalos, fiestas sorpresa, amigos, juegos... Pero todo eso cambió para mí cuando cumplí los catorce, el día antes mi madre desapareció de mi vida para siempre, aquella noche simplemente no volvió a casa, ni ninguna otra noche después de aquella.

Puedo recordar el día de su desaparición con una claridad que me asombra, la primera alarma saltó cuando salí del instituto y ella no estaba en la puerta esperando. Aquel día habíamos quedado para ir a comprar mi regalo, ya no era una cría, *o seguramente sí*, así que no hacía falta que me compraran cosas y las envolvieran, los dos últimos años mi madre me llevaba de compras y yo escogía personalmente lo que quería, hasta cierto presupuesto claro. Tras una hora esperando cogí el autobús y volví a casa, tampoco estaba. Llamé a mi padre nerviosa y él salió antes del trabajo para ir a buscarla, pero no tuvo éxito.

Mi madre era una mujer hogareña, muy de su casa y de su familia, jamás se hubiera ido sin decir nada, así que ante mi desesperación, mi padre llamó a algunos familiares y amigos y se fueron a buscarla mientras yo me quedaba en casa por si volvía o llamaba, pero ni ellos tuvieron suerte ni mi madre regresó. Recuerdo aquel día, pero en cambio no consigo recordar todo lo que sucedió después, solo que de pronto me había quedado sin madre.

Mi padre me contó que la policía nunca encontró el cuerpo y que tampoco había dejado ninguna nota, no había ni rastro de ella en hospitales, no había usado su pasaporte ni las tarjetas



de crédito, no se había llevado nada de casa ni había motivos para sospechar que le hubiese pasado nada violento, era como si de pronto la tierra se la hubiera tragado. Así que tras varios meses de búsqueda sin resultado alguno la policía abandonó el caso y mi madre pasó a formar parte de la larga lista de personas desaparecidas.

Aunque no se lo he dicho a Isa este año es para mí peor que ninguno, cuando cumpla los veintinueve llevaré más de la mitad de mi vida sin mi madre, y eso me aterra, me aterra pensar que llegue a olvidarme de ella, ya casi no consigo recordar su cara y he olvidado por completo el sonido de su voz, ¿qué será lo siguiente? A día de hoy lo único que me queda de ella es su olor, es curioso cómo reacciona la mente a veces, casi no puedo recordar su cara, algo palpable, pero en cambio sí que recuerdo aquel olor que me hacía sentir segura cuando me abrazaba.

Pienso en mi amiga y me siento mal de nuevo, hay otra cosa que no le he contado a Isa, la oculté en su día porque pensé que me echaría la bronca y conforme pasa el tiempo se me hace cada vez más difícil hablarle de Martina. La conocí hace cinco años en Londres, bajo el pretexto de que mi padre acababa de morir y necesitaba tiempo para asimilarlo todo, le dije a Isa que iba a hacer un pequeño viaje a Londres para despejarme, ella insistió en acompañarme pero al final la convencí de que debía ir sola, necesitaba tiempo para mí y aceptó sin hacer más preguntas. Pero ese no fue el motivo real, viajé allí porque me enteré de que hacían un congreso sobre personas desaparecidas. Durante muchos años mi padre intentó convencerme de que ella nos había abandonado, que la única explicación posible para su ausencia era que mi madre hubiera decidido marcharse, yo nunca lo creí ni lo creo ahora. Aunque mi padre se rindió y decidió creer en el alcohol y esa teoría, yo jamás lo he hecho, mi madre jamás se hubiese marchado sin despedirse de mí, eso por no hablar de la nota, justo el día que se cumplía un año después de su desaparición, es decir, un día antes de mi cumpleaños, encontré un sobre con mi nombre y sin remitente en el buzón, dentro había una nota: *no me olvides nunca*. Aquel día sentí un pinchazo en el pecho, no necesitaba que la policía examinara la nota para saber que la letra era de mi madre, la conocía de memoria. Aun así, mi padre la llevó a la policía para que la examinaran, no encontraron huellas dactilares, pero tras un examen grafológico confirmaron dos cosas: la primera era que aquella nota era una fotocopia, y la segunda, lo que yo ya sabía: que la letra era suya. La nota obligó a la policía a reabrir el caso bajo el pretexto de que alguien la hubiese secuestrado y obligado a enviar esa nota como un detalle macabro que le hiciera disfrutar de su atrocidad, pero de nuevo no encontraron nada, ni indicios ni pruebas de un secuestro, y tras unos pocos meses el caso de mi madre cayó de nuevo en el olvido.

Al año siguiente volví a recibirla, volvimos a llevarla a la policía pero esa vez simplemente tomaron nota, no se reabrió el caso. Todos los años recibo la misma nota el mismo día, el catorce de Julio, pero ya no acudo a la policía, sé que no van a hacer nada. La primera vez que me mudé de casa estaba aterrorizada ante el hecho de no volver a recibirla, supongo que esa nota es la que mantiene viva en mí la esperanza de que mi madre sigue viva en alguna parte, aunque no quiera verme. Pero la recibí, da igual cuantas veces me haya mudado en este tiempo, nunca he dejado de recibir su nota.

Estando en Londres conocí a Martina, una madrileña cuatro años mayor que yo. Era licenciada en Criminología y miembro del cuerpo de la Policía Nacional, estaba allí porque quería ser inspectora de homicidios y toda preparación le parecía poca. Nos conocimos el primer día porque la casualidad hizo que nos sentáramos juntas y a Martina le gusta mucho hablar y hacer preguntas. En el descanso fuimos juntas a picar algo y enseguida conectamos. Cuando me preguntó porque estaba yo allí no supe muy bien que responderle y al final acabé contándole mi historia para que ella misma sacara sus propias conclusiones.

Aquella conferencia duraba dos días, Martina había ido sola y yo también, así que todas las horas libres las pasamos juntas. Le conté toda mi historia y ella me contó la suya, vivía en Madrid con su novio, inspector de policía, un chico con el que ya llevaba casi dos años. Sus padres vivían en Córdoba y su única hermana que era dos años menor que ella llevaba tres años trabajando en Atlanta.

—Hay algo en el caso de tu madre que no cuadra Vanesa, policialmente hablando lo que me cuentas no tiene sentido, es como un puzle al que le faltan piezas—comentó extrañada.

—Supongo que por eso sigo buscando respuestas—susurré.

Martina acarició mi brazo y me miró con una dulzura que me traspasó, era la primera persona a la que le contaba lo de mi madre y le parecía tan extraño como a mí, algo no cuadraba, y saber que ella, viéndolo desde fuera, opinaba como yo, me hizo sentir un alivio profundo que no sé cómo expresar.

—No dejes de hacerlo Vanesa, nunca hay que rendirse, pero tampoco quiero que te obceques en esto, eres joven y debes disfrutar de la vida.

—Lo hago Martina, o al menos lo intento, pero es muy frustrante no saber lo que pasó—le confesé.

—Me lo imagino, ¿qué te parece si cuando ascienda a inspectora me hago con una copia de ese informe y le echo un vistazo?

—¿Lo harías? —pregunté emocionada.

—Sí, ya te he dicho que hay algo que me intriga en esta historia, pero mientras tanto quiero que dejes de asistir a estos eventos Vanesa, esto no te ayuda, solo te obsesiona más, ¿me lo prometes?

—Lo prometo—dije con sinceridad.

Cuando llegó el momento de marcharnos nos intercambiamos el número y nos abrazamos con fuerza antes de que ella cogiera su vuelo a Madrid y yo a Barcelona. Desde entonces Martina se ha convertido en un pilar fundamental en mi vida, no le he hablado a nadie de ella, es como mi pequeño secreto, un amuleto que me da fuerza para continuar y al que recurro cuando no puedo más. No la he vuelto a ver más pero no hemos perdido el contacto, hablamos por teléfono con frecuencia, y cuando se acerca esta fecha que tanto odio es cierto que como dice Isa me aísló y no hablo con nadie, salvo que sea Martina. Durante esos días hablo con ella más a menudo, saber que la tengo ahí me hace sentir mejor, y aunque la ansiedad sigue consumiéndome en esta fecha

ya no es tan duro como antes, Martina hace que sea más llevadero.

Lloro con ella por teléfono, no puedo evitarlo, pero no es solo por tristeza, saber que se acerca el día hace que sienta una sensación de impotencia que me cuesta mucho controlar, impotencia porque sé que hay algo que se me escapa, incluso a veces he llegado a pensar que mi padre me ocultaba algo, que sabía más de lo que decía, pero su decisión de sustituir a mi madre por el alcohol hizo que sufriera un fallo hepático y me abandonara sin darme más respuestas.

Hace casi un año que Martina es inspectora, todavía no ha podido echarle un vistazo al caso de mi madre porque se está adaptando a su nuevo trabajo, pero sé que lo hará, confío en ella, de hecho el otro día me dijo que ya se había hecho con una copia del informe.

## 2. Confesión y aceptación

Ya hace tres días que discutí con Isa en la cafetería, me ha llamado en varias ocasiones y no se lo he cogido, sus palabras me dolieron y no me apetece hablar de ello por teléfono, supongo que por eso se acaba de presentar en mi casa.

—¿Puedo pasar? —Pregunta con pena en cuanto abro.

Soy una blandengue, no cogerle el teléfono me resulta relativamente fácil, pero ahora que la tengo delante soy incapaz de mantener mi enfado con ella, es Isa, es mi amiga, y aunque a veces me saca de quicio con sus sermones siempre ha cuidado de mí.

—Claro—contesto haciéndome a un lado.

—Siento lo del otro día Vane—dice con sinceridad mientras cojo unas cervezas de la nevera —es que a veces me cuesta mucho comprenderte, y mi propia frustración por no conseguirlo me hace decir cosas que no debo.

—No pasa nada Isa, yo tampoco estaba muy receptiva que digamos.

Mi amiga me mira, se encoje de hombros y me abraza. Dejo que me envuelva con sus brazos y me reconforto al sentir su cariño, cuando deshacemos el abrazo nos sentamos en el sofá y me mira sonriente, está claro que no solo viene a disculparse, conozco esa mirada y mi pulso se acelera cuando arranca a hablar.

—Bueno, ahora que ya lo hemos aclarado todo hablemos de sexo—dice sonriente.

—¿De sexo? ¿Tienes problemas con Mario? —pregunto intentando desviar la conversación sin éxito.

—No vamos a hablar de mi vida sexual con Mario, que por cierto es muy plena, vamos a hablar de la tuya—dice señalándome con el dedo decidida.

—¿De la mía? —Pregunto alzando las cejas—ni hablar Isa, no comiences que no quiero discutir—contesto a la defensiva.

Su vida sexual es plena, la mía es nula, así que no comprendo porque saca este tema otra vez.

—No vamos a discutir Vane, no sé porque te da tanto pudor hablar de sexo chica, es lo más natural del mundo—dice entusiasmada.

—No me importa hablar de sexo Isa, es simplemente que no entiendo porque tenemos que hablar sobre mi vida sexual ahora, ya sabes que no estoy con nadie.

—Claro que tenemos que hablar, de hecho es más importante de lo que crees—dice con gesto preocupado.

No salgo de mi asombro y no entiendo nada, pero su insistencia y su preocupación hacen que decida relajarme un poco y no me ponga a la defensiva como suelo hacer siempre que no quiero hablar de algo, tal vez sea el momento de intentar madurar en ciertos aspectos y enfrentarme a las cosas como son, y para eso mi amiga Isa es perfecta.

—Muy bien—claudico arqueando las cejas—¿qué quieres saber?

Mi reacción la sorprende y una sonrisa inmensa se dibuja en sus labios cuando siente que tiene la oportunidad de abordar este tema conmigo.

—¿Me contestarás con sinceridad y sin cabrearte? —pregunta sin acabar de creérselo.

—Sí, lo prometo—contesto divertida por su reacción—venga, empieza antes de que me arrepienta.

Isa sonríe ampliamente, me besa la frente y se levanta del sofá para sentarse en la mesita, justo en frente de mí.

—Vale, dices que no te acostaste con Esteban y que con Iván el sexo no te gustó...

No sé muy bien a dónde quiere ir a parar pero asiento con la cabeza sin decir una palabra.

—¿Y con Marcos?

—Joder Isa, de eso hace mil años—contesto aturdida.

—Sí, pero salisteis un par de meses, ¿no?

—Sí.

—¿Te acostaste con él?

—No, no me acosté con él—contesto con cierta incomodidad.

—Vale, vamos a descartar a Marcos y centrarnos en Iván y Esteban que son los más recientes, con uno no llegaste a acostarte y con el otro dices que no sentiste lo que deberías, pero me imagino que te meterían mano, ¿no?

Su pregunta me desconcierta y me entra la risa, es la conversación más extraña que he tenido con Isa en los diez años que hace que la conozco.

—Sí Isa, me metieron mano... —contesto mordiéndome el labio.

—¿Y qué tal? ¿Eso te gustó?

—No sé...

—¿No sabes? —Pregunta indignada—a mí me encanta que Mario me toque las tetas Vane, y no sabes cómo disfruto cada vez que mete su cara barbuda entre mis piernas joder, me excita tanto que a veces pienso que me voy a volver loca, ¿y tú dices que no sabes si te gustó que te metieran mano?

—Vale, pues en ese caso no me gustó—contesto nerviosa.

—Sí, ya me lo imaginaba. ¿Alguna vez has disfrutado con el sexo Vane? —Pregunta

preocupada.

Durante unos segundos dudo si contestar o no, jamás me lo he planteado de una forma tan directa como acaba de hacerlo Isa, y cuando me lo pregunto a mi misma y encuentro la respuesta, un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

—Sí. Dos veces.

—¿A sí? —Pregunta con cara de expectación—¿con quién?

—Con Olga—confieso con un hilo de voz.

—¿Con Olga? Creí que aquello había sido solo un rollo—dice sorprendida.

—Y lo fue, nos enrollamos dos veces, solo que las dos veces acabamos acostándonos—contesto con la mirada perdida en el recuerdo de Olga.

—No me lo habías contado Vane, no sabía que te habías acostado con ella, pensé que solo fueron cuatro besitos y un poco de mano. Olga solo estuvo aquí tres días...

Me encojo de hombros, no sé qué decirle, Olga es una amiga suya de la infancia, y aprovechando un puente se vino aquí con ella para recordar viejos tiempos. El primer día salimos a tomar unas copas todos juntos y surgió algo muy raro entre nosotras. Sin darme cuenta estaba encerrada en un baño dejando que Olga me besara, deseando que me tocara. Sentía que todo mi cuerpo ardía ante cada una de sus caricias y lo único que deseaba en aquel momento era que aquello no se acabara nunca. Salimos juntas al aparcamiento y aquella noche lo hicimos en mi coche. Al día siguiente Isa tenía una comida familiar y Olga le dijo que prefería comer conmigo para no ser una carga, y comimos, pero también nos pasamos casi toda la tarde disfrutando del sexo en mi apartamento. No se lo había contado a Isa porque ella no me preguntó en su día, nos vio besarnos en aquel bar y dedujo que nos enrollamos en el coche, pero dio por hecho que fue un calentón, que yo sentía curiosidad o que quería experimentar, no lo sé. Después de aquello Olga se volvió a Valencia y ya no volví a verla más, ni tampoco le pregunté a Isa por ella, supongo que en el fondo necesitaba borrarla de mi mente para que no me doliera.

—¿Te enamoraste de ella? —pregunta decaída.

—Supongo que sí... Sí.

—Joder nena, ¿por qué no me lo dijiste? —dice sujetando mis manos entre las suyas.

—No lo sé Isa, creo que entonces no supe muy bien cómo manejar aquello, y tú tampoco podías hacer nada—contesto forzando una sonrisa.

—Podía haberte apoyado Vane—dice angustiada—joder, nunca debí dejar que Olga se acercara a ti, es una tía de puta madre pero es una cazadora, se dedica a conquistar tías sin importarle las consecuencias, lo único que sabe hacer es romper corazones y por mi culpa rompió el tuyo.

—No digas gilipolleces Isa, no fue culpa tuya ni de nadie, simplemente pasó sin más, y además ya lo tengo superado, no le des más vueltas por favor.

Isa me abraza de nuevo y me da un cálido beso en el cuello, le devuelvo el abrazo y siento un alivio profundo al haber compartido lo que me sucedió con Olga.

—Vale, olvidemos a la cabrona de Olga y centrémonos en el tema importante Vane: las mujeres.

—¿Qué? —pregunto confusa.

—Joder nena, ¿cuántas señales necesitas? —dice arqueando las cejas— todos los tíos con los que has salido no te han hecho sentir nada entre las piernas—dice tocando mi sexo de broma.

Me entra la risa y ella se ríe conmigo, hoy parece que estamos rompiendo todas las reglas, no solo hablamos de un tema que para mí antes era tabú con ella sino que ahora también hacemos bromas. Tras pasar un buen rato riendo con mi amiga sin saber muy bien de qué, me echo hacia atrás con pesadez y suspiro profundamente.

—Exacto Vane—dice sujetando mis manos entre las suyas—yo creo que está claro tía, si con la única persona que realmente has disfrutado en la cama ha sido una mujer me parece que es bastante obvio—sentencia besando mi frente con dulzura mientras yo suspiro de nuevo.

—Supongo que sí—contesto sintiendo una extraña sensación de alivio.

—Pues nada, enigma resuelto: mi amiga es bollito y punto.

Tras su afirmación Isa se marcha y yo me quedo sentada en el sofá pensando en lo que hemos hablado y la conclusión final. Siento que esa conversación ha cambiado el curso de mi vida, porque está claro que a partir de ahora mi vida será diferente, todos los que me conocen verán a otra Vanesa, a la auténtica Vanesa a partir de ahora. Creo que en realidad hace mucho tiempo que sé que género es el que realmente despierta mi interés, las señales siempre han estado ahí, lo que no entiendo es porque he perdido tanto tiempo negándome a verlas e intentando querer a un hombre cuando en el fondo siempre he sabido que era imposible que sintiera nada por ninguno de ellos. Me sorprende que haya tenido que ser Isa quien me abra los ojos y ahora me siento muy mal por Esteban, él está enamorado de mí y yo le he estado dando unas esperanzas que en ningún momento han sido reales. Decido llamarlo por teléfono para disculparme pero rechaza mi llamada, está dolido y no puedo molestarle por ello, solo espero que algún día pueda perdonarme.

### 3. La primera llamada

He pasado los dos últimos días con una cierta calma relativa, casi me he puesto al día con el trabajo, he arreglado la situación con Isa, he salido a comprar y limpiado mi apartamento a fondo y además he podido dedicar varios ratos a leer novelas policíacas, me encantan.

Hoy esa calma ha comenzado a abandonarme, saber que cada vez falta menos para recibir la nota me inquieta por mucho que intento distraerme, siento que poco a poco me está invadiendo ese sentimiento de angustia por no saber y de rabia por no comprender lo que pasó, la impotencia me consume y mi sensibilidad estos días se dispara, todo me afecta y siento ganas de llorar a todas horas. No quiero hacerlo, llevo meses repitiéndome a mí misma que este año será diferente, que seré más fuerte, que no me esconderé ni lloraré por las esquinas, pero ahora que se acerca el momento mis fuerzas flaquean y tan solo hay una cosa que me apetece hacer y que me consuela, hablar con Martina.

Decido que la llamaré esta tarde a última hora, desde que ascendió a inspectora sus horarios se han alargado y siempre vuelve tarde, pero eso no la preocupa porque siempre lo hace acompañada de su novio Fernando que tiene unos horarios como los suyos, la verdad es que en el fondo Martina me da un poco de envidia sana, siempre habla maravillas de su chico y pienso a menudo en la suerte que tiene por poder compartir su vida con alguien a quien ama con tanta intensidad.

Aunque no tengo muchas ganas me obligo a mí misma a salir de casa y me voy a dar una vuelta por el río, eso siempre consigue relajarme, siempre menos hoy. He alargado el paseo más de la cuenta y ni siquiera el cansancio me calma la ansiedad, me paro en una tienda de esas que te venden la comida lista para calentar y me compro una bandeja de canelones y una ensalada. No consigo comer mucho, tengo un nudo en el estómago, y como solo siento ganas de llorar lo que hago es tumbarme en el sofá e intentar dormir un poco, obviamente tampoco lo consigo y decido que no puedo esperar más para llamar a Martina. Marco su número y me salta el buzón de voz directamente, algo que me resulta de lo más extraño porque Martina no apaga el teléfono nunca, vuelvo a intentarlo por si está en un lugar con poca cobertura y tras obtener el mismo resultado dejo el móvil sobre la mesa y me doy una larga ducha que me deja más chafada de lo que ya estoy.

Cuando salgo la vuelvo a llamar, y cuando el buzón vuelve a saltar mi ansiedad se acrecienta por segundos. Busco en la agenda el número de su casa, me lo dio por si algún día tenía una emergencia y ahora la tengo, no puedo hablar con ella y eso me inquieta mucho, no estoy acostumbrada a que mi amiga no responda. Por fin doy con el número y lo marco con dedos temblorosos, siento como la ansiedad cada vez me gana más terreno e intento controlarlo, estoy



intentando relajar mi respiración cuando al tercer tono alguien descuelga.

—¿Diga?

Durante un momento me quedo en silencio dudando si contestar o no, la voz se parece mucho a la de Martina pero sé que no es ella, es otra mujer la que ha descolgado el teléfono, y aunque estoy a punto de colgar, la preocupación por Martina me mantiene pegada al auricular.

—¿Hola? —insiste de nuevo.

Al volver a oírla me entran dudas y decido colgar para asegurarme de que he marcado el número correcto.

—Lo siento, creo que me he equivocado...

—Espera, no cuelgues—me pide amablemente—¿llamas a Martina?

Siento una punzada en la boca del estómago al pensar que le haya podido pasar algo y que por eso esa chica ha contestado al teléfono.

—Sí, ¿está bien? ¿Le ha pasado algo? —pregunto preocupada.

—Sí... Quiero decir, que está bien, Martina está bien.

Su respuesta me arranca un suspiro de alivio.

—¿Quién eres? —me pregunta.

De pronto me siento perdida, no quiero parecer una pesada pero que me diga que Martina está bien no es suficiente, necesito algo más, que me diga que está ocupada y que no puede ponerse pero que me llamará más tarde, pero al no hacer referencia a que mi amiga esté cerca pienso que lo mejor es colgar y dejar que me llame cuando vea mis llamadas perdidas.

—Da igual, ya la llamaré en otro momento—contesto con un hilo de voz.

Ahora me siento desolada sin ella, era mi única esperanza para conseguir calmarme, y al saber que no está me siento completamente perdida.

—Espera, no cuelgues por favor, ¿eres Vanesa?

Mi pulso se acelera con su pregunta y estoy tentada de colgar sin decir nada, pero me puede la curiosidad por saber quién es ella.

—Sí—respondo aturdida.

—Vaya, hola Vanesa, por fin te conozco, soy Paula, la hermana de Martina.

En ningún momento se me ha pasado por la cabeza que pudiera ser ella, no sabía que estuviera en España. De pronto todo me parece muy raro, porque aunque Martina me ha hablado de ella en varias ocasiones soy incapaz de ponerle cara a la persona que habla conmigo por teléfono, tan solo tengo una voz muy alegre y femenina con la que asociarla porque ni siquiera la he visto en fotografías.

—Hola Paula—contesto con timidez.

—Hola... —susurra otra vez.

Durante unos segundos se hace un silencio incómodo y me entran ganas de colgar, pero Paula se encarga de romperlo en seguida.

—Oye, mi hermana no está, pero si te puedo ayudar en algo cuenta conmigo.

—Gracias, pero no era nada, solo quería hablar con ella un rato, saber cómo está y todo eso. ¿Estás de vacaciones? —pregunto para mostrar un poco de interés y no parecer una mal educada.

—No—contesta contenta—digamos que decidí que ya era el momento de volver, así que pedí la cuenta y hace una semana que regresé a España.

—Vaya, Martina y tus padres deben estar muy contentos.

—Sí, supongo, bueno, creo que Martina no tanto—dice riendo.

—¿No? ¿Por qué? —pregunto extrañada.

—Bueno, he vuelto sin un techo Vanesa, estoy buscando algo de alquiler que se adapte a lo que necesito y puedo pagar, mientras tanto estoy de ocupa en casa de mi hermana, la opción de volver con mis padres ni siquiera me la planteo.

—No será para tanto—digo sonriente—conociéndola seguro que no le importa.

—Eso espero...

—¿Sabes cuándo volverá? La he llamado al móvil y me salta el buzón.

No quiero parecer borde ni desinteresada en hablar con ella, la verdad es que Paula es una chica muy simpática y agradable, pero ahora mismo a quien necesito es a su hermana.

—No lo sé Vanesa, Martina no estará durante algunos días.

De pronto siento que Paula me ha clavado una estaca en el pecho con su respuesta.

—¿A qué te refieres con que no estará? —pregunto con la voz ahogada.

Paula suspira profundamente, como si no supiera muy bien qué responder a mi pregunta.

—Digamos que Martina ha tenido que hacer un viaje de última hora y estará incomunicada durante algunos días Vanesa.

—¿Incomunicada? ¿Qué clase de viaje es ese? ¿Qué me ocultas Paula? ¿Le ha pasado algo? —pregunto de forma atropellada.

—No le ha pasado nada te lo juro, Martina está bien, pero no puedo contarte nada más Vanesa, tendrás que confiar en mí.

—¿Confiar en ti? Si ni siquiera te conozco—contesto molesta—¿Cómo sé que no eres una asesina en serie que se está haciendo pasar por su hermana?

La verdad es que leer tanta novela policiaca igual no es bueno para mí, últimamente tengo demasiada imaginación.

—Ufff, pues no lo sé Vanesa—responde aturdida.

—Perdona Paula, es que estoy un poco nerviosa y no lo entiendo, pero da igual, cuando vuelva dile que me llame si puede, o no, no sé, que haga lo que quiera, te dejo Paula.

Mi pulso se ha disparado de forma alarmante y ya no me siento capaz de controlar mi ansiedad, de pronto todas las lágrimas que he conseguido mantener a raya hasta ahora salen de mis ojos sin que pueda evitarlo. No solo me invade la tristeza, siento también un extraño sentimiento de soledad y miedo, porque según lo que me ha dicho Paula su hermana no va a estar conmigo y ahora me siento perdida, nunca antes he sido tan consciente de lo importante que era para mí su apoyo hasta ahora que sé que no va a estar.

—Espera, espera Vanesa no cuelgues por favor... No cuelgues—me suplica.

Su insistencia hace que me mantenga pegada al teléfono intrigada, pero el llanto no me deja contestarle, si lo hago sabrá que lloro y no quiero, pero un par de hipidos entrecortados me traicionan y me delatan ante Paula.

—No llores Vanesa por favor—me pide dulcemente—sé lo que te pasa, mi hermana me lo contó y me dijo que llamarías.

Me quedo atónita ante lo que acabo de escuchar, y en cierto modo siento alivio porque eso significa que mi amiga está bien, que esta chica es realmente su hermana y no ha mentido, y que además Martina no se ha olvidado de mí.

—¿Estás ahí Vanesa?

—Sí—susurró entre hipidos.

—Bien, no cuelgues, quédate conmigo, ¿vale? ¿Lo harás?

—Sí.

—Genial. ¿Dónde estás ahora?

Arqueo las cejas sorprendida por su pregunta, no sé qué pretende, pero lo cierto es que escuchar su voz me relaja y decido seguir hablando con ella.

—En casa.

—Vale, ¿tienes balcón o terraza?

—Balcón.

—Bien, pues abre la ventana y sal al balcón—me pide amablemente.

—¿Para qué? ¿No irás a pedirme que salte? —bromeo ante mi propia sorpresa.

—No tonta, tú sal, confía en mí.

Hago lo que me pide y en cuanto pongo el primer pie fuera noto un alivio inexplicable cuando el aire puro inunda mis pulmones. Vivo en un pequeño pueblo en las afueras de Barcelona, por aquí no suelen pasar muchos coches y la tranquilidad se adueña de las calles a estas horas.

—Ya estoy fuera.

—Perfecto, ahora quiero que suspires muy hondo, coge todo el aire que puedas y déjalo salir lentamente, hazlo para que yo lo oiga.

Aunque me parece un poco extraño lo que me pide lo hago, se lo debo tan solo por el hecho de lo atenta y amable que ha sido conmigo hasta ahora. Sigo sus indicaciones y mantengo el móvil pegado a mi cara para que oiga mi respiración y sepa que no le miento.

—Muy bien, hazlo otra vez.

Y lo hago.

—Otra vez más Vanesa.

—...

—¿Qué tal? ¿Mejor? —Me pregunta en un tono que me llena de tranquilidad.

—Sí, creo que sí—contesto sorprendida.

—Me alegro, a veces cosas tan simples como esta ayudan mucho, a mí al menos me funciona bastante bien—sonríe.

—Gracias—contesto con sinceridad.

—De nada. Mira Vanesa, sé que querías hablar con mi hermana, y créeme si te digo que lo único que la preocupó cuando se enteró de que tenía que irse fue no poder estar contigo. Pero yo estoy aquí, ya sé que no soy ella y que no me conoces, pero me encantaría ayudarte si me dejas.

—Te lo agradezco Paula, pero no sé en qué puedes ayudarme, tu hermana al fin y al cabo tampoco hace nada, tan solo está ahí.

—Pues déjame estar aquí. ¿Sigues en el balcón?

—Sí.

—¿Y qué ves? ¿Algún chico guapo? ¿Alguna chica?

Su pregunta me sorprende, ha hablado de mujeres de una forma tan natural que una cierta alegría que no comprendo se ha instalado en mí al pensar en la posibilidad de que ella sea lesbiana. ¿Lo será?

—Ummm, ¿te valen un par de abuelas tomando el fresco sentadas en una silla?

—Ufff, no, la verdad es que no—contesta riendo—¿eso es todo lo que ves? ¿Las típicas abuelas periódico que saben mejor que tú a qué hora llegas a casa?

No puedo evitar reírme, sé que Paula intenta distraerme, intenta que piense en otra cosa y la verdad es que se la da bastante bien su cometido.

—Sí, aquí no hay mucho movimiento la verdad.

—Joder, que envidia, yo mataría por vivir en un sitio así de tranquilo—suspira.

—Bueno, estás a tiempo, aún no has escogido dónde vivir, puedes alejarte del centro.

—No sé—responde pensativa—tengo pensado montar mi propio negocio y alejarme del

centro no creo que me convenga.

Intento rebuscar en mi mente las conversaciones en las que Martina me ha hablado de su hermana y soy incapaz de recordar a qué se dedica, realmente me doy cuenta de que no sé nada de ella.

—¿A qué te dedicas? —pregunto intrigada.

—Soy quiromasajista.

—Vaya, tener a alguien como tú cerca tiene que ser muy relajante—bromeo.

—Muy relajante—insiste ella en un tono divertido.

Las dos reímos juntas y descubro que hablar con Paula no solo me está relajando, me está gustando. Acabamos de conocernos y con ella la conversación fluye de una manera tan natural que me asusta.

—¿Sabes cuál es mi especialidad? ¿La zona que mejor sé masajear?

Por un momento su pregunta me pone algo nerviosa, una de las muchas impresiones que estoy teniendo sobre Paula es que no tiene pelos en la lengua, eso me gusta, pero me inquieta que suelte alguna broma y yo me bloqueé y no sepa que contestar, quedaré como una tonta y no me gustaría que Paula pensase que soy una mojigata.

—¿Cuál? —pregunto nerviosa.

—Pues tal vez te suene un poco raro, pero se me da muy bien hacer masajes en la cara, además me gusta y la gente dice que lo hago muy bien. Eso sí, la cara bien limpiita eh, nada de mocos.

Nos reímos de nuevo y siento un escalofrío agradable al pensar en sus manos masajeando mi cara, he oído maravillas sobre ese tipo de masajes y la idea de que ella pueda dármelo me atrae, ¿qué coño me pasa?

—¿Alguna vez te han hecho un masaje en la cara? —pregunta como si estuviera metida en mi cabeza.

—No, pero me han dicho que es muy agradable—contesto acelerada.

—Cierto, te quedas como nueva. Si alguna vez nos vemos te haré uno para que compruebes por ti misma lo buena que dicen que soy—sonríe.

—Te tomo la palabra. Oye, se hace tarde Paula, creo que te voy a dejar.

—¿Te he incomodado no? —pregunta preocupada.

—No—me apresuro a contestar—para nada, es solo que llevamos más de media hora hablando y me arde la oreja, y tampoco quiero molestarte, seguro que tienes cosas que hacer.

Lo que le digo es cierto, no me ha incomodado pero sí que tengo cierta inquietud, ese pensamiento me ha puesto muy nerviosa y no sé por qué.

—¿En serio te arde la oreja? —pregunta riendo.

—Ya lo creo, seguro que la tengo como un tomate.

Eso también es cierto, llevo tanto rato con el móvil pegado a la cara que noto el calor que desprendo con la mano.

—Vale, en ese caso dejaremos a tu oreja descansar. Oye, Vanesa, ¿me darías tu número? —pregunta con cierta inseguridad.

—Sí, claro, apunta—contesto encantada.

Que me lo haya pedido es algo que me encanta, pensar en el hecho de que Paula pueda llamarme es algo que me gusta y que deseo. Cuando se lo doy lo apunta y me dice que me enviará un mensaje en cuanto colguemos para que yo también tenga el suyo.

—Bueno, gracias por este rato Paula, en serio, me ha gustado mucho hablar contigo—confieso sinceramente.

—Me alegro mucho Vanesa, a mí también me ha gustado mucho hablar contigo, y me gustaría pedirte, bueno pedirte no, ordenarte—dice con una seguridad que me encanta—que si en cualquier momento sientes que la ansiedad te ataca otra vez me llames, da igual la hora, ¿vale? No tengo que madrugar y no soy de dormir mucho, si necesitas cualquier cosa llámame por favor.

—Lo haré—contesto sin dudar.

—Mmmm, buena chica—se ríe—¿te puedo pedir algo más?

—Claro, dime—contesto divertida.

—¿Te importa si te llamo mañana? Me gustaría saber cómo estás y charlar otro ratito contigo si a ti te apetece.

Una amplia sonrisa se dibuja en mi cara cuando escucho sus palabras, siento mucha intriga hacia Paula y no me gustaría tener que usar mi ansiedad de excusa para poder hablar un poco más con ella.

—Estaré encantada de que lo hagas Paula.

Oigo como suspira lentamente y otro escalofrío recorre mi cuerpo, ¿qué me está haciendo esta chica?

—Muy bien, en ese caso mañana tendrás que soportarme otro ratito—bromea—buenas noches Vanesa, que descanses.

—Buenas noches Paula.

Cuando cuelgo voy directa al sofá y me siento sosteniendo el móvil entre las manos mientras lo observo impaciente, Paula me ha dicho que me enviaría un mensaje y ahora me siento como una quinceañera a la que acaban de decirle su primer piropo, suspiro, esto no pinta bien para mí. No sé porque estoy tan expectante, al fin y al cabo solo tiene que ser un mensaje para que yo

también tenga su número, bastará con un simple “*hola, soy Paula*” pero por algún motivo yo deseo algo más que eso y mi inquietud crece y crece por momentos. Mientras pienso todo esto mi móvil vibra y veo como entra un WhatsApp de un número desconocido, sonrío como una boba al leerlo.

**Número desconocido:** *Hola Vanesa, soy Paula. Espero que tengas una sonrisa puesta, seguro que es preciosa. Hablamos mañana...*

Al final hay un emoticono de esos que guiñan el ojo. Tras leer el mensaje y grabar su número lo primero que hago es buscar su foto de perfil, me llevo un chasco enorme cuando veo que es una de esas ennegrecidas por el sol, solo se ve su silueta, está sentada de espaldas al borde de un acantilado, da la impresión de que tiene el pelo largo y algo ondulado y su cuerpo parece atlético, es lo único que puedo distinguir. De pronto corro a mirar la foto que tengo yo puesta, no suelo cambiarlas muy a menudo y como no las miro al final me olvido, solo deseo que también sea una en la que no se me vea para que ambas estemos en igualdad de condiciones. Suspiro aliviada cuando la abro, tengo puesta la foto de un paisaje montañoso. Vuelvo a abrir su conversación y me quedo pensando durante un rato, no sé si contestarle o no, no quiero ser grosera pero tampoco una pesada, aunque lo cierto es que me muero de ganas de hacerlo.

**Yo:** *Ok, por cierto, bonita foto...*

Acompaño el mensaje con una sonrisa tímida, dudo si enviarlo o no, pero al final lo hago y su respuesta llega de inmediato.

**Paula:** *Gracias, a mí también me ha gustado mucho esa foto en la que no se te ve...*

Su mensaje llega acompañado de risas y le contesto lo mismo mientras realmente sonrío. Nos volvemos a dar las buenas noches y dejo el teléfono cargando. Me preparo algo ligero para cenar pero casi no puedo probar bocado, tengo la cabeza hecha un lío, por un lado no dejo de sentir esa tristeza que me provocan los días en los que me encuentro, y por otro no puedo dejar de pensar en Paula, me intriga demasiado. La situación me parece de lo más absurda, yo he llamado a su hermana buscando ese apoyo que solo encuentro en ella y he acabado conociendo a una persona que ahora ocupa gran parte de mis pensamientos.

Mi cabeza no para, pienso en lo mucho que me gustaría que Paula viviese más cerca para poder conocerla en persona, pero además me aterra que ella no sienta esta inquietud que tengo yo con ella o que cuando la vea no me atraiga físicamente, o peor, que yo no la atraiga a ella. Hago

un chasquido con la lengua, parezco gilipollas, estoy calentándome la cabeza con algo cuando ni siquiera sé si ella se siente como yo. Cuanto más pienso en ello más estúpida me siento, pero tengo la impresión de que Paula y yo hemos conectado de una forma distinta que no sé explicar, aunque también puede ser que todo esté en mi mente, yo no estoy en mi mejor momento y tal vez esté confundiendo su amabilidad y su cercanía con otras cosas, no será la primera vez que me pasa.



## 4. El pasado de Paula

Aún recuerdo el día que mi hermana me habló de la chica que había conocido en Londres, Vanesa. Se la veía tan contenta por haberla conocido que pensé que mis padres se iban a llevar otro disgusto al saber que su hija mayor también era lesbiana, pero no, Martina simplemente es adorable y se encariñó de aquella chica, la convirtió en alguien a quien proteger bajo su regazo como había hecho conmigo cuando mis padres se enteraron de mis gustos y me echaron de casa. Fue durante mi último año de prácticas, justo al acabarlas. Había conocido a una chica americana que había venido a pasar el verano a España para mejorar su nivel de español y me colé por ella, así sin más, de un día para otro me encontraba atrapada entre los brazos de una mujer.

Tuve la suerte de conocerla nada más llegar ella aquí, así que lo nuestro fue mucho más que un rollo de verano, nos enamoramos y pasamos su último mes en España pensando en las pocas posibilidades que teníamos de volver a vernos. Ella no dejaba de insistirme en que me fuera a su país con ella, su mejor amigo tenía un centro de masaje y estaba segura de que podía conseguirme un trabajo con él. Le hubiera dicho que sí con los ojos cerrados el primer día que me lo propuso, no había nada en el mundo que me apeteciera más que seguir a su lado, pero tenía que pensar también en los míos, mi familia, estaba muy unida a ellos y sabía que si me iba no me podría permitir volar a menudo para verlos porque costaba demasiado dinero. Lo que no me planteé en ningún momento fue el problema que supondría el hecho de contárselo a mis padres, problema o empujón, quizá debería llamarlo de la segunda forma.

Me sentía muy agobiada por la situación y pensé que lo mejor era contárselo a mi hermana y a mis padres para ver que opinaban al respecto, al fin y al cabo yo tenía tan solo veintidós años y me sentía perdida en todos los sentidos. Era la primera vez que me enamoraba de alguien, y por supuesto la primera vez que estaba con una mujer, pensé que podrían ayudarme, pero me equivoqué, o tal vez no. Me planteé si contárselo primero a mi hermana y después a ellos, pero el tiempo se me agotaba y cada vez estaba más angustiada ante la posibilidad de que Sasha desapareciera de mi vida, así que al final decidí contárselo a todos a la vez.

Recuerdo que era domingo, faltaban tan solo dos semanas para que Sasha se fuera y después de una comida que se me hizo eterna y en la que casi no pude probar bocado lo solté sin más. Arranqué a hablar y le conté a mi familia que llevaba todo el verano saliendo con una chica y que estaba loca por ella, que me había propuesto irme con ella y que no estaba segura de que hacer, que quería su opinión. Todo eso lo conté entre lágrimas e hipidos, no solo por lo triste que me sentía sino por lo duro que se me hizo hablar de mis sentimientos ante ellos, jamás lo había hecho antes.

Se hizo un silencio absoluto en cuanto dejé de hablar y fue entonces cuando me di cuenta de

la cara de asombro y desaprobación de mis padres, si ya estaba triste antes de hablar, aquellas miradas de desprecio hicieron que me hundiera del todo. Fue Martina la que se levantó de su silla de inmediato y se sentó a mi lado para abrazarme, y fue mientras mi hermana me abrazaba cuando oí a mis padres decir que me largara de su casa, les daba igual donde, pero que me fuera. Creo que a partir de ahí mi mente se desactivó por completo durante algunos minutos mientras seguía abrazada a Martina, me bloqueé, era incapaz de mover un solo músculo, no esperaba que mis padres saltaran de alegría, pero tampoco aquella reacción desmedida.

—¿No estaréis hablando en serio? —oí que decía Martina.

—¡Nadie en esta casa me avergonzará de esta manera!—gritó mi padre.

—Es tu hija papá, y que le guste una mujer no es motivo de vergüenza...

—No solo es vergonzoso, es antinatural—contestó mi madre con una tranquilidad que me rompió por dentro.

—No me lo puedo creer—se quejó mi hermana—¿de verdad la vais a echar de casa? ¿Adónde va a ir? —preguntó incrédula.

—Eso ya no es de nuestra incumbencia y tampoco debería serlo de la tuya, ayúdala a recoger sus cosas, la quiero fuera de esta casa antes de la cena.

Dicho eso ambos se levantaron de la mesa y se fueron al jardín. Mi hermana me ayudó a levantarme y fuimos juntas hasta nuestra habitación. De forma automática y sin decir nada abrí el armario, saqué un par de mochilas y empecé a llenarlas de ropa, no fue hasta que no llevaba un rato haciéndolo cuando me di cuenta de que Martina hacía lo mismo con su ropa.

—¿Qué haces? —pregunté con asombro.

—Me voy contigo.

—¿Pero qué dices Martina? Si ni siquiera tengo a donde ir...

—Por eso, yo tengo algo de dinero ahorrado, buscaremos un apartamento barato y mientras tanto dormiremos en algún hostel.

No repliqué a mi hermana, jamás me había hablado con tanta convicción como en ese momento, sabía que no había nada que decir, había decidido irse y nadie podría impedirselo. Y sinceramente, me daba pánico irme sola. La primera noche dormimos en casa de una amiga suya y las tres siguientes en un hostel. Tras una intensa y desesperada búsqueda encontramos un pequeño apartamento a un precio bastante razonable y nos fuimos allí a vivir. Cuando ya estuvimos instaladas mi hermana tuvo una conversación conmigo, me dijo que si realmente amaba a Sasha y quería irme con ella que lo hiciera, que no dejara escapar la oportunidad de amar a alguien por lo que había pasado. Lloré mucho aquellos días pero al final tomé la decisión, hice caso a mi corazón y al consejo de mi hermana y me fui con ella, Martina me pagó el billete.

Pensé que cuando le dijera que me iba Martina volvería a casa con mis padres, pero me dijo que no, que nunca se hubiera imaginado una reacción como aquella por parte de nuestros

progenitores, que de pronto sentía que no los conocía y que jamás podría perdonarles lo que me habían hecho. Un par de días antes de que yo me marchara fue a casa con un amigo y una furgoneta mientras mis padres trabajaban y sacó de allí todas sus cosas y las mías, no dejó nada, ni siquiera una fotografía, creo que Martina se sintió incluso más dolida que yo.

Desde que me fui no hubo una sola semana en la que no hablara con mi hermana por videoconferencia, poco tiempo después aprobó las oposiciones a Policía y abandonó Córdoba para trasladarse a la capital, no ha vuelto desde entonces. Lo mío con Sasha duró un poco más de dos años, después simplemente el amor se esfumó. Martina me dijo que volviera cuando se enteró, pero por aquel entonces yo ya estaba instalada, tenía mi propio apartamento y mi trabajo me encantaba, además me encontraba haciendo un curso de apoyo para mejorar mis técnicas y no consideré que fuera el mejor momento para volver. Martina vino a verme un total de tres veces y yo tan solo pude venir una, me moría de ganas de ver a mi hermana pero era horrible cuando llegaba el momento de la despedida.

Hace cinco meses tuve un accidente de coche cuando volvía del trabajo, tuve mucha suerte y salí ilesa pese a que fue bastante aparatoso, entonces me di cuenta de que si me hubiese pasado algo no tenía a nadie, fui consciente de lo mucho que echaba de menos a mi hermana y de que no quería pasarme el resto de mi vida separada de la única persona que había dado la cara por mí. Lo medité durante unas semanas y al final tomé la decisión de volver y montar mi propio centro con lo poco que tenía ahorrado y tal vez algún préstamo. Martina lloró como una niña cuando le conté que volvía, me dijo que podía quedarme en su casa el tiempo que hiciera falta, la verdad es que me daba un poco de miedo la idea de vivir con ella una temporada, no por ella, sino porque ahora comparte su vida con alguien y no quiero molestar, pero la verdad es que Fernando es un sol y en ningún momento me ha hecho sentir incómoda.

\*\*\*

Me quedé desolada cuando Martina me comunicó lo de su viaje, hace tan solo una semana que he llegado y otra vez me he quedado sola. Fernando decidió aprovechar su ausencia para visitar a su hermano menor que está haciendo un Erasmus en Berlín, así que soy la reina de la casa. Antes de irse Martina me contó la historia de Vanesa, me dijo que hablan a menudo pero que durante estos días suele estar más pendiente de ella porque siempre se viene abajo y le consta que no habla con nadie más que con ella, me dijo que si llamaba la disculpara e intentara hablar con ella, distraerla un poco.

Lo cierto es que me pareció una petición un tanto exagerada, porque no conozco a Vanesa de nada y yo no soy nadie para meterme en su vida, pero en cuanto ha llamado y he escuchado su voz algo me ha sacudido por dentro, ha sido realmente extraño porque de pronto siento que algo me une a ella y no sé decir qué es, pero Vanesa se ha colado en mi mente y no hay forma de sacarla de ella. Cuando mi hermana me hizo esa petición pensé que sería imposible hablar con Vanesa y que ella me permitiera entrometerme en su vida, que sería algo forzado y que no tenía sentido por mucha empatía que yo pudiera sentir por ella. Pero en cuanto hemos comenzado a hablar he sentido que no quería hacerlo porque Martina me lo había pedido, quería hacerlo

porque deseaba que siguiera hablando conmigo, quiero conocerla mejor, y cuando me ha dicho que iba a colgar con esa voz rota por la angustia yo también he sentido ganas de llorar.

He conseguido que se quedara conmigo y poco a poco me he ido dando cuenta de lo fácil que me resulta hablar con ella y de lo mucho que me gusta su voz. Es una chica tan agradable como dulce, y todo eso mezclado con su timidez le da un toque muy sensual, ha habido muchos momentos en los que he sentido muchas ganas de achucharla como a un peluche, lástima que viva tan lejos, Vanesa me transmite algo que me gusta, me gusta mucho. Creo que esa llamada nos ha beneficiado a las dos, a ella porque creo que he logrado distraerla y sacarla un ratito de esa tristeza que la envuelve y a mí porque siento que Vanesa rellena un hueco que hace mucho tiempo que está vacío.

He sentido una inquietud enorme cuando ha llegado el momento de colgar, me hubiera pasado el resto de la tarde hablando con ella, es de esas personas con las que siento que puedo hablar de cualquier cosa y sé que jamás me juzgará. Me ha alegrado mucho que me diera su número, tengo que confesar que me daba mucho miedo que por su timidez dijera que no, pero no ha parecido importarle y ahora me muero de ganas de que llegue mañana para poder volver a hablar con ella.

Estoy nerviosa, desde que Vanesa ha colgado no hago más que dar vueltas por la casa sin saber qué hacer, odio que Martina no esté, ahora mismo estaríamos las dos sentadas en el porche tomando una cerveza mientras yo le explico lo mucho que me intriga su amiga, pero no puedo, así que para distraerme un poco llamo a mi amiga de toda la vida, Patricia, no la he visto desde que me marché de Córdoba pero nunca hemos perdido el contacto.

—Hola Paulita—contesta divertida.

—Deja de llamarme así Patri, me haces sentir una mocosa—me quejo.

—Cuando vengas a verme... —exige.

—Espero ir pronto, pero primero tengo que acabar de instalarme.

—Te tomo la palabra. Bueno cuéntame, ¿a qué debo el honor de esta llamada?

—He conocido a una chica—suelto de pronto.

Siento que me falta el aire cuando digo eso, el motivo de mi llamada no era este, no tenía intención alguna de hablarle de Vanesa a Patricia, pero mi subconsciente me ha traicionado y eso me preocupa casi tanto como las ganas que tengo de hablar de ella.

—Veo que no pierdes el tiempo Paulita—se ríe.

—No es lo que crees—me defiendo.

—Pues ilumíname guapa, ¿a quién le has echado el ojo?

Me entra la risa, a ver cómo le explico a mi amiga que lo que es echar el ojo precisamente no es viable en este caso.

—Se llama Vanesa, es una amiga de mi hermana y vive en Barcelona.

—A ti parece que las distancias te gustan, ¿eh? Al menos esta vez vive en nuestro país—bromea—¿es guapa?

—Ummm, en mi imaginación sí—respondo divertida.

—¿Disculpa? —pregunta sin entender.

—La he conocido por teléfono, ha llamado a Martina y como ella no estaba he contestado yo.

—Espera un momento, ¿me estás diciendo que no la has visto en persona? ¿Qué te has pillado por una tía a la que no has visto? ¿A ti qué te pasa? ¿Todavía te dura el jet lag?

Puedo imaginarme la cara de asombro que debe tener en este momento.

—Yo no me he pillado, y no, no la he visto, pero me ha caído muy bien.

—Pero me ha caído muy bien... —se burla imitando mi voz la muy gilipollas—a ti esa chica te ha caído algo más que bien, sino no me estarías llamando para hablarme de ella.

—No he llamado para eso Patri.

—Anda que no, no has tardado ni treinta segundos en decir que habías conocido a alguien, vaya—dice extrañada—siempre he pensado que eso de pillarse de alguien por teléfono era imposible, pero mírate...

Me río ante su comentario, pero por otro lado me está cabreando, no estoy pillada por Vanesa, pero sí que es cierto que esa chica ha despertado algo en mí, cuando he hablado con ella ha habido un momento en el que mis pensamientos se han dividido en dos, por un lado estaba centrada en ella y en nuestra conversación y por otro no he podido dejar de imaginar cómo podría ser físicamente. No estoy enamorada de ella pero está claro que como persona me atrae, creo que me gusta y ni siquiera la conozco, me acojona mucho pensar que esto pueda ir a más y que si en algún momento tengo la oportunidad de conocerla en persona todo se vaya al traste porque no sienta lo mismo.

Después de que Patricia se ría un rato más de mí colgamos y me tumbo en la cama, no dejo de pensar que Vanesa también tiene algún tipo de interés en mí por el comentario que me ha hecho sobre la foto, no quiero obsesionarme, pero si leo entre líneas diría que también desea conocerme.

## 5. La segunda llamada

Me he despertado temprano y algo aturdida, he dormido muy mal. No he podido dejar de darle vueltas a lo que me ha pasado con Paula, no entiendo como a través de una simple conversación telefónica con una persona a la que no he visto en mi vida puede hacerme sentir lo que siento, que no es otra cosa que unas ganas terribles de volver a hablar con ella, ni siquiera me explico cómo fui capaz de colgarle ayer. Me he pasado horas imaginando como será ella, o cómo será nuestro encuentro si algún día llegamos a conocernos, todos esos pensamientos me gustan salvo cuando vuelvo a la realidad y barajo la opción de que no sea recíproco, esa posibilidad me hace sentir un incómodo nudo en el estómago que no soporto, una sensación que no he experimentado nunca y que no comprendo.

No dejo de mirar el móvil cada pocos minutos con la esperanza de que me llame, no quiero ser yo quien lo haga, ella podría pensar que es porque tengo ansiedad y no quiero. Creo que necesito que sea ella quien me llame, eso me hará sentir algo más de seguridad en todo esto, así sabré que en algún momento ha pensado en mí. Lo único que me inquieta es que no sé si llamará porque está preocupada por lo que su hermana le ha contado, si lo hará porque su hermana se lo ha pedido o si lo hará porque le apetece a ella, si es que lo hace.

Tras una ducha que consigue despejarme un poco me siento en el sofá a esperar como una tonta, de pronto mi móvil empieza a sonar y mi pulso se acelera descontroladamente, siento una decepción enorme cuando veo que es Isa quien me llama.

—Hola Isa—la saludo.

—Hola Vane—contesta sorprendida—no esperaba que me cogieras el teléfono...

Lo cierto es que yo también me he sorprendido a mí misma haciéndolo, ya empiezo a estar en la fase de desconexión, esa en la que no me apetece que nadie me hable, y aun así no me lo he pensado dos veces antes de contestar a su llamada, creo que algo está cambiando en mí, ¿será el efecto Paula?

—Si quieres cuelgo—bromeo en un susurro.

—No digas tonterías, ¿cómo estás? —pregunta preocupada.

—Estoy bien Isa, sabes que solo tendré unos días malos, luego se me pasa—la tranquilizo.

—Aun así me preocupas Vane, aunque me alegro mucho de oírte, años atrás no me hubieras contestado, así que tal vez estés avanzando poco a poco.

—Tal vez.

Siento unas ganas enormes de hablarle a Isa de Paula, pero no puedo, no puedo hacerlo porque ni siquiera le he hablado de Martina, se cabrearía conmigo con razón y ahora no tengo ganas de discutir, así que me lo callo y mejor se lo cuento en persona o en otro momento. La conversación no se extiende mucho, le prometo que la llamaré en un par de días y mi amiga cuelga contenta por haber escuchado mi voz.

Pienso en el disgusto que me he llevado cuando he visto que quien me llamaba era ella y sonrío, no me puedo creer lo que me está pasando, y deseo tanto volver a hablar con Paula que me armo de valor y decido ser yo quien la llame, ya está bien de tantas inseguridades. Cuando cojo el móvil y estoy buscando su número para llamarla mi pantalla cambia de pronto y veo que es ella la que me está llamando. Mi pulso se acelera de nuevo y siento que me falta el aire, estoy tan contenta porque me esté llamando que me asusta, siento un nudo en el estómago y de nuevo un agradable escalofrío me recorre todo el cuerpo.

—Hola Paula—titubeo.

No estaba muy segura de que fuera a salirme la voz cuando he hablado, estoy tan nerviosa que tenía miedo de quedarme ronca o que me saliera un gallo, o tal vez atragantarme, en un momento se me han ocurrido mil cosas que podían hacerla pensar que soy idiota, ¿todo esto es normal?

—Buenos días Vanesa—contesta con una alegría que me llena.

Llevo tantas horas deseando escucharla que cuando por fin me ha hablado siento que me deshago, su simple saludo me cala tan hondo que siento ganas de llorar otra vez, odio esta ansiedad y mi sensibilidad. Mi cuerpo no responde y soy incapaz de decir nada, me cuesta respirar y siento una presión en el pecho que me llena de angustia.

—¿Vanesa estás ahí? —pregunta preocupada.

Pero yo no puedo contestar, su preocupación me toca esa fibrilla tan sensible que tengo ahora y empiezo a llorar otra vez, y como no quiero que me oiga le cuelgo el teléfono. Me siento en el suelo y dejo que parte de mi dolor salga a través de mis ojos en forma de agua salada, intento recuperar el aliento pero no lo consigo, no soporto que me pase esto, odio llorar sin saber porque lloro y cuanto más lo pienso peor me siento. Mi móvil vibra entre mis manos, es un mensaje de Paula.

**Paula:** *Sal al balcón, coge mucho aire y suéltalo despacio...* Igual que ayer, hazlo tantas veces como necesites Vane, y cuando te sientas con fuerzas de nuevo llámame por favor.

Ese mensaje me hace llorar más, nadie me ha llegado tan adentro nunca como lo acaba de hacer Paula a través de esas palabras, me siento como si ella estuviera aquí conmigo, como si me acompañara al balcón y me sujetara mientras yo intento recuperarme. Hago lo que me pide, y cuando estoy en el balcón me siento en el suelo de espaldas al sol, cierro los ojos y apoyo las

palmas de las manos en el suelo, noto como el calor de las baldosas inunda mis manos y comienzo a pensar en Paula, en cómo sería que ella estuviera sentada a mi lado, abrazándome sin decir nada, dándome besos en la cara mientras yo beso sus manos y las sujeto con fuerza, quiero sentir su aliento en mi nuca y el calor de su cuerpo rodeando el mío, lo único que desearía ahora mismo es que ella estuviese conmigo.

Poco a poco me voy relajando, el sol me ha acomodado en este suelo caliente y la brisa ligera que corre esta mañana hace que resulte muy agradable estar aquí sentada, así que me levanto un instante para lavarme la cara y beber agua y vuelvo a sentarme en el balcón para llamar a Paula.

—Eh, hola—contesta con una voz terriblemente dulce.

—Hola Paula...

—¿Cómo estás Vanesa? ¿Mejor?

—Sí, perdona lo de antes—contesto avergonzada—no quería colgarte así. Me he puesto un poco nerviosa, lo siento.

—No pasa nada, no te preocupes, lo importante es que estés bien ahora. Pero si te pasa otra vez no me cuelgues Vanesa, por favor, déjame estar contigo—me suplica.

—Vale, y sigue llamándome Vane, por favor.

—De acuerdo, ¿qué tal has dormido? —quiere saber.

—Bien, he podido descansar—le miento—¿y tú?

—Yo también, he descansado lo suficiente. Oye Vane, no quiero molestarte, ¿vale? Si en algún momento te apetece colgar o consideras que soy una pesada dímelo, que no te dé corte—sonríe.

—No—suspiro—me gusta hablar contigo Paula, pero yo tampoco quiero molestarte a ti, así que lo mismo te digo.

—Te aseguro que no me molestas.

Paula y yo nos pasamos pegadas al teléfono dos horas esa mañana y otras cuatro por la tarde, y al día siguiente volvemos a hacer lo mismo. Las conversaciones con ella fluyen sin parar, hablamos de cualquier tema y por tonto que sea nada me parece aburrido ni pesado si lo hablo con ella, es una chica muy divertida y bastante descarada, y eso es algo que me encanta de ella. Según ella nos compensamos, a mí me sobra timidez y a ella descarar. Cada vez tengo más claro que Paula me gusta, empiezo a echarla de menos desde el momento en que colgamos y las horas de espera hasta hablar con ella de nuevo se me hacen eternas. Mi ansiedad va y viene y no consigo controlarla, los días empiezan a pasar, cada vez falta menos para que reciba la nota y vivo con una constante sensación de opresión en el pecho cada vez que lo pienso. Esta mañana no me he levantado muy fina, me noto débil y tengo claro que va a ser uno de esos días en los que todo me afecta más de la cuenta. Llamo a Paula y suspiro al oír su voz otra vez, eso me



alivia.

—Te noto un poco apagada Vane, ¿estás bien? —Pregunta preocupada—ya sabes que puedes hablar conmigo.

—Sí, me he levantado un poco baja de energía, tal vez una Coca Cola me vendría bien esta mañana.

—Eso me parece estupendo, coge tus cosas y tómatela conmigo.

—¿Contigo? —pregunto nerviosa.

—Sí, llevas días encerrada, te vendrá bien que te dé un poco el aire Vane, vamos a una terraza y pidamos esa Coca Cola juntas, bueno, yo a estas horas creo que me pediré un cerveza, pero me gustaría tomármela contigo.

Por un momento me he ilusionado pensando que Paula estaba aquí, que había venido para darme una sorpresa, tengo tantas ganas de verla que me monto películas muy rápido. Aun así sonrío divertida ante su ocurrencia, su plan de tomarme un refresco mientras hablo con ella por teléfono me atrae.

—No te rías chulilla, ¿te pido una cita y me rechazas a la primera? —pregunta socarrona.

—No, no—contesto nerviosa—es que es la cita más rara que me han pedido nunca Paula.

Lo cierto es que cuando he oído la palabra cita aunque fuese de broma he sentido un hormigueo muy agradable en el estómago.

—Bueno, también es la más rara que he pedido la verdad, entonces qué, ¿aceptas?

—Claro, cojo dinero y salgo.

Sin apartar el móvil de mi oreja cojo unas monedas y las llaves y salgo a la calle entusiasmada ante la idea de tener una cita con ella.

—¿Has llegado ya? —le pregunto divertida.

—Estoy en el centro de Madrid, Vane, hay tres terrazas al lado de la casa de mi hermana, date prisa que no me gusta que me hagan esperar—me vacila.

—Ya llego—digo sin aliento—veo la terraza al otro lado de la calle.

—Estupendo, ¿ves también a una tía buenorra que te saluda con una sonrisa esperando a que llegues? —pregunta con picardía.

Me tropiezo distraída al imaginarla y por poco me estampo contra el suelo. Por un momento odio que eso no sea cierto, no hay nada que deseé más en este momento que encontrarla en esa terraza. Pienso en decirle que quiero conocerla, pero la vergüenza me puede y me entra mucho calor por el solo hecho de pensarlo, así que me lo callo y le sigo el juego.

—Sí que te veo, tienes la bragueta bajada, por cierto...

—Joder que cabrona—se ríe—¿sabes que me has hecho mirar por si acaso? Uy, creo que ya te veo Vane, vaya—dice después de silbar y provocarme un escalofrío—eres preciosa

Vanesita...

Una amplia sonrisa se dibuja en mi rostro ante su piropo y me quedo sin palabras, no sé qué contestar ante eso.

—No te habrás puesto colorada, ¿no? —pregunta divertida.

—No, ya he llegado, ¿nos sentamos? —le pido cambiando de tema.

—Claro—consiente dándome un poco de tregua.

Las dos dejamos de hablar unos segundos para pedir nuestras respectivas consumiciones, pero en ningún momento separo el teléfono de mi oreja. La oigo pedir una cerveza con esa voz tan sexy que tiene y no puedo evitar pensar en cómo sería besar sus labios después de que haya dado un sorbo, sus labios estarán helados por el frío del líquido y su boca tendrá ese sabor amargo que deja la cerveza, esta vez el escalofrío recorre mi cuerpo pero no lo hace solo, va acompañado de un pequeño calambrazo de placer que se pasea entre mis piernas y me hace suspirar nerviosa.

—Bueno, ¿qué tal? ¿Hay mucha gente por ahí? —pregunta ajena a que lo único que siento ahora son unas terribles ganas de besarla.

—No, en realidad solo estoy yo y un abuelo que se ha quedado dormido en la silla, así que no cuenta...

—Vaya, igualito que aquí—se ríe—que si me descuido me quedo sin mesa.

—Ventajas de vivir en un pueblo. Aunque, ¿no sería peor quedarte sin silla?

—Que graciosa te has levantado hoy... Me encanta que estés así Vane—dice serenando el tono—sabes que mataría por estar ahí contigo ahora, ¿verdad? —confiesa sinceramente.

Su confesión me sorprende, no me la esperaba y me pone tan nerviosa que cuando voy a coger mi vaso de Coca Cola le doy un golpe con la mano sin querer y el vaso sale disparado contra el suelo.

—Mierda... —susurro.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sido eso? —pregunta intrigada.

—Nada, solo mi Coca Cola refrescando el suelo—sonrío.

—No me digas que se te ha caído—dice riendo.

—Sí, algo así.

—¿Te he puesto nerviosa? —pregunta entre risas.

Cada vez tengo más claro que Paula me provoca, aunque sea a través del teléfono cada vez me conoce mejor y disfruta provocándome ese tipo de reacciones. Poco a poco se va dejando ver, creo que a ella también le gusta y como soy tan tímida teme asustarme, así que me tantea, Paula

me tantea y a mí me encanta que lo haga.

—¿Qué? —contesto casi sin voz.

—Con lo que te he dicho Vane, ¿te he puesto nerviosa?

—...

—Vale, me tomaré tu silencio como un sí—sonríe más calmada—pídete otra anda, que no quiero que te dé un bajón de azúcar por mi culpa, te la pagaré cuando te vea.

Me disculpo con el camarero y me pido otra mientras Paula sigue acariciando mi oído con su dulce voz.

—¿Sabes? Creo que una tarde de estas deberíamos salir a pasear—sugiere sin más.

—¿Crees?

—Bueno, me gustaría pasear contigo, si a ti te apetece.

Cada vez que dice cosas de esas consigue que mi mente se active e imagine la situación, de pronto me quedo en silencio pensando en lo agradable que sería pasear con ella, coger su mano y entrelazar los dedos mientras caminamos, sentirla a mi lado y saber que en cualquier momento puedo detenerme para robarle un beso. Me resulta tan agradable ese pensamiento que por unos segundos olvido que Paula estaba al otro lado y creo que la he ofendido con mi silencio.

—Creo que me he pasado, no quería incomodarte, perdona—dice de pronto.

—¿Qué? No, no es eso Paula.

—No es eso pero es algo, no pasa nada Vanesa de verdad, creo que me estoy montando una película y ni siquiera te he preguntado si quieres participar.

—No digas eso Paula, no me has incomodado te lo juro.

—Tu silencio no indicaba lo mismo—dice con un tono demasiado triste—te dejo que te relajés Vanesa, llámame luego si te apetece, ¿vale?

—No, espera, no cuelgues Paula por favor, y no me llames Vanesa joder...

Ahora es ella la que se ha quedado en silencio y comprendo lo molesto y desagradable que es lo que yo le he hecho, aunque haya sido sin querer.

—No pretendía dejar de hablar Paula—le explico—es que cuando me has propuesto lo del paseo...

Otra vez me bloqueo y las palabras se me atragantan, pensar en confesarle a Paula lo que he imaginado y lo que he sentido al hacerlo me da tanta vergüenza que no sé si voy a ser capaz, lo único que quiero es que sepa que su propuesta ha estado muy lejos de incomodarme.

—Cuando te he propuesto lo del paseo, ¿qué, Vane? —pregunta impaciente.

Suspiro muy hondo y decido contárselo, prefiero sentirme expuesta a que ella se enfade conmigo o piense algo que no es.

—Pues que no he podido evitar imaginármelo, y yo que sé Paula, por un momento se me ha ido la mente a ese paseo, pero no pretendía dejarte con la palabra en la boca, de verdad, lo siento mucho.

—Ummm... Está bien, te creo—dice conforme—y te perdono con una condición.

—¿Cuál? —pregunto ansiosa.

—Que me describas lo que has pensado.

—¡Eso se llama chantaje emocional! —me quejo.

—Tal vez...

Solo de pensar en confesarle lo que he pensado, acompañado del tono tan sensual que ha utilizado para pedírmelo, noto como el corazón me late desbocado. Su petición me ha excitado casi tanto como pensar en tener una conversación de ese tipo con ella, hasta ahora todas nuestras conversaciones han sido banales, pero ahora siento que estamos dando un paso más, acercándonos a algo más profundo, a la parte personal y la de los sentimientos, y eso me aterra.

—No puedo Paula, me da vergüenza—le confieso sintiendo un calor horroroso.

—¿Vergüenza? ¿Qué has pensado cochina? —bromea divertida.

—Nada, no te he hecho nada—me apresuro a decir abochornada.

—Pero querías hacérmelo—insiste con voz ronca.

Mi respiración se acelera ante su último comentario, está claro que ella también está pensando en hacerme cosas y eso me derrite, deseo a Paula, y este juego suyo me enloquece y me excita a partes iguales. ¿Será en persona tan atrevida como por teléfono? Tengo la sensación de que sí y mi cuerpo se altera.

—Vale, pero solo un poco—concedo.

—Solo un poco—susurra en un tono que me estremece.

—Pues... Nos he imaginado a las dos paseando mientras nos cogíamos de la mano.

Carraspeo un poco para hacer tiempo y ver si Paula reacciona de alguna manera que me haga pensar que ese pensamiento la incomoda, pero obviamente eso no pasa, le gusta, y es su respuesta la que me lo confirma.

—Eso suena muy bien Vane, continúa.

—Entrelazábamos los dedos...

Me detengo cuando la oigo suspirar profundamente y comienzo a sentir una impotencia que me molesta por no poder estar ahora con ella.

—Pensaba en lo agradable que sería sentirte caminando a mi lado, tenerte tan cerca...

—¿Sabes que tengo los ojos cerrados y casi puedo verte? —me interrumpe en un susurro.

Asiento en silencio y me muerdo los labios, noto como vuelve a mí esa rabia que no controlo

y que mi cuerpo expresa a través de la ansiedad, me siento vulnerable.

—No te quedes callada Vane, sigue hablando por favor, ¿qué más has pensado?

—Nada—contesto con un hilo de voz—solo eso.

Siento que voy a ahogarme, quiero decirle las ganas de besarla que tengo, confesarle las absurdas ganas que tengo de conocer, abrazar y besar a alguien a quien ni siquiera puedo poner cara. Por un momento estoy tentada de hacerlo, pero me hace recular el hecho de que Paula no me diga nada, ella no tiene pelos en la lengua y aun así no hace muchos comentarios al respecto, eso me crea mucha inseguridad.

—Creo que mientes, estoy segura de que alguna cosilla más has pensado—insiste guasona.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque a mí se me han ocurrido unas cuantas cositas más para hacer durante ese paseo, así que imagino que a ti también—confiesa poniéndome el vello de punta.

—¿Qué cositas? —quiero saber.

—Cositas Vane. Es muy bonito lo que me has dicho, me encantaría que lo hiciésemos algún día, pasear digo—especifica.

Sé que no me va a decir nada más al respecto y no le insisto, está claro que piensa que si estira demasiado de la cuerda conmigo se puede romper.

—Y a mí—contesto.

Pero la voz casi no me sale, me cuesta mucho entender lo que me está pasando con Paula, no saber hasta qué punto esto es real o no me crea mucha incertidumbre. Ahora mismo mataría porque ella apareciera a mi lado, necesito aferrarme a su cuerpo, quiero abrazarla y que me abrace fuerte y no me suelte, pero lo único que Paula puede darme es su preciosa voz y toda la exquisitez con la que me trata. Apoyo los codos en las rodillas y me aguanto la cabeza con las manos mientras veo como mis lágrimas de impotencia caen al suelo, lloro en silencio intentando que no se dé cuenta porque estoy harta de mostrarle la parte más vulnerable de mí, no quiero que piense que siempre soy así, pero estoy tan sensible que soy incapaz de controlarlo.

—Vane... —me susurra con cariño.

—...

—Vane tía... ¿Has pagado?

—No—contesto mientras me sorbo los mocos.

—Vale, pues paga y levántate, es hora de que volvamos a casa.

Adoro a Paula cuando hace eso, cuando se ocupa de sacarme de la oscuridad con sus palabras. Dejo el dinero sobre la mesa, me seco las lágrimas con la palma de la mano y empiezo a caminar.

—Ya está—consigo decir.

—Perfecto, yo también he pagado, aunque tendría que haber hecho un *simpa*, no veas que sablazo me han pegado por dos cervezas—bromea.

Ambas nos reímos y de pronto mi móvil vibra, lo aparto de mi oreja para ver la notificación y me doy cuenta de que me queda un cuatro por ciento de batería.

—Me quedo sin batería Paula.

—Sí, yo también estoy tiritando desde hace un rato, oye, ¿qué tarifa tienes? ¿Tendrás minutos ilimitados no? Porque si no ya puedes darme tu número de cuenta para que te haga un ingreso—pregunta preocupada.

—Tranquila—sonrío—tengo tarifa plana.

Mi móvil vuelve a pitar y cuando miro solo me queda un dos por ciento.

—Creo que se va a cortar en cualquier momento Paula...

Es lo único que consigo decir, porque es su teléfono el que se ha apagado unos segundos antes de que también lo haga el mío.

## 6. Un deseo que me mata

Creo que nunca me he levantado tan temprano en mi vida, tengo a Vanesa tan metida en la cabeza que me ha sido imposible dormir más de una hora seguida. Llevo levantada desde las cinco de la mañana, he recogido toda la casa y he hecho comida para dos días por lo menos, todo para ganar tiempo y no parecer una desesperada, porque lo cierto es que no puedo pensar en otra cosa que no sea llamarla. Cuando por fin considero que es una hora decente para hacerlo y no parecer una acosadora, me siento en el sofá con el móvil en la mano y de pronto me siento nerviosa como una adolescente en su primera cita, no recuerdo haberme sentido así nunca, pero respiro muy hondo y marco su número, creo que durante unos segundos mi cerebro se ha apagado al sentir su voz, parece más nerviosa que yo, y eso es decir mucho, porque yo estoy temblando de arriba a abajo.

La he saludado con un tono que incluso a mí me ha resultado extraño por lo dulce que ha sido, creo que me vuelvo muy ñoñas cuando hablo con ella. Cuantos más días pasan más fuerte siento este extraño sentimiento que me une a ella, cada vez me cuesta menos descifrar su estado, se lo noto en la voz, en sus silencios, sus suspiros, las respuestas, aunque no la veo creo que cada vez la conozco mejor, y en cuanto ha descolgado he sabido que se había venido abajo, por suerte he logrado animarla un poquito y al final hemos acabado tomando un refresco en una terraza hasta que nos hemos quedado sin batería.

Acabo de llegar a casa y he puesto el móvil a cargar, si sigo así con Vanesa voy a tener que comprar una batería de repuesto. Me doy una ducha, y mientras el agua cae por mi cuerpo desnudo no puedo dejar de pensar en lo que me ha dicho Vane sobre pasear cogidas de la mano, eso me arranca un suspiro profundo y veo como mis pezones se erizan, ¿qué me está haciendo Vanesa? Siento un intenso hormigueo recorrer mi cuerpo cuando pienso en ella tocando mi mano y tengo que contener el impulso de tocarme, no tengo claro que vaya a conseguirlo, pensar en ella me está haciendo arder, pero entonces suena el timbre de casa con insistencia y me quita la tontería de golpe. Me envuelvo en una toalla lo mejor que puedo y voy hacia la puerta extrañada, yo no espero a nadie, y si fueran Martina o Fernando esta es su casa, tienen llaves. No sé porque pero lo primero que pienso es en que deseo mucho que quien llama sea Vane, pero rápido aparto ese pensamiento de mi cabeza, porque por mucho que me guste la idea es imposible, no ha tenido tiempo.

—¿Quién es? —pregunto intrigada cuando descuelgo el telefonillo.

—Policía—dice una voz al otro lado que me aturde—buscamos a una bollera que se ha pillado de una tía por teléfono.

Sonríó enormemente cuando reconozco en esa voz a la idiota de mi amiga Patricia.

—En ese caso me declaro culpable—contesto sonriente mientras aprieto el botón.

Abro la puerta y veo como mi amiga cruza el pequeño terreno delantero en dos zancadas y cuando entra en casa me salta encima. La toalla se me cae por culpa de su efusividad pero no me importa, ya me había visto desnuda otras veces, y estoy tan contenta de verla que lo único que sé hacer ahora mismo es darle mil besos mientras nos abrazamos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto mientras disimulo alguna lagrimilla de emoción.

—Ismael tenía que venir por unos asuntos legales y he decidido acompañarle y darte una sorpresita, así que esta tarde no hagas planes que eres mía—susurra en mi oreja.

Cuando deshacemos el abrazo y las dos nos secamos las lágrimas veo como Patricia recorre mi cuerpo con descaro y sonrío.

—Ya sé que te alegras de verme Paulita, pero podrías ir más despacio—dice acercándose a mí juguetona.

—Podrías cortarte un poco, ¿no? —digo divertida mientras recojo la toalla y ella sigue avanzando.

—Dios, ahora estás más buena que antes cabrona, estas tetas siempre me han vuelto loca—dice tocándomelas divertida.

Le doy un manotazo para que aparte la mano y le indico con la cabeza que me siga al dormitorio, Patri deja su bolso y se tira en la cama mientras me visto. Nos quedamos en silencio unos instantes en los que creo que mi desnudez nos está recordando a ambas algunos momentos que vivimos juntas en los vestuarios del gimnasio del instituto. A Patri le perdían mis tetas, todas las chicas hacían bromas siempre porque babeaba cuando me las miraba, aunque siempre ha sido un juego inocente y divertido, a ella le van los hombres y yo nunca sentí ningún tipo de interés en ella que fuera más allá de la amistad, pero parece que mis tetas le siguen gustando.

—Espero que no tuvieras algún plan—dice mientras me ato los cordones de las deportivas.

—No, tranquila, llamaré a Vane más tarde—digo despistada.

Patri no responde, y cuando alzo la vista para mirarla veo que me observa con media sonrisa, entonces me doy cuenta de lo terriblemente enganchada a Vanesa que estoy, de forma inconsciente he considerado que debo darle una explicación, llevo varios días hablando con ella más o menos a las mismas horas y ya es como una adicción, es algo que necesito.

—Madre mía, estás muy encoñada Paula—me dice mi amiga con gesto más serio.

Estoy a punto de rebatírselo pero me muerdo la lengua, sería absurdo negarlo, Vane me gusta.

—Eso creo—suspiro.



Patricia me comenta que su novio Ismael la recogerá a las siete de la tarde, así que como disponemos de poco tiempo decidimos quedarnos en casa. Preparamos algo de picoteo y nos sentamos en el porche con unas cervezas. Dentro de poco tendría que llamar a Vane, pero como mi amiga está aquí le dejo un mensaje y le digo que la llamaré más tarde.

**Yo:** *Hola Vane*, ha venido una amiga de Córdoba a verme y vamos a pasar la tarde poniéndonos al día, te llamo cuando se vaya, ¿vale?

Un par de minutos después me contesta.

**Vane:** *Hola Paula*, claro, pasadlo bien, yo aprovecharé para trabajar un poco.

No me resisto a contestarle otra vez.

**Yo:** *No te canses chulilla, que luego tienes que aguantarme un ratito. Un beso.*

Me envía una cara sonriente y ya no dice nada más. ¡Dios! Es tímida incluso para mandarme un beso, y eso incrementa mis ganas de tenerla entre mis brazos.

—Quita esa cara de boba y enséñame una foto de la chica que te hace babear—me exige Patri.

—No puedo, no tengo ninguna foto.

—Venga ya, ¿no me digas que todavía no os habéis visto Paula? —pregunta con asombro.

—No—respondo encogiéndome de hombros—la verdad es que no hemos hablado de ese tema Patri, y sinceramente me da igual como sea, yo lo que necesito es conocerla.

—Pero Paula—dice aturdida—¿os dais cuenta del riesgo que corréis? Ya sé todo eso que dicen de que lo que cuenta es el interior, pero no me jodas, el envoltorio también juega un papel muy importante, te estás pillando por ella, ¿sabes el chasco que te puedes llevar si luego no te atrae físicamente? —me regaña.

Es un sermón superficial pero sé que Patri tiene razón, eso puede pasar, pero a estas alturas ya no me importa, esta intriga con Vane me gusta y estoy segura de que si realmente me he enamorado de ella como creo que me está pasando, me dará igual el envoltorio.

—Ya lo sé Patri, pero nuestro juego es así, nos hemos enganchado a nuestras conversaciones telefónicas, ella me gusta y creo que yo también le gusto, y si no le pedí una foto el primer día no se la voy a pedir ahora, lo que quiero es conocerla de una vez, no sabes las ganas que tengo de

abrazarla—confieso con tristeza.

—Pues sí que estás pillada sí—confirma besando mi cabeza—si tantas ganas de conocerla tienes, ¿por qué no se lo dices? Barcelona no está tan lejos, en tres horas te plantas allí con el ave.

—Ya lo sé Patri, pero Vane es una chica súper sensible que no está atravesando su mejor momento por decirlo de alguna manera, no quiero agobiarla, prefiero dejar que vayan pasando las cosas y esperar el momento oportuno, no quiero forzar nada.

—Estoy de acuerdo en que seas tan considerada con ella Paula, pero no dejes pasar mucho tiempo, hablo en serio, tenéis que veros en persona antes de que una de las dos lo acabe pasando mal.

Las horas al lado de mi amiga pasan volando, y cuando me quiero dar cuenta su novio ya está en la puerta esperando. Me lo presenta y tras darnos otro gran abrazo y quedar en que la próxima vez iré yo, mi amiga se va. En cuanto el coche desaparece por la esquina de la calle entro en casa y cojo mi móvil, no he dejado de echar de menos a Vane en toda la tarde y me muero de ganas de oír su voz.

—Hola—contesta en el segundo tono de llamada.

Sentirla me alivia y me llena de alegría a la vez, Vane se ha convertido en una droga que necesito cada vez con más frecuencia.

—Hola Vane, ¿me has echado de menos? Porque yo a ti sí—le confieso.

—Sí, claro que te he echado de menos—sonríe—¿ya se ha ido tu amiga?

—Sí, la verdad es que me ha alegrado mucho su visita, no la veía desde que me fui a Atlanta.

—Me alegro, ¿cómo se llama? —quiere saber.

—Patri, está un poco loca, pero es una tía cojonuda.

—Entonces es como mi amiga Isa, a veces me desquicia pero siempre está ahí cuando la necesito.

Eso me sorprende, Martina me dijo que Vane se encerraba en su mundo en estos días y no entiendo porque no se apoya también en su amiga, así que se lo pregunto.

—Isa cree que debo pasar página con lo de mi madre, Paula, ella no entiende esa inquietud que sigo teniendo y eso hace que sea un tema del que me cuesta hablar con ella, en cambio Martina me apoya, ella también cree que hay algo en el caso de mi madre que huele mal, y no sé, con ella me siento más cómoda—me confiesa.

—Cada una tiene su forma de ver las cosas, supongo que tu amiga quiere que estés bien, hace lo que cree que es mejor para ti, igual que mi hermana, solo que cada una lo hace a su manera.

No culpo a su amiga, tal vez si Martina no fuera inspectora opinaría igual que ella.

—¿Por qué dices que no te planteas volver con tus padres? —Pregunta de pronto—en

Córdoba tienes a tu gente por lo que veo.

—Ummm, es complicado Vane, digamos que no tengo muy buena relación con mis padres.

—Perdona, no quería meterme—se disculpa de inmediato.

—No pasa nada, pasó antes de que me fuera a Atlanta, pero ahora no me apetece hablar de eso Vane, te lo cuento en otro momento, ¿vale?

No es que no me apetezca o no quiera contárselo, es que me acabo de dar cuenta de que para decirle el motivo de ese roce con mis padres tengo que contarle que soy lesbiana, y ese no es un tema en el que quiera entrar ahora, no quiero que la condicione el hecho de saber que a mí me gustan las mujeres, quiero que esto siga de la misma manera que lo ha hecho hasta ahora y que poco a poco nos vayamos descubriendo. ¿Será Vane lesbiana o se está descubriendo conmigo?

—Claro, cuando tú quieras.

A la mañana siguiente otra vez nos llamamos y le recuerdo a Vane que tenemos un paseo pendiente, quiero que salga de su casa, creo que el aire fresco le sienta bien y esa excusa me parece perfecta para hacerla salir. Mi idea era darlo esta mañana, pero nos hemos puesto a hablar de otras cosas y al final no solo se ha hecho tarde, sino que nuestros móviles se han fundido otra vez y la llamada se ha cortado. Sonrío alucinada, no me canso de hablar con ella, pongo el móvil a cargar y al momento me entra un mensaje.

**Vane:** *Mi móvil tarda unas tres horas en cargar del todo, llámame luego si todavía quieres dar ese paseo...*

Se me dibuja una sonrisa enorme cuando lo leo, acabamos de colgar y ya estamos pensando en hablar de nuevo. Me tumbo en el sofá con la mirada clavada en el techo y comienzo a plantearme lo que me dijo Patri, tenemos que conocernos en persona cuanto antes, cada vez lo veo más claro, si Vane se está enganchando a mí la mitad de lo que yo me estoy enganchando a ella tenemos un problema, y no quiero que lo pase mal ella ni pasarlo mal yo. Pienso en si proponérselo o no y dudo, tal vez ella considere que es demasiado pronto o simplemente no le apetezca. Me siento más unida a Vane de lo que me he sentido nunca a nadie con quien he convivido durante meses, así que intento no darle vueltas y me digo a mí misma que no voy a forzar las cosas, si el tema sale o la conversación se vuelve favorable para hacerlo se lo diré, y si no seguiré esperando el momento oportuno.

**Yo:** *Ok, te llamo luego, voy a comer y a dormir un poquito mientras tanto.*

Le hubiera dicho unas cuantas cosas más, como que ya la estoy echando de menos, pero tampoco quiero agobiarla, quiero darle espacio para que asimile lo que nos está ocurriendo

porque no tengo muy claro si ha estado con una mujer antes, sigo sin saber nada sobre la vida privada de Vane. Ahora mataría por poder hablar con mi hermana, la acribillaría a preguntas sobre su amiga, pero por otro lado me alegro de que ella no esté, porque si hubiera estado, ella habría descolgado el teléfono la otra tarde y yo probablemente no me hubiera interesado por saber con quién hablaba.

## 7. Un paseo telefónico

Me despierto sobresaltada al oír la melodía de mi móvil, por un momento me siento completamente desubicada y perdida, es una de esas veces que te despiertas y tienes que estar un rato pensando dónde estás o qué día es, si es de día o es de noche, o si es la hora de levantarse para trabajar. Cojo el móvil, y aun estando todavía desconcertada una agradable sensación me recorre el cuerpo cuando veo el nombre de Paula, de pronto reacciono y me pongo en situación. Había decidido hacer lo mismo que ella, comer y tumbarme un rato para descansar. No me tumbé con la intención de dormirme, tan solo me apetecía relajarme, pero por lo visto mi cuerpo necesitaba algo más que eso.

—Hola Paula—contesto soñolienta.

—Uy. Vaya voz más perezosa Vane, parece que alguien ha dormido más que yo—sonríe—por favor, dime que no te he despertado...

Sigo tumbada en el sofá, es una de esas veces que me siento tan a gusto que no me apetece moverme, y oír la voz de Paula al otro lado del teléfono hace que me sienta como en una nube, tan solo existe mi cuerpo relajado y ella, nada más.

—No. Bueno sí—le confieso—pero no pasa nada, ¿qué hora es?

—Casi las seis, la verdad es que he dormido más de lo que esperaba—confiesa—siento haberte despertado.

—No te preocupes, da gusto despertarse contigo al otro lado—susurro.

El pulso se me acelera cuando caigo en la cuenta de lo que he dicho, desde luego lo siento así, pero era mi intención que ella lo supiera, al menos no tan pronto. Se me ha escapado y ahora me aterra pensar que le haya molestado, porque ha suspirado tan fuerte que casi puedo sentir el calor de su aliento en mi oído.

—Perdona Paula se me ha ido la olla, no sé porque lo he dicho—me disculpo inquieta.

—¿No era cierto? —pregunta con un tono de voz muy débil.

No quiero quedarme callada pero tampoco quiero contestarle, si le digo que *no*, mentiría, y si le digo que *sí*, siento que le estoy confesando lo que siento por ella, es un poco absurdo, pero para mí es así.

—Vane... Dímelo por favor, necesito saberlo—me suplica.

Algo se me encoge por dentro, me siento impotente y odio este momento y a mí misma por

no haber tenido el valor de decirle a Paula que quiero conocerla, si lo hubiera hecho es probable que ahora mismo estuviera a su lado y pudiera abrazarla, porque a Paula le pasa algo, lo noto en su voz, acabo de darme cuenta de que aunque ella lo intente no puede ser siempre la fuerte. Ha tenido un momento de debilidad y sus muros acaban de caerse.

—¿Saber qué Paula?

Necesito saber qué es exactamente lo que quiere para poder dárselo, no soporto notarla tan triste.

—Saber si te resulta tan agradable hablar conmigo como me resulta a mí hacerlo contigo, solo eso. Necesito saberlo porque me estoy volviendo loca Vane—solloza.

Todas las mariposas del planeta me atropellan el cuerpo en este momento, el hormiguelo que siento es tan agradable que deseo que el tiempo se detenga en este instante y se quede así para siempre.

—Sí Paula—me apresuro a decir—claro que sí, no te haces una idea de lo mucho que me gusta hablar contigo.

De pronto empieza a llorar y tengo que morderme los labios con fuerza para evitar hacer lo mismo, porque ahora es ella la que me necesita y quiero demostrarle que yo también estoy aquí y puedo ser fuerte para ella, igual que hace Paula conmigo.

—Me encantaría abrazarte Paula, no llores por favor—le suplico.

Pero algo hago mal, porque ahora más fuerte y yo me hago un ovillo mientras se me escapaban unas dolorosas lágrimas silenciosas, desde luego no voy a permitir que se dé cuenta, no voy a aumentar su angustia con la mía.

—Quiero que me abrases Vane—suplica llorando.

—Y lo hago Paula, te aseguro que lo hago...

—Lo sé—susurra.

—Coge aire Paula. Coge mucho aire y suéltalo despacio—digo sin saber muy bien qué hacer.

Se le escapa una pequeña carcajada mezclada con sollozos y de pronto siento un alivio tremendo porque sé que yo también podía ayudarla.

—Copiona—me acusa divertida.

—Venga hazlo—sonríe—hazlo para que pueda oírte.

Y lo hace, la escucho coger aire profundamente y soltarlo tan despacio como sus hipidos se lo permiten.

—Hazlo otra vez—insisto—una chica preciosa me ha dicho que a ella le funciona.

Se le escapa la risa otra vez, y esta vez es más larga, más alegre. Más Paula.

—Así no me ayudas—bromea.

—¿No? ¿Una petarda mejor? —bromeo yo también.

—Tampoco te pases, eh—sonríe mientras se sorbe los mocos.

Me la imagino, con la cara roja y empapada en lágrimas, con sus mechones largos y del color que sean pegados a su cara por culpa de la humedad. Los retiraría con mis dedos, secaría su cara con mis manos y la besaría lentamente hasta asegurarme de que olvida por completo su tristeza.

—Gracias Vane—susurra.

—De nada, ¿estás mejor?

—Sí. Lo estoy. He tenido un momento sensiblón pero ya se me ha pasado.

—Bien, pues lávate la cara y coge tus cosas, habíamos quedado para pasear, ¿recuerdas?

—Claro—contesta animada.

Cojo las llaves y bajo a la calle tan rápido como puedo, necesito aire, lo que le ha pasado a Paula me ha dejado tocada, sentirla llorar a ella me ha dolido tanto como si me hubieran arrancado un trozo de corazón, y es cuando abro la puerta de la calle y la brisa me golpea la cara cuando me doy cuenta de que estoy enamorándome de ella, me estoy enamorando de Paula por teléfono. ¿Eso es posible?

Caminamos durante un buen rato mientras hablamos de lo bien que hemos dormido por la tarde, Paula se detiene unos instantes en un chiringuito para comprarse un helado y como una boba me detengo yo también esperando para caminar juntas.

—¿Por dónde paseas? ¿Algún parque? —pregunta con la boca llena.

—No, en la parte baja del pueblo hay un río con un camino que transcurre paralelo, suelo venir por aquí bastante, no es muy largo el recorrido pero lo hago varias veces de ida y vuelta, así me relajo—digo encogiéndome de hombros como si ella pudiera verme.

—Tiene que ser muy bonito—susurra.

—Lo es, ¿tú por dónde vas?

—Ummm, no lo sé, por la calle, creo que hace un rato que me he perdido—sonríe tan tranquila.

—¿En serio te has perdido? —pregunto muerta de risa.

—Soy de Córdoba Vane, allí no me pierdo, pero aquí todas las calles me parecen iguales, al menos por ahora.

Me encanta la soberana parsimonia con la que se toma el hecho de estar perdida, yo estaría de los nervios en su lugar. Supongo que Paula es así, de las que encaja las cosas como vienen. Se ha perdido, ¿y qué? eso no le está prohibiendo disfrutar del paseo ni de su helado.

—¿Te puedo hacer una pregunta que no viene a cuento? —pregunto dudosa.

—Uy que peligrosa... A ver dime—contesta riendo.

—¿Me responderás?

—Ummm, depende. ¿Gano algo si lo hago? —pregunta traviesa.

—Mmmm... Como mucho lo mismo—digo haciéndome la interesante.

—Vale. Entiendo que gano una respuesta, pero supongo que la pregunta la escojo yo, ¿no?

Me estoy divirtiendo mucho con nuestra pequeña negociación, y aunque me da bastante miedo su pregunta acepto.

—Hecho.

—Pues venga Vane, dispara tu pregunta. Uy, ¡Mierda! —se queja de pronto.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada, es que se me ha caído un trozo de helado al suelo y me jode, porque no veas lo rico que está Vane—sonríe—venga dime, tu pregunta.

—¿De qué color tienes el pelo? —pregunto avergonzada.

Sé que no es la pregunta más relevante, pero necesito saberlo, porque desde que la he imaginado con sus mechones pegados por la cara no puedo sacármela de la cabeza, y no saber de qué color tiene el pelo me está obsesionando.

—La verdad es que no dejas de sorprenderme—dice sin dejar de reír—es lo último que me hubiera esperado que me preguntaras.

—Ya... Bueno, yo soy así Paula.

—Y me encanta, castaño. Lo tengo castaño.

—¿Cómo tu hermana?

—Eso son dos preguntas—sonríe con picardía.

Me quedo en silencio, me está empezando a poner nerviosa esta conversación porque me doy cuenta de que este juego se le da bastante mejor a Paula que a mí, y me da mucho miedo meter la pata.

—Vaane... —susurra paciente.

—¿Qué?

—Más oscuro, lo tengo más oscuro que mi hermana.

Noto como su voz me acaricia, casi puedo notar los brazos de Paula rodeando mi cuerpo mientras me susurra su respuesta sin esperar nada a cambio, como un regalo, así es como me ha hecho sentir cuando me ha contestado.

—Gracias.

—De nada. ¿Puedo preguntar yo ahora? ¿O prefieres que lo dejemos para otro momento?

—No, pregunta. Creo que estoy lista.



—No hace falta que contestes si no quieres, ¿vale? No me enfadaré—comienza a faltarme el aire—lo que me gustaría saber es si sales con alguien Vane.

Aunque estaba segura de que Paula iba a preguntarme algo así no puedo evitar que el corazón me lata con fuerza, el pulso se me ha disparado y me detengo en seco, porque es una manera de confirmarme que ella también siente algo por mí.

—No—carraspeo nerviosa—no estoy con nadie. ¿Y tú?

Nunca he deseado tanto que me den una negativa como lo estoy haciendo en este momento.

—Sabes que si te respondo te haré otra pregunta, ¿verdad?

Me cuesta respirar, soy consciente de que estamos abriendo la veda, de que entramos en otro terreno, en uno más íntimo, profundo y personal. Uno que me gusta y me aterra a partes iguales. Uno en el que Paula ha jugado bien sus cartas dejando la pelota en mi tejado, si yo no pregunto ella tampoco lo hará, pero joder, yo deseo saber muchas cosas sobre ella.

—Lo sé—contesto muy nerviosa.

—Yo tampoco estoy con nadie Vane.

Aunque me lo imaginaba, que Paula me confirme que no está con nadie me pone todavía más nerviosa, porque eso deja un camino libre por el que yo no estoy segura de saber caminar. Me empiezo a mover de un lado a otro, de pronto no sé si seguir andando, sentarme o salir corriendo.

—Vane, ¿estás bien? —pregunta preocupada.

—Sí—contesto casi sin dejarla terminar su pregunta.

—Vale, ¿qué estás haciendo? Parece que te mueves mucho.

—Nada, es que no sé por dónde tirar, no sé si...

—¿No hay ningún banco por ahí donde puedas sentarte? —me corta de repente.

—No—digo mientras miro a mi alrededor.

—¿Y una roca? ¿Un tronco? ¿Algo?

—Una roca.

—Pues siéntate un rato anda—me ordena divertida—yo me sentaré en un banco. ¿Sabes que ya sé dónde estoy?

Le hago caso y me siento, y vuelvo a adorarla por cambiar de tema y darme un respiro. Me centro en el sonido del agua y el ruido de las copas de los árboles al moverse con el aire, eso me calma. Siempre me ha encantado este lugar, es muy relajante pasear por aquí, pero ahora, compartiéndolo con Paula me parece mágico.

—¿Sí? ¿Ya te has ubicado?

—Sí, bueno, no es que me haya esforzado mucho por ubicarme la verdad, es que me acabo

de dar cuenta de que al final de la calle puedo ver la terraza de la otra mañana, así que estoy cerca de casa, eso sí, no me preguntes por donde he pasado porque no tengo ni idea—dice riendo.

Creo que me alegro más yo que ella de que se haya ubicado. Me río con Paula, y aunque aún sigo algo nerviosa decido que quiero continuar con nuestra conversación anterior, siento curiosidad por saber qué era lo que Paula quería preguntarme y además le debo una respuesta.

—¿Cuál es tu pregunta?

—Mmmm—suspira—me da un poco de miedo hacértela la verdad.

—¿Miedo tú? —bromeo.

—Oye que no soy tan dura como crees Vane—replica con gracia—también tengo mis dudas y mis inseguridades, y me da mucho miedo meter la pata contigo—confiesa.

Suspiro muy hondo y me muerdo ambos labios mientras mi corazón sigue bailando por mi cuerpo.

—Pregunta sin miedo Paula, dudo mucho que metas la pata.

—Vale, pero que conste que tú lo has querido—carraspea—lo suelto del tirón—dice sin darme opción a contestar—¿Has estado con una chica alguna vez?

Lo cierto es que no me esperaba esa pregunta en concreto pero no me molesta en absoluto, cada vez tengo más necesidad de que aclaremos las cosas, necesito saber qué es lo que Paula espera de nosotras. Saber si ella también se está enamorando de mí, porque si no es así probablemente hemos llegado a un punto en el que estas conversaciones tienen que acabarse, porque cuanto más hablo con ella más la deseo, y si no puedo tenerla tengo que empezar a olvidarme de ella cuanto antes.

—Sí—confirmo nerviosa.

—¿Sí? —pregunta sorprendida.

—Una vez... Una chica...

Paula suspira.

—¿Cuánto duró?

—Dos días, ella no era de aquí, solo la vi dos días—resumo sin entrar en detalles.

Pienso que Paula hará alguna broma por la poca duración, que me dirá que eso no es nada o que no cuenta, pero no lo hace. Y su respuesta consigue que la quiera todavía más.

—A veces dos días pueden doler más que dos años.

Mi pecho sube y baja a toda velocidad.

—Cierto. ¿Y tú? ¿Has estado con alguna mujer?

—Con algunas Vane, bueno a ver, no muchas—aclara sonriendo—pero siempre mujeres desde que me enamoré por primera vez de una.

Ya no necesito más datos de ese tipo, Paula es claramente lesbiana y eso me hace sonreír ampliamente. Eso facilita las cosas mucho para nosotras, y ahora empiezo a necesitar con urgencia otro tipo de detalles.

—¿Te pareces a tu hermana? —pregunto casi sin pensar.

—¿Físicamente?

—Sí.

—Menuda listilla eres tú—me acusa riendo— ¿de verdad crees que te voy a dar esa ventaja Vane? Si yo no sé cómo eres tú, tú tampoco sabrás como soy yo.

—Tenía que intentarlo—me río.

—Ya veo.

Que me hubiera dicho que no se parece a su hermana me hubiera dejado igual que estaba, pero si hubiera dicho que sí ya tendría una idea de cómo es, y además su hermana es muy guapa, pero Paula no ha dado su brazo a torcer.

Me levanto y comienzo a caminar despacio en dirección a casa, no sé cuánto tiempo he paseado con Paula, porque cada vez que hablo con ella los minutos vuelan sin que me dé cuenta. Han sido nuestros teléfonos los que han indicado cuál es el final de nuestro paseo, porque de nuevo ese pitido que ahora odio me está indicando que me quedo sin batería.

—Creo que esta vez mi teléfono se va a morir antes que el tuyo Paula.

—Odio este momento Vane, odio tener que dejarte.

—Yo también, ¿hablamos mañana? Voy a trabajar un poco cuando llegue a casa, que llevo un par de días sin hacer nada y no quiero que se me acumule el trabajo.

—Claro, llámame cuando puedas, ¿vale? —me pide.

—Envíame un mensaje cuando estés despierta y disponible, que no...

Se ha cortado, mi teléfono se ha apagado y de nuevo me he quedado sin despedirme de Paula.

## 8. Paso a paso

Me ha despertado el teléfono, me he sobresaltado pensando que sería Vanesa y que me va a escuchar con la voz ronca por el sueño, pero no es ella, es mi cuñado Fernando y decido no cogérselo. No lo hago porque en cuanto he pensado en Vane y en su voz una tremenda excitación me ha sacudido por dentro sin previo aviso. La deseo tanto que mi cuerpo empieza a hablar por mí, puedo sentirla en cada poro de mi piel, en cada latido, en cada aliento. Intento no pensar, quiero detener mentalmente esta excitación pero no puedo, noto las pulsaciones cada vez más fuertes en mi sexo, esa parte de mí que soy incapaz de controlar me pide a gritos que la silencie, pero cuando pienso en masturbarme una horrible sensación de culpa me invade.

¿Cómo voy a masturbarme pensando en Vane? En la vulnerable Vane, ¿qué pensará ella de mí si se entera de esto? Ni siquiera me doy cuenta, mientras mis pensamientos me atormentan la mente me he tumbado de nuevo en el sofá y mi mano se ha colado por debajo de mis bragas. En cuanto noto lo húmeda que estoy toda la culpa que siento desaparece, pienso en que Vane está aquí conmigo y solo puedo concentrarme en darme placer, pensar en que mis dedos son los suyos me excita tanto que en cuanto intensifico un poco las caricias disfruto de un largo y exquisito orgasmo.

Saco la mano del interior de mis bragas sintiendo tanto alivio como culpa, me digo a mí misma que no he hecho nada malo, no pienso en Vanesa como en algo únicamente sexual, no es su cuerpo el que me ha excitado porque ni siquiera sé cómo es, simplemente es ella, su esencia, su todo. Tras unos minutos dejando que la culpa me torture decido levantarme y lavarme la cara para despejarme, me miro al espejo y suspiro preguntándome si ella será capaz de hacer lo mismo o si ya lo habrá hecho. Sonrío pensando en lo estúpido que es ese pensamiento, todavía no sé con seguridad que tipo de interés tiene Vane en mí, ella no me ha dicho nada, todo está en mi cabeza, solo sé que yo he tenido un intenso orgasmo pensando en ella y eso me gusta.

Me obligo a no darle más vueltas al tema, ya está hecho, solo espero ser capaz de controlarme un poco la próxima vez, porque sí, estoy convencida de que lo que me ha pasado hace un rato volverá a pasarme en más de una ocasión. Vuelvo al sofá, cojo el móvil y la llamo sin más, me hace temblar cuando contesta con esa voz entre floja y ronca, porque de pronto me la imagino tumbada en la cama a mi lado mientras yo me acerco a ella para despertarla, el calor de su cuerpo acomodado entre las sábanas me inunda y yo le beso los párpados despacio, pasando por su nariz y acabando en sus labios hinchados por el sueño.

De pronto siento que mi cuerpo pierde fuerza, y la rabia por no poder estar con ella en ese momento me destroza, mataría por poder abrazarla un instante, tan solo uno, porque necesito sentir el calor de Vanesa imperiosamente. La cosa no mejora cuando me disculpo por haberla

despertado, y tras decirme que le ha gustado despertarse conmigo se disculpa de inmediato. Sé que su comentario ha sido sincero pero me duele que se disculpe porque necesito de una vez que me dé alguna señal que me indique que no estoy sola en esto, que ella siente lo mismo. Ahora soy yo la que está llorando y me sorprende, nunca me he sentido tan expuesta ante nadie como lo estoy haciendo con Vanesa ahora, me tiene receptiva y sensible ante cualquier palabra suya, eso me hace ser cada vez más consciente de lo profundo que Vane está calando en mí y de lo mal que lo voy a pasar como esto no salga como yo espero.

Finalmente Vane me ha confesado que se siente igual que yo y eso me ha aliviado, no puedo describir con palabras lo que he sentido cuando ha utilizado mi método para calmarla a ella para calmarme, me ha demostrado que puedo contar con ella, que ella también está ahí para mí, me la hubiera comido a besos si la hubiese tenido delante.

Por fin hemos dado ese paseo y nos ha servido para dar un paso más en todo esto, hemos entrado en un juego de preguntas más íntimas y ahora ya sé claramente que tengo opciones con ella, me ha confesado que estuvo con una chica y eso me ha hecho sonreír ampliamente.

Cuando llego a casa pongo el teléfono a cargar y enciendo el portátil, todas nuestras horas de conversación no han dejado trabajar a Vanesa ni a mí me han permitido buscar apartamentos como tenía planeado, no quiero abusar de la hospitalidad de mi hermana y Fernando, ellos necesitan su intimidad y yo la mía. Mientras estoy mirando apartamentos me entra una notificación de Facebook, al verla me cago en mi hermana por no tener un perfil en esta red social, ella y sus rollos de policía, si lo tuviera seguro que Vanesa estaría entre sus amigas y yo podría entrar a cotillear, lo único bueno de eso es que Vane tampoco puede encontrarme a mí.

La notificación es el chat, Patri me ha saludado al verme conectada.

***Patri:*** *Hola Pauli, dime que ya has quedado con la catalana esa que te tiene loca.*

***Yo:*** *Hola Patri, todavía no, pero creo que no voy a demorarlo más, me muero de ganas de verla. Tal vez mañana hable con ella.*

***Patri:*** *tal vez, no, habla y queda con ella de una vez, no seas capulla, seguro que las chispas saltan y el chirri se os hace agua cuando os veáis jajaja*

***Yo:*** *a mí seguro :)*

***Patri:*** *y a ella también, eres una tía cañon, y seguro que cuando vea tus tetas se vuelve loca.*

**Yo:** ¿quieres que te las enseñe? ;)

**Patri:** síííí.

**Yo:** te dejo, tengo que seguir buscando apartamentos, hablamos loca. Un beso.

**Patri:** eres mala :( Besitos.

Cuando dejo a Patri me hago la cena y sigo buscando apartamentos durante horas, anoto un montón de números de teléfono para llamar al día siguiente. Recojo la cocina y cuando salgo a tirar la basura oigo un ruido al lado del contenedor, al principio me asusto y pienso en salir corriendo, pero de nuevo lo oigo y esta vez me doy cuenta de que parece el sollozo de un perro, rodeo el contenedor y lo encuentro atado con una cuerda vieja a una de las ruedas, está asustado, sucio y parece que tiene una herida, está claro que alguien lo ha dejado tirado allí como si fuera basura y la sangre me hierbe.

## 9. Hagámoslo juntas

Llego a casa bastante cansada, el paseo con Paula me ha dejado agotada y supongo que toda la situación en general me está consumiendo. Entro en mi habitación para coger ropa cómoda y ducharme, pero antes me siento en la cama para pensar, porque cuando he entrado en la habitación y he visto un viejo y roto joyero que mi madre me regaló cuando era pequeña y que nunca me he atrevido a tirar, ha sido el momento en el que me he dado cuenta que desde que conozco a Paula prácticamente no he pensado en el tema de su desaparición, esa cordobesa se está quedando con casi todos mis pensamientos. Sonríó incrédula y a la vez me siento agradecida por haberla conocido, no solo por todo lo que siento por ella, sino porque gracias a ella esa otra parte me está resultando mucho más fácil de llevar que nunca, aunque tengo ansiedad solo aparece en determinados momentos, no es como otros años en los que me pasaba estos días llorando prácticamente a todas horas.

Entro en el baño y mientras me desnudo no puedo dejar de pensar en lo mucho que me gustaría que fuese Paula la que estuviese en este momento quitándome la ropa, siento un pinchazo de placer entre las piernas y rápido las cierro asustada. Me ducho rápidamente intentando no pensar en la necesidad que siento de satisfacer mis instintos más primitivos, no pensé que me iba a costar tanto. Como algo rápido y decido trabajar con el portátil desde la cama para estar preparada cuando el sueño se apodere de mí, pero me es imposible concentrarme, no puedo dejar de pensar en ella. Mi cuerpo reclama algo con una urgencia cada vez mayor y me avergüenza pensar en lo que dirá Paula si llega a enterarse de lo que estoy deseando hacer, de lo que voy a hacer, de lo que he hecho sin poder apartarla de mi pensamiento.

No estoy mucho rato trabajando, el cansancio que tengo sumado a la relajación que me ha provocado Paula sin saberlo, hacen que caiga rendida en un sueño profundo del que no me despierto hasta las nueve de la mañana.

Lo primero que hago al despertarme es mirar el móvil para ver si Paula me ha dicho algo, cualquier señal que me indique que ya está despierta y que puedo llamarla, porque eso es lo único que deseo hacer, hablar con ella. Siento una decepción enorme cuando veo que no hay nada, su última conexión es de hace una hora, así que supongo que estará ocupada.

Trabajo durante dos horas en las que no dejo de mirar el teléfono cada pocos minutos, me siento nerviosa e inquieta, todo tipo de pensamientos se me pasan por la mente intentando buscar un motivo por el que Paula no me haya dicho nada todavía, pero el que más me atormenta es pensar que se haya cansado de mí, que de pronto haya recapacitado y se haya dado cuenta de que todo esto que nos pasa es absurdo y no puede ir a ninguna parte.

El solo hecho de pensar en eso como en algo real hace que cada vez me sienta más triste y

angustiada, tengo un nudo enorme en el estómago y poco a poco se me sube a la garganta. Considerar la opción de no volver a hablar con ella es simplemente impensable para mí, de pronto no concibo mis días si ella no está a mi lado, aunque sea al otro lado del teléfono. Decido enviarle un mensaje, me paso un buen rato escribiendo y borrando porque no quiero escribir nada que pueda agobiarla o que me haga parecer una desesperada, al fin y al cabo yo le había pedido que me avisara cuando estuviera disponible y no lo ha hecho. Pero tampoco quiero que piense que me es indiferente que no me haya dicho nada. Desde que nos conocemos ha intentado hablar conmigo en todo momento y su comportamiento de esta mañana me tiene muy desconcertada y rayada. ¿Le habrá pasado algo?

***Yo:** Hola Paula. Supongo que debes estar ocupada con tus cosas, si luego te apetece hablar un rato estaré por aquí...*

Ese es el mensaje que decido enviarle, no añado ningún emoticono, no hay ninguno que describa lo mucho que la echo de menos y lo vacía que me siento sin ella. Me contesta quince minutos después.

***Paula:** Te llamo en un rato.*

Puede que yo esté demasiado sensible o que ya me esté afectando demasiado su ausencia, pero cuando recibo ese mensaje algo se me encoje por dentro y no es precisamente por algo positivo, me parece tan frío y seco que simplemente empiezo a llorar. No puedo dejar de pensar en que me va a llamar por compromiso, porque yo le he enviado ese mensaje y ahora se ve obligada a decirme algo para no quedar mal. Salgo al balcón con el móvil en una mano y un paquete de pañuelos de papel en la otra, me siento en el suelo igual que el otro día y lloro hasta que me canso. De vez en cuando tengo un espasmo respiratorio y la cabeza me duele horrores, lo único bueno es que al menos estoy cómoda sentada en el suelo.

Mi móvil empieza a sonar, es Paula, y como respuesta automática mi cuerpo se revoluciona. Por un lado me alegra mucho saber que voy a escuchar su voz, pero por otro me siento dolida, sé que no tengo derecho a quejarme de nada, Paula no tiene ninguna obligación conmigo, no somos nada, pero la deseo demasiado.

—Hola—contesto escueta.

—Eh, hola Vane, ¿qué tal? —pregunta con cariño.

De pronto me siento muy pequeña e indefensa y se me hace un nudo en la garganta otra vez, porque Paula me habla con esa dulzura característica suya que utiliza conmigo, como si me acariciara con sus palabras y sobre todo como si me hubiera echado de menos. No sé qué contestarle, me siento muy perdida, su comportamiento y su tono no casan y las lágrimas se me



escapan de nuevo.

—Bien—le miento.

Suspira y se queda unos segundos en silencio en los que yo tampoco digo nada.

—No me mientas Vane, esa voz no es de “bien”, y no me cuelgues por favor.

No entiendo como se ha dado cuenta, me he esforzado porque me saliera la voz y tan solo he utilizado una palabra porque no quiero que se compadezca de mí, no deseo que se sienta culpable o que se vea obligada a nada. Decido insistir en mi intento.

—No voy a colgar Paula, estoy bien.

El nudo que tengo en la garganta es tan grande que empieza incluso a dolerme, me cuesta tragar saliva.

—Estás enfadada—afirma.

—No estoy enfadada, ¿por qué iba a estarlo? —pregunto conteniendo mis ganas de llorar.

—No lo sé, tal vez porque me echabas de menos y yo he tardado mucho en llamarte. Yo también estaría enfadada Vane—confiesa.

Su tono es tan dulce y agradable que comienzo a llorar sin control, en este momento me da igual que me oiga, la necesito demasiado, me he enganchado a Paula y me da igual la vergüenza, si es necesario estoy dispuesta a confesarle todo lo que siento por ella, de esta conversación va a depender que sigamos hablando en un futuro o no. No voy a pedirle que me explique porque no me ha dicho nada en toda la mañana, sus motivos tendrá, pero sí que voy a exigirle que me diga qué es lo que espera de mí, y quiero que me lo diga claro.

—Vane por favor, no llores cariño—susurra.

El mundo se me viene encima, porque la palabra cariño para mí tiene un significado muy concreto en este momento, la gente utiliza a menudo esa palabra muy a la ligera, pero yo no, y cuando alguien por quien siento algo tan fuerte como lo que siento por Paula me dice algo así, solo espero que lo sienta de la misma forma que yo.

—¿Qué es lo que quieres Paula? ¿Qué esperas de mí? —pregunto nerviosa.

—Quiero verte Vane—dice con una seguridad aplastante—no pienso tener esta conversación por teléfono, quiero que no veamos en persona.

El llanto se me corta de golpe, de entre todas las respuestas que Paula podía darme esta es la única que yo no había contemplado, al menos no en este momento.

—¿Vernos? —pregunto aturdida.

—Sí joder, vernos Vane. Quiero que vengas a Madrid—me exige.

—¿Yo?

No es que no quiera ir, pero que me exija que vaya a Madrid sin contemplar la opción de venir ella a Barcelona o encontrarnos en un punto intermedio me parece un poco descarado por

su parte.

—Iría yo Vane, te lo aseguro, pero no puedo dejar al perro solo.

—¿Perro? —pregunto sorprendida—no sabía que Martina tuviera un perro.

—Ya, bueno, ella tampoco lo sabe—contesta riendo.

Arqueo las cejas extrañada y sonrío con ella, de pronto todo el enfado que tenía ha desaparecido de golpe, porque el solo hecho de hablar con Paula simplemente hace que me sienta bien y se me olvide todo lo demás.

—¿No lo sabe? —pregunto sin entender.

La verdad es que me estoy perdiendo.

—No Vane, es lo que iba a decirte antes pero te has puesto a llorar y no me has dejado. Siento mucho no haberte dicho nada en toda la mañana, ni te imaginas lo que he llegado a echarte de menos—susurra.

No puedo evitar que se me escape una sonrisa ante sus palabras, la verdad es que Paula me está volviendo loca.

—Da igual, no pasa nada—digo sinceramente.

—No da igual Vane, a mí no me hubiera gustado, me hubiera dolido mucho. Pero tengo una buena explicación te lo juro—dice alegrando la voz.

—Muy bien Paula, pues tú dirás.

La verdad es que sin saber sus motivos ya me siento aliviada, Paula me ha dicho que me ha echado de menos y con eso ya me basta, pero parece que además quiere explicarse y lo cierto es que agradezco mucho ese gesto.

—Verás, ayer salí a tirar la basura y encontré a un perro atado a la rueda del contenedor, algún cabrón desalmado lo dejó ahí como si fuera un despojo—dice enfadada.

—¿Y qué hiciste? ¿Lo recogiste?—pregunto preocupada por el animal.

—Sí, me sabía mal llamar a la protectora. Lo metí en casa y le di de comer, está esquelético el pobre. Total, que además de lo delgado que está, estaba muy sucio y tenía una herida en la pata, así que esta mañana en cuanto me he levantado lo he llevado a la clínica veterinaria para que le echaran un vistazo y asegurarme de que está bien.

De pronto me siento fatal, ella cuidando de un animal abandonado y yo pensando que pasaba de mí.

—¿Y qué te han dicho? —quiero saber.

—Pues le han curado la pata, lo han examinado y después lo han bañado. Mi idea era aprovechar que lo estaban atendiendo para llamarte, pero resulta que es bastante asustadizo y en cuanto he salido de la consulta se ha agazapado y no había manera de que se moviera, así que he tenido que volver a entrar y quedarme con él todo el rato.

—Ahora me siento gilipollas por lo de antes Paula, es que no he podido evitar pensar que no sé, que te habías cansado de mí o que ya no te apetecía tanto hablar conmigo—explico angustiada-

—¿En serio has pensado eso de mí Vane? —dice un poco molesta—yo creo que te he demostrado en más de una ocasión lo importante que eres para mí, o al menos eso creo, puedo hablarte más claro si quieres, pero joder, creer que me he cansado de ti me parece un poco exagerado.

—Lo siento Paula. Es que tenía tantas ganas de hablar contigo que creo que me he sentido muy perdida cuando he visto que no me decías nada—confieso.

—Mmmm—sonríe—bueno, vamos a dejar de pedirnos perdón mutuamente anda, ha sido un mal entendido y ya está. ¿Sigo? Porque ahí no ha terminado mi mañana ni mis motivos para no poder llamar—dice como si estuviera indignada.

—Sigue—contesto riendo al ver que necesita desahogarse.

—Pues la veterinaria me ha dicho que está bien, solo un poco desnutrido. También ha mirado a ver si tenía chip pero nada.

—¿Y qué vas a hacer con él? —pregunto intrigada.

—Primero he pensado en buscarle dueño, alguien que lo quiera y cuidarlo yo mientras tanto, pero...

—Pero, ¿qué?

—Pues que le he comprado un collar de machote y cuando se lo he colocado me ha puesto ojitos Vane, ahora ya no puedo deshacerme de él, si lo hago se sentirá abandonado de nuevo y no quiero—dice en un tono cariñoso.

La oigo hacerle arrumacos al perro y me empiezo a reír imaginándola.

—No te rías, tengo que encontrar un apartamento antes de que vuelva mi hermana o me matará si encuentra al perro aquí.

—Dudo que te mate por eso Paula. ¿Eso es todo lo que ha hecho tu mañana tan estresante? —pregunto divertida.

—Que va—dice riendo—ayer concerté visita en un par de apartamentos que quería ver, y como he salido tarde de la clínica me lo he llevado conmigo.

—¿Y cuál es el problema?

—Pues que en cuanto ha entrado en el segundo apartamento se ha meado en el marco de una puerta el muy cochino.

Empezamos a reírnos las dos sin parar, ella contándome los apuros que ha pasado limpiando el pis y yo haciendo bromas y riéndome de ella. Me encanta esta complicidad que hemos logrado tener en tan poco tiempo y estoy deseando que vuelva a decirme que quiere verme, porque me muero de ganas de coger una mochila y largarme para conocerla.

—Tú ríete graciosa, aprovecha ahora que puedes, que cuando te pille ya verás.

Una punzada de placer se instala en mi vientre y acaba entre mis piernas al oírla, solo de imaginar a Paula rozándome empieza a faltarme el aire y la vista se me nubla.

—¿Qué vas a hacerme? —pregunto intentando que no se me note en la voz lo acelerada que estoy.

—Muchas cosas Vane... Te haré muchas cosas si me dejas.

Su voz suena ronca y ahogada, transmitiendo una excitación tan clara como la que yo tengo, Paula no intenta disimular, creo que ya está harta de contenerse y no decir las cosas por miedo a asustarme.

—Creo que te dejaré—añado.

—Vane...

—¿Qué?

—Te deseo, te deseo mucho—susurra.

Me pongo de cuclillas y apoyo mi frente en las rodillas cargada de impotencia, porque en cuanto la oigo decir eso solo puedo pensar en lo mucho que yo también la deseo a ella y en las ganas que tengo de sentir su cuerpo desnudo acariciando el mío. Estoy a punto de decirle que yo también la deseo cuando me sorprende con sus siguientes palabras.

—Tengo que confesarte una cosa Vane, me avergüenza hacerlo, pero quiero que vengas a verme y si lo haces quiero que sea sabiendo hasta qué punto te deseo.

—¿Qué cosa Paula? —pregunto desconcertada.

—Ayer me toqué—dice de pronto—me excité tanto pensando en ti que tuve que masturbarme porque pensaba que iba a explotar Vane, te juro que no quería hacerlo pero...

—Yo también—la interrumpo.

La corto porque me doy cuenta de que se siente mal consigo misma por lo que ha hecho, como si fuera algo horrible, sé cómo se siente porque yo también me sentí así cuando lo hice.

—¿Qué? —pregunta incrédula.

Su tono de voz cambia de pronto, y pasa del arrepentimiento a la alegría en menos de un segundo.

—Que yo también me masturbé Paula—contesto ruborizada—lo siento.

—¿Lo sientes? ¿No te gustó?

—Noo, quiero decir que sí, que sí que me gustó...—contesto nerviosa.

Empieza a reírse, y aunque al principio me descoloca un poco al final me contagia.

—¿De qué te ríes? —pregunto.

—De nosotras, ¿sabes el apuro que me dio hacer lo que hice? ¿Lo mal que me sentí por

usarte para eso? Y resulta que tú hiciste lo mismo, no sabes el alivio que siento, en serio.

—Y yo, ¿a ti te gustó?

Me da vergüenza preguntárselo pero necesito saberlo.

—Claro, y mucho, disfruté mucho Vane.

De pronto se hace un silencio entre nosotras, después de sus palabras no puedo dejar de pensar en cómo será hacer el amor con ella, en cómo me sentiré si noto el tacto de sus dedos acariciándome, sus labios recorriendo mi cuerpo a besos hasta llegar a mi boca o a mi sexo. El deseo empieza a crecer de nuevo en mí y los latidos en mi sexo son cada vez más fuertes, me pongo de rodillas con el teléfono pegado al oído escuchando la respiración cada vez más acelerada de Paula.

—Quiero tocarte Vane—susurra excitada.

Solo puedo resoplar, en cuanto dice eso es como si su mano se hubiese colado entre mis piernas, noto como me mojo y siento un cosquilleo muy fuerte en la cara interior de mis muslos y mi sexo, jamás pensé que una frase de tres palabras me excitaría como lo ha hecho esta.

—Y yo quiero que me toques—digo casi suplicando—y también quiero besarte Paula.

—Joder Vane, estoy demasiado excitada como para que me digas eso.

No sé en qué momento hemos llegado a este punto, ni en qué momento nuestra conversación se ha convertido en algo tan íntimo, pero necesito liberarme, la excitación me devora por dentro hasta el punto de que me empieza a doler, siento que estoy a unas pocas palabras más de Paula para tener un orgasmo sin tocarme.

—Voy a colgar Paula.

Ya no me avergüenza sentir este deseo por ella porque sé que Paula se siente igual, que tiene tantas ganas de tocarse como yo.

—No cuelgues Vanesa—me suplica.

—No puedo más, reventaré...

—Pues revienta conmigo, hagámoslo juntas. Quiero sentirte y que te corras junto a mí.

Sentir a Paula tan excitada y llena de deseo, y pensar en correrme junto a ella hace que me sacuda un calambre que me atraviesa todo el cuerpo y me deja casi sin aire.

—No sé si podré Paula, esto es nuevo y...

—¿Llevas pantalón? —me corta.

—Sí.

—Yo también, vamos a desabrocharnos juntas.

Obedezco ansiosa. Separo las rodillas y en esta misma posición hago lo que me pide sin

pensarlo dos veces, mientras el placer se apodera cada vez más de mí.

—Ya está.

—Metamos la mano a la vez.

Le hago caso y mi propia humedad me nubla de deseo.

—Estoy muy mojada Paula—confieso excitada.

—Mmmm y yo... Joder Vane, si estuviera allí contigo recogería tu humedad con la lengua.

Me deshago, no puedo contestarle, su voz es demasiado sensual y mi excitación está en unos niveles alarmantes, cierro los ojos e imagino que lo que hacen mis dedos lo está haciendo ella con su lengua y me estoy muriendo de gusto. Me toco despacio, como si hacerlo más lento me vaya a permitir disfrutar más tiempo de lo que Paula me está haciendo sentir.

—¿Te gusta lo que sientes? —susurra.

—Mucho... ¿Y a ti?

—Más que a ti—contesta presa del placer—ahora quiero que pienses que es mi mano la que te toca y te hagas lo que necesites Vane, yo haré lo mismo—jadea.

Paula ya no está en condiciones de seguir hablando. Creo que en este momento se detiene el tiempo y dejo a un lado mi timidez para encontrar el placer que tanto deseo a su lado. Empiezo a trazar círculos amplios y rápidos sobre mi clítoris y a jadear con ella hasta que en pocos segundos ambas empezamos a gemir intensamente, oír los suspiros placenteros de Paula me vuelve loca, oigo su orgasmo al otro lado del teléfono y eso no hace más que intensificar el mío y viceversa. Es tan placentero que cuando termino me tumbo en el suelo mirando al techo con el móvil pegado en mi oreja, oyendo como su respiración poco a poco vuelve a la normalidad, igual que la mía.

De pronto me entra la risa, una risa que va acompañada de una agradable sensación y a la vez de la sorpresa por lo que he hecho, jamás me hubiese imaginado haciendo algo así por teléfono, y mucho menos con alguien a quien no conozco. Paula se contagia de mi risa y estamos así durante un par de minutos más.

—¿Estás bien? —pregunta con un tono muy apacible.

—Muy bien. ¿Sabes que nunca había hecho esto con nadie? —confieso.

Justo cuando se lo digo me doy cuenta de algo, descubro que con Paula me siento libre para hablar de cualquier cosa, yo siempre he sido muy pudorosa para hablar de mi intimidad y con ella no solo puedo hacerlo, sino que me siento cómoda haciéndolo y me gusta. La confianza y la complicidad que siento con ella no la he sentido nunca con nadie, siento que con Paula todo es posible.

—Yo tampoco. Aunque no me importaría repetirlo la verdad—sonríe—siempre que sea contigo claro.

—A mí tampoco me importaría Paula.

—Mmmm, eso es muy tentador, pero ahora me apetece más tocarte de verdad. ¿Has pensado en lo que te he dicho antes?

—¿En ir a Madrid?

—Sí.

Mi respuesta la tengo clara, pienso ir, pero de pronto me atropellan las dudas y los miedos.

—¿Y si no sentimos lo mismo Paula? ¿Y si cuando nos veamos todo lo que tenemos desaparece? ¿No lo has pensado? —pregunto asustada.

La oigo suspirar tan hondo que me da miedo que se esté cansando de mi inseguridad.

—No te voy a negar que no me da miedo, claro que lo pienso, pero no lo sabremos si no damos el paso, y creo que cuanto antes lo hagamos mejor, porque sinceramente esto me consume Vanesa, te tengo tan clavada en la mente que no puedo pensar en nada sin que aparezcas tú, necesito saber de una vez si esto es real, si puede ir a alguna parte o si simplemente se quedará en algo que pasó sin más. Pero quiero saberlo. Además, tienes que conocer a tu ahijado—bromea.

—Vale.

—¿Vale? —Se sorprende—¿Eso es que sí?

—Sí, ¿quieres que vaya hoy, mañana...?

—Joder—contesta eufórica—hoy Vane, si puedes hoy para que esperar más.

Me alegro mucho de su respuesta, porque si me llega a decir que me tengo que quedar un día más sin verla creo que no lo hubiese soportado.

—Vale, pues me ducho, cojo un par de mudas y me voy a la estación de tren—digo nerviosa.

—Genial, no te interrumpo—sonríe—llámame cuando estés en el tren para saber a qué hora llegas.

—Eso te lo puedo decir por mensaje—me burlo.

—¿Te me pones vacilona? Ya veremos si eres así de chulita cuando me tengas delante—me amenaza.

Nos despedimos y pongo el móvil a cargar un rato mientras me ducho y preparo mis cosas, me sorprende lo rápida que he sido, en poco más de una hora ya estoy en la estación con mi billete comprado y comiéndome un bocadillo mientras espero a que salga el tren.

## 10. Te reconoceré

Si cuando me he levantado alguien me hubiera dicho lo que iba a pasar esta mañana y cómo iba a empezar la tarde estoy segura de que no me lo hubiese creído. He estado a punto de llamar a Vane en cuanto me he despertado, la he echado mucho de menos y estaba deseando oírla, pero era demasiado temprano y me ha dado miedo despertarla. He cogido al perro y me he ido a la consulta de la veterinaria con la idea de encontrar algún hueco para llamarla, pero me ha resultado imposible porque he tenido que estar pendiente de él y mantenerlo calmado mientras lo trataban.

Conforme pasaba el tiempo me he ido sintiendo cada vez más angustiada, no he podido evitar pensar que se habría enfadado por mi pasotismo, porque lo cierto es que no he tenido tiempo ni para escribirle un simple mensaje. En cuanto he salido de la consulta he tenido que ir escopeteada al lugar donde había quedado con el chico de la inmobiliaria porque ya llegaba tarde para ver los apartamentos. Ha sido justo cuando he salido del último y ya me dirigía a casa cuando he recibido el mensaje de Vane, he sentido un hormigueo muy agradable cuando he visto su nombre en la pantalla del móvil y no he podido evitar que se me dibujara una sonrisa bobalicona en la cara, pero me ha durado muy poco, porque cuando he leído el mensaje me he encontrado con un texto muy frío y he sabido que si no estaba enfadada como poco estaba dolida, y no es para menos, yo también lo estaría.

He entrado en casa y he preparado las cosas para el perro, le he comprado un comedero doble para el pienso y el agua y una cama acolchada para que esté cómodo, la veterinaria me ha dicho que necesita tranquilidad, que no lo agobie y lo deje que poco a poco vaya reconociendo la casa y confiando más en mí, así que lo he soltado para que se mueva a sus anchas y yo me he sentado en el sofá para llamar a Vane.

Creo que me estoy sacando un master en Vane, porque tan solo con oírla hablar o escuchar el ritmo de su respiración ya sé si estaba bien o si se ha derrumbado, y en cuanto ha descolgado el teléfono he sabido que se trata del segundo caso, se ha venido abajo de nuevo. Odio verla así, o mejor dicho sentirla, porque no puedo evitar sentirme culpable, no solo por no haberla llamado sino porque sé que eso tan solo es una pequeña parte de su dolor, porque aunque ella no hable del tema y yo tampoco se lo mencione para no meter el dedo en la llaga, el tema de su madre sigue estando ahí. Tal vez yo la esté ayudando a llevarlo de otra manera, pero esas cosas no desaparecen de golpe y estoy segura de que aunque ella no se dé cuenta, eso es parte del motivo por el que se encuentra tan sensible y le afecta tanto todo que en seguida acaba llorando.

Ha sido durante ese primer momento de conversación y en pleno llanto cuando Vane me ha



hecho la pregunta que me ha dado pie a pedirle que nos conociéramos en persona, por fin se lo he soltado y me he sentido muy aliviada al hacerlo, ya se lo he dicho, ya le he dicho que quiero quedar con ella, pero entonces un pensamiento tormentoso me ha invadido sin piedad. De pronto me he dado cuenta de que si Vane acepta venir tiene que ser sabiendo lo que yo hice aquella tarde, quiero que tenga claro hasta qué punto me gusta para que no se piense que viene a conocer a una amiga cualquiera, viene a conocer a una amiga que quiere algo más que amistad con ella. Bastante más.

Me he llevado una sorpresa muy agradable cuando me ha confesado que ella también se ha masturbado pensando en mí, y no solo por el hecho en sí, sino porque ha tenido el valor de decírmelo, y teniendo en cuenta lo tímida que me parece Vanesa para ciertas cosas, agradezco mucho que se haya lanzado con algo así. Le he confesado lo mucho que me gustó tocarme mientras noto como mi excitación aparece de nuevo, estoy sentada en el sofá y me imagino a Vane sentada a horcajadas sobre mí, tenso todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo pensando en ella de mil maneras distintas. Las increíbles ganas que tengo de hacer el amor con ella junto con mi cada vez más elevada excitación, es lo que me ha hecho decirle que deseo tocarla, ni siquiera lo he pensado dos veces, tal y como lo he sentido se lo he dicho.

—Quiero tocarte Vane—he susurrado presa del deseo.

—Y yo quiero que me toques, y también quiero besarte Paula...

Creo que me he deshecho en ese momento, me parece increíble que Vanesa también se esté dejando llevar y en su voz noto que está tan caliente como yo. En un impulso que no controlo coloco mi mano sobre mi sexo por encima del pantalón y puedo notar la tremenda humedad a través de él. Es entonces cuando Vane me dice que va a colgar y aun me excito más si se puede, porque sé que quiere colgar para masturbarse y aliviar esa tensión que la devora igual que a mí, así que le he pedido que se quede conmigo, que lo hagamos juntas, y ha accedido.

Le pido que se desabroche el pantalón mientras yo desabrocho el mío, ni siquiera sé cómo me sale la voz porque me cuesta mucho respirar, siento el corazón palpitando en mi clítoris y pequeños calambrazos de placer en todo mi sexo mientras le pido que introduzca la mano a la misma vez que yo.

—Estoy muy mojada Paula—confiesa.

No puedo describir lo sumamente cachonda que me pone oírle decir eso, si la hubiera tenido delante doy fe de que hubiera recorrido y saboreado todo su sexo con la lengua muy despacio, me habría esmerado en besarle y lamerlo hasta conseguir que se corriera en mi boca.

—¿Te gusta lo que sientes? —le pregunto.

—Mucho—concede— ¿Y a ti?

Joder que si me gusta, nunca he disfrutado tanto masturbándome como lo estoy haciendo en este momento junto a ella. Echo la cabeza hacia atrás y presiono mi clítoris con fuerza mientras me ayudo con las caderas a seguir el ritmo de mis dedos, empiezo a jadear presa del placer y presa de la excitación que me provocan los jadeos entrecortados de Vane, cuanto más la siento a ella más intenso es el placer que me invade desde lo más profundo de mi ser y más cerca me

siento del clímax, un clímax que no tarda en llegar para hacer que me corra junto a ella.

Acabo de tener un orgasmo muy pleno, oír su voz extasiada por el placer ha sido una de las experiencias más agradables que he tenido. No puedo dejar de pensar en el sexo con Vane, no porque necesite más, bueno a ver, si hay más yo encantada, es por el hecho de lo mucho que he disfrutado teniendo sexo telefónico con ella, porque sin haber tenido contacto físico me ha provocado un gozo inmenso, ¿qué pasará si lo hay? No puedo ni imaginármelo.

Tras decirme que viene a Madrid a verme y colgar para prepararse corro para arreglarlo todo. Después de ducharme y depilarme con esmero preparo el tercer cuarto que hay en casa de mi hermana, no lo hemos hablado y no sé qué es lo que quiere Vane, porque desde luego yo deseo que duerma conmigo. Ni siquiera sé si quiere dormir en casa o prefiere cogerse un hotel, pero no quiero agobiarla, así que preparo esa habitación por si prefiere quedarse en casa y tener su propio espacio.

Estoy muy nerviosa, siento que el corazón se me va a salir del pecho por la emoción que siento al saber que por fin voy a conocerla. Cojo el móvil entusiasmada, necesito decírselo a alguien o reviento, así que le mando un mensaje a Patri.

**Yo:** *Vane viene a Madrid esta tarde, me va a dar un ataque.*

**Patri:** *Relájate, todo saldrá bien.*

**Yo:** *Eso espero.*

**Patri:** *Ya me dirás cómo es, suerte tetillas.*

Que capulla que es. Cuando voy a contestarle mi móvil suena y mi cuerpo tiembla con una sensación muy agradable cuando veo que es Vane.

—Hola chulilla—contesto alegre.

El vello se me eriza cuando oigo de fondo el barullo de la gente, el sonido de los trenes y el de los altavoces anunciando las siguientes salidas, porque eso significa que Vane ya está a punto para venir a verme.

—Hola Paula—sonríe nerviosa.

—¿Ya tienes el billete? —pregunto ansiosa.

—Sí, de hecho ya estoy subiendo al tren, llego a las seis. Espera que me siento.

Noto como todo el barullo desaparece cuando sube al vagón y la escucho moverse mientras

coloca sus cosas.

—Mierda—oigo que dice de fondo a la vez que escucho un golpe seco y otro más torpe.

No paro de reírme sola, me la imagino peleándose con ella misma para conseguir colocarlo todo hasta ponerse cómoda, hubiera matado por hacer ese viaje sentada a su lado, dejándola dormir en mi hombro mientras yo la rodeo con los brazos y le beso la cabeza.

—Ya está—dice casi sin aliento.

—¿Estás bien? ¿Por qué has dicho mierda? —pregunto riendo.

—Ah, lo has oído—sonríe tímida—es que he sacado el cargador del móvil y cuando lo he ido a enchufar el cable se ha enganchado en la mochila y bueno, se me ha caído todo.

Empezamos a reírnos las dos y de pronto noto que algo me roza la pierna. Por poco me da un infarto.

—¡Joder! —me quejo.

—¿Qué pasa? —pregunta preocupada.

—Nada Vane, he notado algo que me tocaba la pierna y me he asustado.

—¿Y qué era? ¿Tengo que ponerme celosa? —bromea.

Bromea pero me encanta que lo haga, que juegue con el hecho de que yo pueda ser algo suyo, algo que desea para ella sola y que no quiere compartir con nadie más.

—Mmmm bueno, tal vez... Porque ha sido el perro y ya sabes que a partir de ahora vivirá conmigo.

—Sí es él lo perdono.

La oigo muy mal porque las puertas del tren pitan al cerrarse.

—¿Ya sales?

—Sí—suspira.

—¿Nerviosa?

—Un poco. Bueno bastante—confiesa.

—Yo también estoy nerviosa Vane, pero saldrá bien, no te preocupes. ¿Vas en ventana o pasillo?

Cambio de tema porque quiero que se tranquilice, le esperan tres horas de tren y eso es demasiado tiempo para darle vueltas al coco.

—Ventana.

—Mejor, así puedes contemplar el paisaje.

—Prefiero hablar contigo—me sorprende.

Esa es una de las cosas que más me gusta de ella, los momentos en los que se pelea contra su

propia timidez para hacerme saber lo que piensa.

—Y yo contigo Vane.

—¿Cómo se llama el perro?

—Ummm... Pues no lo sé—sonríó—la verdad es que no le he puesto nombre todavía.

—¿En serio? ¿Por qué? Pobre animal, abandonado y sin nombre...

—No me hagas sentir mal Vane, es que no sé cómo llamarlo, yo nunca he tenido ningún perro.

—No hace falta haber tenido uno para buscarle un nombre Paula—contesta riendo—además es muy fácil, todos los perros tienen cara de llamarse de alguna manera. ¿No has pensado ningún nombre?

—Pues sí, pero luego le miro la cara como tú dices y no le pega ninguno, es que es un poco feote Vane, tiene unas orejas enormes y caídas, seguro que cuando beba agua se le mojaran las puntas.

—Que bruta eres—dice riendo—envíame una foto anda.

Dejo de hablar con ella un instante y le saco una foto al perro para mandársela mientras me río al mirar de nuevo sus orejas. Después me siento mal, lo acaricio y le beso la cabeza.

—Ya está, te la he enviado.

Sigo acariciando al perro mientras ella abre la foto.

—Joder, pues sí que son grandes—dice riendo.

—Ya te lo he dicho.

—Tiene cara de llamarse Lupo, si fuera mi perro lo llamaría así.

Observo al perro y lo cierto es que Vane tiene razón, Lupo le pega mucho.

—Pues adjudicado, ya tiene nombre tu ahijado, se llamará Lupo.

—¿Sí? ¿Te gusta?

—Me gusta, aunque no tanto como tú.

La oigo carraspear nerviosa y no puedo evitar sonreír al pensar en lo fácil que me resulta desarmarla por completo.

—Perdona Vane, no quería ponerte nerviosa. Oye, ¿has pensado dónde quieres dormir?

La verdad es que no sé muy bien cómo hacerle esa pregunta, no quiero que interprete que yo no quiero que duerma en casa o algo así, y a la vez tampoco quiero que se sienta presionada, así que lo dejo un poco en el aire para ver lo que me dice.

—He pensado coger una habitación de hotel cuando llegue.

Se lo ha pensado antes de responder y entonces me doy cuenta de que ella jamás contemplará la opción de quedarse en casa si yo no se lo ofrezco, así que lo hago.

—También puedes quedarte aquí, hay tres habitaciones.

—Pero es la casa de tu hermana, Paula, y ella no está, no me parece bien.

La noto más nerviosa que de costumbre, creo que cuanto más cerca se siente del momento de encontrarse conmigo más crece su inquietud y su miedo, carraspea con frecuencia y tarda demasiado en contestar, se bloquea y yo no sé qué hacer para ayudarla porque la verdad es que también me estoy poniendo muy nerviosa.

—Te aseguro que yo jamás metería a una desconocida en casa de Martina, pero tú no lo eres Vane, sois amigas desde hace años, de hecho creo que se ofenderá si se entera de que has venido y no te has quedado aquí.

—Y si tú y yo no...

La corto en seco, porque esa opción ya no tiene cabida para mí, no quiero ni pensarlo y empieza a cabrearme que ella no tenga otra cosa en la cabeza.

—Ya vale con eso Vane, deja de darle vueltas de una vez joder, al final nos gafarás. Si no sale bien pues mala suerte y ya está, pero eso no significará que dejemos de llevarnos bien, puedes quedarte en casa tranquila que no te voy a hacer nada, pero si tanto miedo te doy vete a un hotel, no quiero que estés incómoda.

En cuanto termino de hablar me siento mal por lo que le he dicho, o más bien por el tono en el que se lo he dicho, he sido demasiado brusca, pero me duele que me tema de esa manera, como si yo fuera una acosadora que va a ir a por ella en contra de su voluntad.

—Perdona—dice con un hilo de voz más delicado de lo habitual.

—Vane...

—Estoy bien Paula.

Sé que miente, ni está bien ella ni lo estoy yo, tengo unas ganas enormes de llorar porque aunque no quiero contemplar esa opción lo cierto es que existe, y pensar en que todo lo que siento por ella pueda desaparecer de un plumazo al vernos hace que sienta una presión en el pecho que me está asfixiando cada vez más.

—Me quedo contigo Paula—susurra con la voz ahogada.

Asiento sin decir nada, por su tono me doy cuenta de lo mucho que está conteniendo sus ganas de llorar, y ese es el detonante para que yo no pueda contener más las mías, empiezo a llorar en silencio mientras me imagino a Vane acurrucada en su asiento, mirando por la ventana y dando la espalda a la persona que se sienta a su lado mientras hace todo lo posible para no llorar en el tren. Puedo entender lo mal que lo tiene que estar pasando en este momento porque lo único que le falta con su timidez es empezar a llorar al lado de una persona desconocida. Toda esa angustia suya hace que la mía aumente, porque de alguna forma que yo no me explico puedo

sentir a Vane a través de mí, presiento su miedo, su soledad y su tristeza, jamás he conocido a nadie tan vulnerable ni tan sensible como ella, y lo único que consigue con eso era que la quiera más y mi necesidad de abrazarla fuerte se vuelva imperiosa.

Nos mantenemos un buen rato en silencio sin colgar, yo tapo el auricular con la mano para que ella no me escuche llorar pero no dejo de escuchar sus suspiros de ansiedad en ningún momento, supongo que también llora, no quiero imaginarme el dolor de pecho y de garganta que está aguantando para conseguir que no se le note. Me voy a la cocina y me bebo un vaso de agua, me lavo la cara para despejarme y cogo una servilleta de papel para limpiarme. Al fin consigo calmarme un poco y me siento de nuevo para hablar con ella y sacarla de ese lugar oscuro en el que se encuentra.

—No es necesario que hables cariño, pero aprieta un número para que sepa que me oyes—le susurro.

Tras unos segundos eternos oigo el pitido de dos números, supongo que se le ha ido el dedo.

—Cierra los ojos Vane, coge mucho aire y suéltalo despacio. Estoy ahí contigo y te abrazo desde atrás, te abrazo muy fuerte, te estrujo para que dejes salir todo tu dolor.

Suspira tan fuerte que creo que de alguna forma realmente me siente abrazarla y deja salir toda esa tensión que está acumulando a través de mis palabras.

—Relájate Vane, en cuanto llegues aquí te abrazaré muy fuerte y toda esta mierda se acabará, ¿vale? Ya falta muy poco, respira profundo para que te oiga e intenta pensar en otra cosa.

Sigo pegada al móvil en silencio durante un rato y poco a poco noto como su respiración se va normalizando, hasta que al final me habla y siento un alivio terrible.

—¿Te ha gustado alguno de los apartamentos de esta mañana? —pregunta en voz baja.

—Pues el primero nada, pero el segundo encajaba mucho con lo que ando buscando, lo malo es que no tiene ni siquiera un balcón, y ahora que tengo a Lupo mis requisitos cambian, así que tendré que seguir buscando.

—Puedo acompañarte a mirar alguno si quieres—sugiere más relajada.

—Me encantaría Vane.

—¿Cómo te reconoceré cuando llegue Paula? —pregunta inquieta.

—Mmmm, porque seré la única chica que te mirará desde lejos y te guiñará un ojo, bueno, espero ser la única—sonríe.

—¿Y cómo me reconocerás tú a mí?—pregunta incrédula.

Suspiro y ella sonrío haciendo que me muera de ganas de besarla.

—No lo sé Vane, pero estoy convencida de que sabré quién eres en cuanto te vea.

—Venga ya Paula, si ni siquiera sabes cómo soy, habrá mil chicas en esa estación cuando yo llegue—contesta incrédula.

—Llámame loca, pero sé que sabré quien eres, creo que lo que siento por ti me hará reconocerte.

No hablo por hablar, estoy segura de lo que digo.

—Muy bien, entonces esperaré a que alguna chica castaña me guiñe un ojo—contesta divertida.

—Mmmm, olvidaba que tienes ventaja, tú sabes al menos mi color de pelo. Podrías decirme el tuyo.

—Ni hablar, vamos a ver si eso que dices es cierto y me reconoces sin más.

—¿Te imaginas que me equivoco y le guiño el ojo a alguna tía que no eres tú?

Nos reímos y Vane empieza a hacer bromas contemplando todo tipo de reacciones sobre esa tía, y cada una de ellas hace que aún nos riámos más. Seguimos hablando un rato y noto que las dos estamos más calmadas, ella parece más relajada, pero supongo que eso como mucho le durará hasta que se baje del tren, después volverá a convertirse en un saquito de nervios.

—Tengo que dejarte Vane, voy a sacar al perro y luego me voy para Atocha a recogerte, no quiero llegar tarde.

—Vale, llévate bolsitas. ¿Sabes que tienes que recoger la caca no? —pregunta riendo.

—Muy graciosa, ya he recogido un par esta mañana, la verdad es que me ha dado mucho asco, casi vomito con la primera—me río yo también.

—Te acostumbrarás—se burla.

—Que remedio. En realidad Lupo es un desagradecido, yo le doy un hogar, cariño, comida... Y él me da una mierda cada vez que lo saco.

—No te quejes, peor sería que se cagara dentro de casa, entonces sí que ibas a flipar.

—Como haga eso lo desheredo.

Vane se mea de risa, y eso hace que me sienta muy aliviada al dejarla en ese estado. Nos despedimos, saco a Lupo y me voy a la estación de Atocha hecha un manojo de nervios.

\*\*\*

Salgo con tiempo, quiero llegar sobrada para buscar un lugar en el que pueda observar a toda la gente que sale desde lejos, para que me dé tiempo a reconocerla. Quiero verla primero sin que ella me vea a mí, quiero observarla y después colocarme en una posición en la que pueda encontrarme. Al final encuentro un buen sitio y me apoyo con el hombro en una columna, son las seis en punto, así que es cuestión de minutos que la oleada de gente procedente de su tren y de otros aparezca.

Empiezo a mirar con esmero entre toda la gente que sale, tengo el móvil en la mano por si no consigo encontrarla y necesito llamarla. Cada vez me estoy poniendo más nerviosa, estoy dando golpecitos con la uña en la pantalla del móvil con una mano y abriendo y cerrando la llave del coche de Martina sin parar con la otra. Miro a un lado y a otro inquieta porque ya ha salido

mucha gente y empieza a darme miedo no reconocerla, y es entonces cuando mi mirada se detiene en seco y el corazón empieza a latirme con una virulencia tan fuerte que pienso que se me saldrá del pecho. Las mariposas no se meten en mi estómago, lo golpean con fuerza desde fuera y siento un hormigueo exquisito que recorre todo mi cuerpo hasta comprimir mi pecho y dejarme casi sin respiración.

Tengo a Vane a unos cinco metros escasos de mí, tal vez menos. Sé que es ella porque está ahí de pie sin moverse, con la mirada completamente perdida mirando a su izquierda, yo estoy a su derecha. Puedo sentir su vulnerabilidad a través de su expresión corporal, con una mano se agarra con fuerza al asa de la mochila que solo cuelga de su lado izquierdo y la otra la tiene metida en el bolsillo delantero de sus vaqueros, está encogida de hombros como si se sintiera pequeña, quieta como una estatua y con la respiración acelerada, eso lo sé porque su pecho sube y baja mucho más rápido de lo normal, igual que lo hace el mío.

Tengo que decir que Vane es la chica más guapa que he visto en mucho tiempo, o tal vez no lo sea tanto y a mí me lo parece porque estoy colada por ella, no lo sé. Es más o menos de mi estatura y su pelo es de un color castaño bastante más claro que el mío, casi rozando el rubio. Lo lleva recogido con una pinza que deja varios mechones acariciando su cuello desnudo y pálido, tiene unas facciones preciosas y los ojos claritos, aunque desde aquí no distingo bien el color. La observo durante unos segundos más y después me muevo un poco por la columna, porque Vane está escaneando de izquierda a derecha y está a punto de mirar en mi dirección, quiero que se tope conmigo y me vea con claridad. Me pongo todavía más nerviosa cuando se aproxima ese momento que se me hace eterno, porque deseo que ella también me reconozca como lo he hecho yo. Y lo hace, Vane me ha reconocido incluso antes de que le guiñe un ojo.

Su mirada se detiene en cuanto me ve, casi puedo ver como algo la sacude por dentro con mucha intensidad, se remueve y sus labios se separan ligeramente dejando una abertura por la que deseo colar mi lengua y saborear su boca lentamente. La frecuencia de su respiración aumenta todavía más y me mira como si se le estuviera nublando la vista y le costara verme, como si necesitara una señal que le confirme que soy yo de una vez porque se está volviendo loca, así que le sonrío y le guiño un ojo, y en cuanto lo hago noto como pierde fuerza y da un paso atrás como si quisiera estabilizarse.

No sé muy bien que hacer, la noto tan frágil que me da miedo acercarme y que se desplome, así que la llamo por teléfono. Me hace mucha gracia su reacción, porque aunque me ha visto teclear el móvil y llevármelo a la oreja se ha asustado cuando el suyo ha sonado, ¿a quién se piensa que voy a llamar en este momento? Se lleva una mano temblorosa al bolsillo trasero de su pantalón, saca el móvil y descuelga mientras me mira.

—Hola Vane—la saludo sin dejar de mirarla.

—Hola Paula—sonríe con timidez.

Su voz suena ahogada, como si no le llegara el aire suficiente para entonar sus palabras, en cambio yo estoy eufórica.



—Ey... —le susurro con cariño.

—¿Qué? —responde nerviosa.

—Respira cariño, no voy a morderte, o tal vez sí, ya veremos—sonríe encogiéndome de hombros.

Sonríe ampliamente y me deshago, tiene una sonrisa increíble que hace que se le dibujen unos hoyuelos muy sexys.

—Hay una cosa que tienes que saber antes de que te acerques Vane...

—¿Qué cosa? —pregunta como si ya no tuviera fuerzas para sostenerse en pie.

—Cuando te acerques a mí te abrazaré muy fuerte como te he dicho antes, pero ahora he pensado que cuando te suelte te besaré—digo sin dejar de mirarla.

Carraspea agitada.

—¿En la cara?—pregunta con una timidez que me hace mucha gracia.

—No. En la cara no—sentencio—te apartaré ese mechoncito que te cruza el ojo y me humedeceré los labios mientras lo colocó detrás de tu oreja. Lo haré con cuidado para no engancharlo con ese piercing tan chulo que tienes, entonces te besaré en la boca Vane. Con lengua.

Veo como se estremece con mis palabras, su cuerpo ha tenido una ligera convulsión que ha hecho que me excite tremendamente. Noto un calor muy húmedo y agradable manchar mis bragas, algo que no deja de recordarme las ganas que tengo de acostarme con ella.

—¿Aquí? —susurra.

—Sí, aquí. Delante de todo el mundo.

Asiente con la cabeza mirando al suelo y se agarra con más fuerza al asa de su mochila, la noto tan sensible que prefiero que no se mueva de donde está, me da miedo que no sea capaz de sostenerse si da un paso, así que decido acercarme yo.

—Voy a colgar y me voy a acercar a ti, ¿vale? —digo alzando las cejas.

Asiente de nuevo, y aunque yo cuelgo y guardo el teléfono en el bolsillo mientras camino en su dirección, ella sigue con el móvil pegado a su oreja con fuerza. Está paralizada observando como me acerco, y cuanto más la miro más ganas tengo de abrazarla.

Por fin llego y me detengo a escasos centímetros de ella. Vane permanece completamente inmóvil, paralizada y respirando muy rápido. Sin dejar de mirarla cojo su mano entre las mías con cuidado y le quito el móvil, pero no sin que antes un escalofrío agradable recorra todo mi cuerpo al sentir el tacto de su piel. Me acerco un poco más, joder que bien huele. La rodeo con los brazos y lo meto en su bolsillo trasero mientras mi cara roza la suya y su aliento entrecortado y caliente acaricia mi cuello y mi hombro, de pronto deja caer el brazo y con él su mochila cae a nuestros pies. Es el propio sonido de su mochila golpeando el suelo el que nos hace reaccionar y

abrazarnos con una fuerza sobrehumana. Empezamos a llorar juntas, es un llanto raro porque se mezcla con sonrisas y suspiros de alivio, nos balanceamos sin soltarnos mientras yo acaricio su espalda con intensidad, quiero calmarla, porque Vane tiembla como una hoja entre mis brazos, tiembla muchísimo más que yo y me da miedo que le dé un mareo o alguna cosa.

—Ya está cariño—susurro mientras le doy besos intermitentes en el cuello.

Ella asiente con su cabeza hundida entre mi hombro y mi cuello y se aferra con mucha fuerza a mi camiseta, la retuerce tanto que siento que me ha dejado la cintura al descubierto. Empieza a levantar la cabeza de mi hombro muy despacio, su frente roza mi cara poco a poco hasta que su moflete acalorado y mojado por las lágrimas está a la altura del mío. De pronto se separa lo suficiente como para dejar sus labios carnosos y húmedos justo delante de los míos, eso me desespera. La observo un instante mientras esa agradable sensación que tanto me gusta se apodera de mí, los labios le tiemblan entreabiertos y no puedo evitar colocar mi mano en su cara y pasear mi dedo índice por su labio inferior mientras lo miro, lo recorro despacio de un extremo al otro mientras me humedezco los labios, lo recorro de nuevo en la dirección opuesta con dos dedos, con una excitación que me sacude desde la punta de los dedos de los pies hasta el último de los pelos de mi cabeza.

Con la mirada clavada en mi mano Vane abre un poco más la boca y me muestra ligeramente la punta de la lengua, creo que se me nubla la vista y lo único que puedo hacer es utilizar mi lengua para buscar la suya, entro con ansia dentro de su boca y en cuanto nuestras lenguas se rozan las dos gemimos y nos besamos profundamente, con mucha hambre y necesidad. No puedo describir lo agradable que es la sensación que siento al tenerla por fin entre mis brazos y sentir el calor de su cuerpo y de su boca. Vane se agarra con fuerza al cuello de mi camiseta con las dos manos y yo le sujeto la cara mientras devoro sus labios mezclando intensidad con delicadeza, lamo y recorro su lengua y chupo y sorbo sus labios como si no hubiera un mañana mientras ella me responde de la misma forma, como si toda la tensión que hemos acumulado se estuviera liberando a través de este increíble beso.

Poco a poco empezamos a ralentizar el ritmo y convertimos nuestro beso en algo muy íntimo, ya no hay lengua invadiendo la boca contraria, simplemente nos besamos despacio, notando el calor y la humedad de la otra, disfrutando de aquello que tanto hemos deseado hacer por teléfono, saboreando todo lo que sentimos la una por la otra hasta que poco a poco vamos convirtiendo nuestro beso en pequeños y repetidos besitos hasta acabar separándonos y abrazándonos otra vez.

—Ahora ya no eres tan chulilla, ¿eh? —bromeo cuando me aparto.

Sonríe ligeramente y me mira con timidez mientras se mete las manos en los bolsillos y se encoge.

Joder como la deseo. Toda esa vulnerabilidad que transmite por teléfono se hace todavía más latente en persona, desprende sensibilidad por cada poro de su piel. Vanesa es como un animal abandonado y falta de cariño, me entran ganas de abrazarla y no soltarla nunca.

—¿Puedes andar? —pregunto preocupada.

Está pálida y sigue temblando, la noto débil, me imagino que son los nervios que su ansiedad no le permite controlar.

—Sí—dice con la voz temblorosa.

—¿Has comido algo?

—Un bocadillo—susurra.

—Vale.

La beso de nuevo, lo hago con la intención de que sea un beso simple y cariñoso que la ayude a calmarse, pero cuando me quiero dar cuenta mi lengua está por debajo de la suya, la he agarrado por la cintura con fuerza y mi cuerpo se ha pegado al suyo como si fuésemos una sola. Por un momento me doy miedo, me cuesta mucho controlarme con ella. He tenido que agarrar su camiseta con fuerza para evitar que mis manos se desplazaran por todo su cuerpo con urgencia. Es ella la que se separa de mí con cierta dificultad y me mira con asombro, como si ni ella misma se creyera la reacción de su cuerpo. La verdad es que me quedo más tranquila al ver que es recíproco.

—No sabes las putas ganas que tengo de hacer el amor contigo Vane—confieso avergonzada y cabreada por tener que aguantarme.

—No me digas eso ahora—se queja cabizbaja.

Le beso la cabeza, cojo su mochila del suelo y me la cuelgo en el hombro.

—¿Qué te parece si nos tomamos algo en una terraza para relajarnos y después nos vamos a casa? —sugiero.

Ella asiente, paso mi brazo por detrás y la agarro por la cintura mientras caminamos despacio por la estación hasta llegar al coche.

Empiezo a conducir y observo de reojo a Vane en su asiento, cuanto más la miro más pequeña se hace y más la domina su timidez, empiezo a preguntarme si siempre es así o si eso le pasa solo conmigo. Un semáforo se pone en rojo y aprovecho para girarme hacia ella, coloco mi mano bajo su barbilla para hacerla mirarme porque tengo la sensación de que está perdida, es como si mirara al frente pero no viera nada. La sorpresa me la llevo cuando me enfoca con deseo y sin decir nada se acerca y me roba un beso lento y suave que hace que se me olvide que estoy conduciendo, me entrego a ese beso hasta tal punto que es el claxon de otro coche el que me avisa de que el semáforo se ha puesto en verde.

Empezamos a reírnos, y en cada semáforo que se pone en rojo repetimos el mismo proceso, nos besamos y no paramos hasta que algún conductor nos pega un bocinazo.

—Vas a cabrear a medio Madrid Paula—dice riendo.

—Eso por todas las veces que me cabrean a mí.

Decido ir hasta casa de mi hermana para dejar el coche y no tener que tocarlo más, aparco y nos vamos directamente a una terraza a tomar algo.

—¿Sabes dónde estamos? —pregunto empequeñeciendo los ojos.

—No.

—¿Te acuerdas del día de la Coca Cola?

Ella asiente y sonrío, parece que está un poco más relajada.

—Esta es la terraza en la que yo estaba, justo en esa mesa de ahí—señalo.

—Parece que haga un siglo de aquello—sonríe.

—Cierto, es como si llevara media vida contigo Vane.

El camarero aparece con nuestras consumiciones y un par de tapas que he pedido para asegurarme de que Vane come algo más.

—¿Cómo estás? ¿Estás más tranquila? —necesito saber.

—Sí, no te preocupes. Supongo que no estoy acostumbrada a tantas emociones—contesta encogiéndose de hombros.

Me entran ganas de comérmela, tiene los mofletes sonrojados por el calor y no deja de mirarme los labios mientras me bebo la cerveza. Me gusta mucho que lo haga, pero me está empezando a poner nerviosa a la par que excitada.

—¿Qué miras tanto Vane? —Pregunto divertida—¿No tendré algo? ¿No?

Niega con la cabeza y de pronto pasa del color rosa al rojo encendido, se ruboriza tremendamente y se remueve inquieta en la silla. Sé que algo ronda su cabeza, así que insisto para que me lo diga.

—¿Qué estás pensando?

—Nada—contesta con una sonrisa pícaro que me enciende.

—Venga Vane, no seas mala, dímelo... Que me tienes intrigada—le suplico.

—El día del bar—empieza a decir—ese día no podía dejar de pensar en cómo sería besarte después de que hubieras dado un sorbo a tú cerveza.

Sonrío socarrona y acerco mi silla un poco más a ella sin dejar de mirarla, la adoro cuando me confiesa esas cosas y me encanta verla con esa mezcla entre deseo y timidez.

—Puedes resolver ese misterio ahora—le susurro al oído.

Doy un sorbo prolongado a mi cerveza sin apartar la vista de ella. En cuanto dejo el botellín coloca su mano en mi cara para atraerme hacia ella y me besa de nuevo, utiliza su lengua para recorrer mis labios con disimulo para después introducirla en mi boca con sabiduría y saborearla entera, haciendo que una oleada de placer nazca en el epicentro de mi sexo y recorra mi cuerpo en todas direcciones.

—Joder Vane—susurro excitada—si sigues así acabarás conmigo.

Se muerde ambos labios como si relamiera el sabor que yo he dejado en ellos y después me sonrío complacida.

—Sabes exactamente como me esperaba Paula.

Le guiño un ojo y le pido que empiece a comer un poco.

—¿Dónde está Martina? —pregunta de pronto.

—Ya te lo dije, está de viaje.

—Eso no es verdad Paula, si estuviera de viaje me dirías adónde ha ido, ella misma me lo habría dicho, no me mientas por favor.

No pensé que Vane hubiera seguido dándole vueltas a ese tema, pero de pronto siento que no me apetece ocultarle nada, y aunque no tengo una respuesta convincente que darle, decido contarle lo poco que sé.

—Vale, no está de viaje exactamente—concedo por fin—pero tampoco te sé decir donde está porque no me lo dijo a mí tampoco.

—¿No te lo dijo? —pregunta arqueando las cejas.

—No, me dijo que tenía que irse por motivos de trabajo y que no podía decirme nada más, y aunque le insistí no conseguí sacarle una palabra más al respecto.

—Pero eso es raro Paula—me dice extrañada.

—Ya lo sé, el día antes de que se fuera vino su superior a casa, salieron a hablar al jardín y yo los oí sin querer, bueno sin querer no, la verdad es que abrí la ventana sin hacer ruido y pegué el oído tanto como pude—confieso ante su sonrisa—me intrigaba demasiado saber a dónde iba Vane.

—¿Y qué oíste?

—Al principio palabras sueltas que no era capaz de ordenar ni ubicar, pero en un momento dado hablaron sobre algo de infiltrarse y ya no quise escuchar más—digo susurrando.

—¿Está infiltrada? —pregunta también en voz baja con cara de asombro.

—Eso creo.

—¿Y tú cuñado?

—Él se ha ido unos días a Berlín con su hermano, precisamente ayer me envió un mensaje y me dijo que se quedaba unos días más, por eso no están ninguno de los dos.

Tras mis palabras se queda más convencida y cambiamos de tema, seguimos charlando durante mucho rato, tanto que al final acabamos pidiendo unos bocadillos para cenar en esa misma terraza.

—¿Nos vamos? Se hace tarde y hay que pasear a Lupo antes de que me deje un regalo en casa.

—Claro, ya tengo ganas de conocerlo.

—Seguro que le encantas, aunque no te preocupes si al principio no se acerca, la veterinaria ha dicho que es normal, ha de adaptarse.

El camarero trae la cuenta y en cuanto Vane echa mano para sacar dinero la detengo.

—Ni se te ocurra, yo invito—digo besando sus dedos y dejando un billete en el platito.

Ya no suelto su mano, nos levantamos, vamos al coche para que Vane coja su mochila y nos dirigimos a casa de Martina para sacar a Lupo.

## 11. Acaba tú

Me resulta muy agradable la sensación de ir cogida de la mano con Paula, me transmite una fuerza y una seguridad que yo no tengo a la vez que hace que me sienta muy bien a su lado, me da estabilidad. Entramos en casa de Martina y me siento un poco rara, hace cinco años que la conozco y jamás he estado aquí, y ahora entro sin que ella esté presente.

Lupo se acerca a saludar a Paula contento y me olisquea durante un instante, al principio parece receloso, pero en seguida me deja acariciarlo.

—Parece que le gusto—digo contenta.

—Normal, a mí me vuelves loca—dice besando mi mejilla y haciéndome temblar.

Le coloca el collar y la correa y salimos juntas a pasearlo. Ya está oscureciendo y aunque hace calor corre una brisa que se agradece mucho. Paula me coge de la mano de nuevo y paseamos a Lupo durante casi una hora.

Me aterra el momento de volver a su casa, Paula me ha dicho que tiene una tercera habitación para mí, pero lo cierto es que yo no la quiero, lo único que deseo es estar cerca de ella, poder sentirla a mi lado, acariciarla y dejar que ella me acaricie, acostarme con ella, quiero que Paula me haga el amor durante toda la noche y no sé cómo decírselo.

—Ven, que te enseñe la habitación—dice cuando volvemos.

Cojo mi mochila y sigo a Paula, entramos al pasillo y se detiene frente a una puerta y enciende la luz al entrar. La habitación no es muy grande y la cama es individual, aun así parece bastante cómoda y todo es muy acogedor.

—Esta es la habitación que te he dicho, he cambiado las sábanas por si acaso—dice haciéndose a un lado.

—Gracias, no hacía falta, podía haberlas cambiado yo Paula.

La miro y se encoge de hombros sin decir nada, me parece raro porque ese comportamiento es más propio de mí que de ella.

—¿Estás bien? —pregunto preocupada.

—Muy bien, no te preocupes. ¿Quieres ver mi habitación de ocupa? —Pregunta divertida.

—Claro.

Entramos en la habitación que hay justo en frente de la mía, Paula se queda apoyada en el

marco de la puerta y yo doy un par de pasos hacia el interior, hay una cama de matrimonio y todo está un poco desordenado. Doy un par de pasos más y ella me sigue, me impregno del olor de esa habitación y suspiro hondo, porque huele dulce, huele a Paula y de pronto deseo no salir de aquí nunca. Miro sus sábanas todavía revueltas de la noche anterior y tengo que apartar la vista para no imaginármela tumbada sobre ellas desnuda.

—Siento el desorden, pero hoy no he tenido mucho tiempo la verdad—se excusa.

Me hace gracia porque ese desorden no me parece que sea de un día, es más bien de unos cuantos, está claro que Paula no es la reina del orden, pero tenía mil cosas que compensan esa carencia.

—¿Sabes que yo no hago la cama nunca? —confieso para quitarle importancia.

—¿A no?

—No, me parece una pérdida de tiempo enorme, al fin y al cabo la voy a deshacer por la noche de nuevo, así que solo estiro las sábanas.

Sonríe agradecida y se acerca a mí despacio, me rodea desde atrás y empieza a darme besos en el cuello, besos lentos y cálidos, como si saboreara mi piel en cada nuevo contacto mientras sube en dirección a mi oreja y mi corazón empieza a latir enfurecido.

—Me gustaría que te quedaras aquí, en mi cama, conmigo—susurra mientras mordisquea el lóbulo de mi oreja.

Por un momento enmudezco, pero no porque no sepa que contestar, es porque Paula me está excitando demasiado y yo quiero ducharme primero. Me giro hacía ella todavía entre sus brazos y la beso, primero en los labios y después en la frente.

—Vale.

—¿Sí? —pregunta alegre.

—Claro, pero necesito ducharme antes Paula, me siento sucia del tren.

—Estás en tu casa Vane, el baño está ahí, hay toallas limpias en el armario. Voy a prepararme una infusión mientras tanto, ¿tú quieres algo?

—No, estoy bien, gracias.

Abro mi mochila, cojo un pantalón corto de pijama, una camiseta de tirantes y unas bragas que dejo encima de la cama mientras dejo la mochila en el suelo.

—No te las pongas Vane—dice de pronto con mis bragas en la mano.

—¿Qué? —pregunto aturdida.

—Que no hace falta que te las pongas, pienso quitártelas luego—dice con una seguridad aplastante.

Las deja caer encima de la cama con una sonrisa pícaro y sale de la habitación dejándome con el corazón laténdome entre las piernas. Me ducho con relativa calma, la poca que tengo después de lo que Paula me ha dicho y cuando termino le hago caso, tan solo me pongo el



pantaloncito corto y la camiseta. Nunca antes he caminado sin bragas y lo cierto es que mientras me dirijo a la cocina que es donde está ella mi excitación crece de una forma extremadamente rápida. No llevar bragas me hace sentir como si caminara desnuda, de vez en cuando miro hacia abajo y me aseguro de que el pantalón sigue ahí, porque sentirme tan libre hace que también me sienta expuesta.

Paula está apoyada en la encimera mientras termina su infusión y yo me apoyo en el marco de la puerta observándola desde la distancia. Ya se ha cambiado y tan solo lleva una camiseta de tirantes que justo la tapa por debajo del culo, no puedo evitar clavar mi mirada ahí porque estoy convencida de que ella tampoco lleva nada debajo.

Deja su vaso vacío y empieza a caminar en mi dirección muy segura de sí misma, de pronto me siento perdida y muy nerviosa ante lo que se avecina. Paula se acerca, me besa la frente, apaga la luz de la cocina y me coge de la mano tirando de mí con suavidad para que la acompañe. Camino a su lado en silencio hasta la habitación, cierra la puerta y quedamos iluminadas por la luz tenue de su mesilla y la que se cuele por las rendijas de la persiana.

Se detiene a los pies de la cama y se pone frente a mí sujetando mis dos manos temblorosas entre la suyas.

—¿Quieres que vayamos más despacio? Podemos dormir sin más Vane, de verdad que no me importa, no tengo prisa, me conformo con tenerte a mi lado—dice con sinceridad.

Creo que Paula está preocupada porque se piensa que tiemblo por miedo o por no tener claro lo que quiero, pero la realidad en este preciso instante es que tiemblo porque la deseo demasiado, tenerla aquí delante medio desnuda preocupándose por mí no hace más que excitarme más de lo que ya estoy.

Salvo la distancia que nos separa y sin decir nada suelto sus manos, coloco las mías en su cuello y empiezo a besarla otra vez. Paula responde rápido, noto como su cuerpo se altera, coloca sus manos en mi cintura y despacio va bajando hasta agarrar mi culo con ambas manos, aprieta mis nalgas con fuerza atrayéndome hacia ella y haciéndome suspirar en su boca. Pongo mi mano en su pierna, acaricio su muslo mientras sigo besándola con una intensidad cada vez mayor y empiezo a subir en dirección a su cintura, es entonces cuando mis sospechas se confirman y sé que la única prenda que cubre su cuerpo es esa camiseta que decido que ya me molesta.

Dejo de besarla, agarro la camiseta por los bordes despacio y dejo que mis dedos rocen su cuerpo ligeramente cuando empiezo a subirla a un ritmo muy lento. Acaricio la curva de su cadera y todo su costado mientras Paula se abandona a la excitación que siente y suspira profundamente, levanta los brazos para facilitar la salida de la prenda, pero cuando llego a la altura de sus pechos los dejo al descubierto y me detengo, son perfectos. La dejo con los brazos arriba y su campo de visión anulado por la tela de la camiseta. Empiezo a besar sus pechos grandes y redondos, mordisqueo sus pezones con cuidado y lamo y chupo despacio hasta que están firmes y toda la aureola erizada y más pequeña. Paula se desespera y es ella misma la que

se acaba de quitar la camiseta y me obliga a sentarme a los pies de la cama.

Echo el culo todo lo atrás que puedo y ella se sienta sobre mí a horcajadas mientras me besa ansiosa, acaricio todo su cuerpo despacio, noto como su respiración y su deseo aumentan ante cada una de mis atenciones. Recorro su espalda con la punta de los dedos de arriba a abajo y viceversa, después recorro sus piernas de la misma forma y ella se estremece, la cojo por las caderas y con los pulgares acaricio su ingle arrancándole un intenso jadeo que por instinto la hace mover las caderas en busca de contacto para su sexo, Paula desea que la toque y yo me muero de ganas de hacerlo, lo necesita, pero quiero disfrutar un poco más de su cuerpo y me dedico a masajear sus pechos con cuidado. Deja de besarme y empieza a mordisquearme el cuello y el hombro, eso me enloquece, cambia de uno a otro intermitentemente mientras yo he trasladado mis manos a su culo, lo aprieto con ambas y separo sus cachetes con fuerza para que sintiera su agujero completamente expuesto mientras ella me sigue buscando moviendo su pelvis.

Empiezo a notar su humedad en mis piernas y mientras ella me quita la camiseta decido que es el momento de darle lo que tanto desea, le separo un poco más las piernas y cubro todo su sexo con la mano arrancándole un gemido anticipado.

—Joder, Vane... —susurra ansiosa.

Empieza a frotarse en mi mano y la detengo, coloco mi otra mano en su cuello y mientras ella me mira presa del deseo dejo que mis dedos exploren cada rincón húmedo de su sexo. Siento como Paula se deshace entre mis dedos, está tan mojada que me resulta muy fácil acariciarla y masajearla. Deseo penetrarla pero me detengo en su entrada y le pido permiso con la mirada.

—Mmmm, entra cariño—me pide mientras besa mi cuello.

Lentamente introduzco un dedo en su vagina y Paula se queja cuando lo saco, entonces introduzco dos y le arranco un gemido placentero que me derrite por dentro, empieza a cabalgar despacio sobre mi mano, una mano que dejo inmóvil para que Paula marque su propio ritmo, con la otra empiezo a masajear su clítoris y sus movimientos se vuelven tan rápidos como sus jadeos mientras se mantiene estable agarrada con fuerza a mi cuello. Cuando empieza a estar cerca del orgasmo se detiene de pronto y saca mis dedos de su interior.

—Acaba tú—susurra abrazándose a mí.

Tenerla tan excitada y dispuesta hace que desee llevarla al clímax con la lengua, así que la tumbo en la cama, me arrodillo en el suelo y lamo su sexo despacio, recorro cada uno de sus pliegues mientras mantengo presionado su clítoris con un dedo, Paula gime, se retuerce y me busca, su pelvis persigue el recorrido de mis labios y sus manos agarran mi cabeza para atraerme hacia ella con desesperación, así que quito mi dedo y succiono su clítoris un par de veces antes de empezar a presionarlo con la lengua mientras la muevo. Paula se rinde ante mis atenciones y recojo todo su placer entre mis labios mientras sus gritos ahogados llenan la habitación y su humedad moja las sábanas, mi nariz y toda mi boca hasta la barbilla.

Me quedo ahí abajo, jugando con los pelitos de su sexo entre mis dedos mientras ella recupera la respiración poco a poco, con la otra mano cojo la suya y entrelazamos los dedos mientras reparto besitos por su vientre y ella me acaricia el pelo.

—Vane... —susurra un par de minutos después.

—¿Ummm?

—Ven aquí—ordena.

La miro y la veo señalar con la palma de la mano el lugar donde quiere que me coloque, justo a su lado. Subo despacio por la cama hasta llegar a ella y en cuanto me tiene al lado me hace tumbar de cara al techo, se incorpora hacía mí y comienza a besarme mientras masajea mis pechos, primero uno y luego el otro, haciendo que me invada una placentera sensación. Deja deslizar la punta de sus dedos por todo mi abdomen muy despacio, me acaricia con las uñas haciendo que me estremezca y la desee con desesperación. Entonces repite ese proceso en la cintura de mi pantalón, de un lado a otro, despacio, como si quisiera torturarme. De vez en cuando introduce un dedo por debajo siguiendo la misma línea pero sin llegar a tocar mi sexo, algo que yo ya deseo con demasiada agitación.

Pero no me toca, me sigue besando y acariciando hasta que en un momento dado yo misma bajo mi mano para tocarme porque no puedo más. Siento una bola de fuego en mi interior y necesito hacerla explotar con urgencia, pero Paula me detiene, sujeta mi mano por la muñeca sin decir nada y me obliga a dejarla por encima de mi cabeza.

—Paula... —suplico.

—Date la vuelta—me susurra al oído.

Obedezco extasiada, estoy en un punto en el que tan solo deseo correrme y me da igual lo que me haga con tal de conseguirlo. Estira mis brazos por encima de mis hombros como si estuviera lanzándome a una piscina de cabeza y me susurra al oído con un tono terriblemente sensual:

—No te muevas cariño, solo déjate hacer...

Pienso que voy a volverme loca en este momento, Paula aparta mi melena dejando que caiga a un lado de mi cara, se hace con un cojín que no sé muy bien de donde sale y obligándome a levantar la cadera ligeramente me lo coloca debajo de la barriga. Nunca me he sentido tan expuesta como en este momento, pero esa exposición aumenta cuando agarra con suavidad la goma de mi pantalón y empieza a deslizarlo por mis piernas hasta quitarlo y dejarme completamente desnuda.

Comienza un ritual de besos y mordisquitos por mi cuello, mi oreja y mis hombros a la vez que su mano me masajea el culo con una intensidad y determinación que me nublan la vista, de vez en cuando abandona mi trasero para acariciar el interior de mis muslos con la punta de sus dedos, dejándome siempre con ganas de más. Besa mi espalda, la recorre con la lengua dibujando la forma de mis omoplatos para acabar bajando por toda mi columna. Se detiene al

final de mi espalda y empieza a besar y dar pequeños mordisquitos en mis nalgas, alternando sus caricias entre mis muslos, mi culo y mis pechos, pellizcando mis pezones con suavidad de vez en cuando.

El deseo me consume, creo que llego a un punto en el que no puedo pensar en nada que no sea correrme, necesito que me toque y Paula sigue sin hacerlo, excitándome cada vez más si es que se puede. En un intento desesperado de conseguir contacto decido girarme, pero de nuevo Paula me lo impide, coloca una pierna entre las mías para que no pueda cerrarlas y noto el peso de su cuerpo sobre mi espalda, lo que me deja completamente inmóvil y muerta de deseo.

Vuelve a besar mi cuello y por fin su mano empieza a acariciar mi sexo, se impregna bien de mi humedad y me la pasa por el bajo vientre de forma que primero siento calor y después frío mientras mi respiración se vuelve cada vez más pesada. De nuevo se dedica a mi sexo pero sin llegar a mi clítoris, y esta vez utiliza mi humedad para lubricar mi ano e insinuar la entrada de un dedo, algo que me pone muy nerviosa pero que a la vez hace que desee que entre. Pero no lo hace y me quejo desesperada, me siento al borde de la locura, mi excitación extrema y el peso de su cuerpo en mi espalda hacen que cada vez me cueste más respirar. En un movimiento muy rápido, o al menos a mí me lo parece, eleva ligeramente su cuerpo y esta vez sí que se ocupa con esmero de mi clítoris suplicante, empieza a masajearlo con intensidad mientras noto como sus pezones acarician mi espalda cuando ella se mueve.

Me agarro con fuerza a las sábanas y dejo que el orgasmo más violento e intenso que he tenido nunca me sacuda y recorra todo mi cuerpo, naciendo en lo más profundo de mi interior y expandiéndose hacía fuera con intensas oleadas de fuego que me dejan con la cara pegada a las sábanas. Paula se tumba a mi lado, me mira con una sonrisa de esas que pones cuando te sientes realizada y usa sus dedos para apartar los mechones de mi pelo que se han pegado en mi cara por el sudor.

Estoy exhausta, ella me mira sonriente y yo solo puedo devolverle una pequeña sonrisa sin moverme ni un centímetro.

—Creo que alguien necesita descansar con urgencia—sonríe mientras acaricia mi espalda.

—¿Tú estás bien?

—¿A qué te refieres? —pregunta sorprendida.

—A si te has quedado bien, porque solo necesito recuperarme un poco y luego puedo...

—Por Dios Vane—me corta—claro que estoy bien, hoy ha sido un día largo para las dos, yo también estoy agotada, así que deja de preocuparte por mis necesidades sexuales y vamos a dormir un poco, ¿vale?

Asiento con pesadez en los párpados, el cansancio de todo el día sumado a lo relajada que me ha dejado hacer el amor con Paula han hecho que el sueño se apodere de mí. Paula nos tapa a ambas con la sábana, me coge de la mano y nos quedamos dormidas.

## 12. ¿Follar o hacer el amor?

Abrir los ojos después de haber dormido plácidamente y ver a Vane observándome con una sonrisa es una de las cosas más agradables que recuerdo.

—Mmmm, ¿cuánto llevas despierta? —pregunto soñolienta.

—Un ratito—contesta divertida.

—¿De qué te ríes? ¿Estoy horrible no?

—Estás preciosa—dice besándome—pero hablas en sueños.

—¡Ay Dios, que vergüenza! —Digo abochornada—dime que no he dicho ninguna barbaridad, por favor.

—Hablas muy raro Paula, no he conseguido entender ni una palabra, es como si hablaras otro idioma—vuelve a sonreír.

—Mejor, porque seguro que hablaba de ti y de lo increíble que me parece que estás aquí conmigo ahora—le confieso colocando un mechón detrás de su oreja.

—Es raro, ¿verdad? Todo lo que ha pasado por una simple llamada—pregunta extrañada.

—La verdad es que sí, desde aquella llamada no he podido dejar de pensar en ti en ningún momento, inundaste mi vida a través del teléfono. ¡Bendito invento!

—Me aterraba no sentir lo mismo cuando te viera Paula—me confiesa—he escuchado historias muy raras de gente que se ha conocido a través de Internet y luego en persona se han llevado una decepción, no hablo solo de algo físico, sino de gente que se ha vendido de una manera y luego era de otra, no sé, ¿estoy divagando no?

—Para nada, esto de conocerse así es una lotería. Tengo una amiga que quedó con un tío a través de un chat y se encontró con un crío de dieciséis años, imagínate que palo cuando ella tiene treinta y cinco y él le había dicho que tenía treinta y tres.

—Hemos tenido suerte.

Dicho eso se incorpora hacia mí y empieza a besarme sin piedad. La abrazo con fuerza, necesito sentir el contacto de todo su cuerpo sobre el mío mientras recorro su boca con la lengua. Me impulso y la hago girar de forma que ella queda tumbada en la cama con una sonrisa mientras mira como yo me incorporo con una intención clara, quiero sentir su sexo contra el mío con urgencia. Me siento a horcajadas sobre su pierna izquierda y ella pasa su pierna derecha por encima de la mía ladeándose, nos encajamos a la perfección y cogidas de una mano para poder mantener el ritmo y la posición empezamos a movernos despacio sin dejar de mirarnos.

Sentir su humedad y su calidez directamente en mi sexo sumado a sus jadeos y su cara de excitación me vuelve loca. Vane es jodidamente sensual en la cama, me encanta mirar como mueve su cuerpo desnudo y observar sus labios cuando jadea, le tiemblan, y eso me pone mucho. El esfuerzo por la posición algo incómoda para ambas hace que nuestras manos resbalen por el sudor con frecuencia, nos soltamos y nos agarramos otra vez con rapidez mientras sonreímos y jadeamos cada vez con más intensidad. Cuanto más rápidos son nuestros movimientos más difícil se nos hace mantenernos unidas, así que al final nos soltamos y yo me apoyo con las dos manos sobre el colchón, Vane se agarra con una mano a mi pierna y con la otra a la cabecera de la cama. Es así como me he corrido junto a ella, viendo como su cuerpo se movía extasiado por el placer, viendo como esta preciosa, sensible y vulnerable chica se deja llevar por el deseo que siente por mí. Ni si quiera yo misma soy capaz de entender todo lo que siento por ella ni todas las sensaciones positivas que despierta en mí, joder, como me alegro de ser lesbiana.

La mañana va pasando, nos duchamos, desayunamos y mientras estamos paseando a Lupo me entra un mensaje de Patri.

***Patri:*** *Me tienes en ascuas Pauli, ¿cómo es? ¿Te gusta? ¿Ha ido bien el encuentro?*

No puedo evitar reírme cuando lo leo.

—¿De qué te ríes? —me pregunta Vane con curiosidad.

—Es Patri, le hablé de ti y se quedó alucinada cuando le dije que no sabía cómo eras—sonrío—ahora me pregunta si me gustas.

—¿Y te gusto? —pregunta con cierta timidez.

—No me gustas, me encantas cariño, eso tenlo claro, ¿vale? —digo achuchándola contra mí.

Yo la achucho, Vane me roba un beso y me derrito.

—¿Te importa si nos hacemos una foto y se la envío? Así me ahorro contestarle—digo divertida.

—Claro—concede mi preciosa acompañante.

Abrazadas como estamos estiro el brazo, hago un selfie y le envío la foto a Patri. Su respuesta llega en seguida.

***Patri:*** *Si es que todas las tontas tienen suerte, menudo bomboncito. No quiero pensar en la de guarradas que habréis estado haciendo. Espero que lo paséis bien, ya me contarás.*

Dejo que Vane lo lea conmigo y las dos sonreímos y no hacemos ningún comentario al respecto.

—¿Qué te apetece comer? —pregunto mientras cambio el agua del perro.

—Ayer me pasé el día a base de bocadillos, la verdad es que me apetece comer algo de caliente, o más consistente.

—¿Qué te parece un italiano? Estuve el otro día comiéndome una pizza y vi que hacían unos platos con una pinta increíble—le propongo.

—¿Fuiste tú sola? —pregunta extrañada.

—Sí claro, ¿qué pasa que tú nunca has comido sola en un restaurante?

Antes de que me responda ya tengo claro que no, Vane es demasiado tímida para eso.

—No—confiesa avergonzada.

—Ay Vane, voy a tener que hacerte un cursillo intensivo para que se te quiten esas tonterías. Yo antes era como tú, entrar sola en un restaurante era impensable para mí, pero ahora incluso me gusta. Es un momento solo para ti, puedes observar a la gente, a los que van en grupo, en pareja o solos como tú, e imaginar cómo deben ser sus vidas, es entretenido—sonríe ante su cara de expectación.

—Tal vez lo pruebe algún día—sonríe—me apetece el italiano, hace tiempo que no como pasta.

—Pues italiano entonces.

Aunque está algo lejos decidimos ir dando un paseo, el día está nublado y no hace tanto calor. Noto la incomodidad de Vane con la gente, supongo que al vivir en un pueblo y tener un trabajo en el que la interacción con las personas es más bien a través de Internet hace que se sienta abrumada por tanto movimiento y ruido.

—Ya falta poquito, ¿tienes hambre?

—Un poco—contesta encogiéndose de hombros.

De pronto me entran unas ganas terribles de besarla, así que me detengo en seco, la vuelvo hacia mí y profano su boca con la lengua sin soltar su mano, me deshago cuando su lengua acaricia la mía con suavidad y Vane hunde sus dedos en mi pelo para hacer de nuestro beso algo más intenso y profundo. Ha sido un beso corto y eléctrico, tanto que durante un momento nos hemos quedado paradas en medio de la calle con la mirada fija la una en la otra sin saber qué decir. Vane tiene las mejillas encendidas y la mirada llena de palabras que sus labios no se atreven a pronunciar, palabras que yo sé interpretar porque son las mismas que danzan por mi mente, solo que yo no tengo filtro. Así que agarro su cara entre mis manos y dejo que mi boca las pronuncie muy cerca de la suya.

—Me gustas muchísimo—susurro—creo que me he enamorado de ti Vanesa, te deseo y me

encanta estar contigo. Me gusta que foll...que hagamos el amor y que estés a mí lado cuando me despierto, no quiero que te alejes de mí.

Me besa de nuevo, esta vez sin lengua pero haciéndome sentir la fuerza de sus labios contra los míos como si me necesitara imperiosamente.

—A mí me pasa lo mismo—confiesa.

Sonreímos y empezamos a caminar de nuevo, noto como Vane me mira de soslayo con una mezcla entre diversión y curiosidad.

—A ver, ¿qué se te está pasando por esa cabecita ahora? Cuéntame... —pregunto con intriga.

—¿Ibas a decir que follemos?

Por un momento dejo de respirar, yo suelo ser un poco bruta con ese tipo de lenguaje, pero con ella me controlo porque no quiero herir su sensibilidad o que se lleve una impresión equivocada.

—Mierda. Lo siento Vanesa, es que a veces soy muy bruta—digo empujando los ojos.

—No pasa nada—se encoge de hombros—a mí me gusta mucho esa palabra, bueno la acción también, pero la palabra en sí me parece de lo más interesante y sugerente.

—¿A sí? —Arqueo las cejas con sorpresa—¿No eres de las que se escandaliza cuando oye la palabra follar? ¿O de las que prefiere “*hacer el amor*” que “*follar*”?

—¿No es lo mismo? La gente parece que tiene miedo a pronunciar la palabra “*follar*”, como si fueras una guarra o una perversa si dices que has follado en lugar de hacer el amor, no sé. Puedes follar con amor o sin él, pero follas igual—dice ruborizándose por completo mientras yo la miro con expectación—si cada vez que quieres sexo tienes que ir diciendo “*tengo ganas de hacer el amor*” es un poco cursi, ¿no? Creo que esa frase está sobrevalorada, me parece perfecta para un momento íntimo, al lado de una chimenea o celebrando algo importante pero, ¿para un calentón? No sé, no creo que por decirle a alguien que tienes ganas de follártela signifique que la quieras menos.

Creo que si me pinchan en este momento no sangro.

—Ay Vanesita Vanesita, creo que nos vamos a llevar muy bien tú y yo—sonrío achuchándola.

Cuando llegamos al restaurante nos dan una mesa en el piso superior, justo al lado de una ventana de madera en el rincón, el lugar perfecto para poder disfrutar de nuestra comida con bastante intimidad. Y es algo que agradezco mucho porque desde que hemos entrado Vanesa está algo ausente, distraída en sus pensamientos, intenta estar por mí pero hay algo que no la deja y supongo que es lo de su madre.

—¿Puedo hacerte una pregunta Vane?



—Claro...

—¿Cómo llevas lo de tu madre? Sé que no es un tema agradable para ti pero creo que te vendrá bien hablar un poco de ello.

Se queda pensativa con el tenedor a medio camino entre el plato y su boca, creo que se ha sentido descubierta y se ha bloqueado.

—Perdona, no tendría que haber dicho nada cariño—me disculpo acariciando su mejilla.

—No pasa nada—arranca por fin—estoy bien, bueno a lo mejor bien no es la palabra pero no lo llevo tan mal como otras veces, y en parte es gracias a ti Paula. A veces me vienen pensamientos a la cabeza y me invade la impotencia y la rabia por no saber lo que pasó. Creo que es como cuando la gente deja de fumar, hay muchos días que no se acuerdan y otros que una simple acción les hace sentir el mono durante un rato.

—Y eso es lo que te pasa a ti cuando se acerca tu cumpleaños—afirmo.

—Sí, mi cumpleaños va asociado a su desaparición, me recuerda una vez más que he pasado otro año sin ella.

—Martina me dijo que no lo celebras nunca, que te quedas sola en casa.

Se encoge de hombros sin mirarme.

—Pero tu cumpleaños es mañana Vane, y no estarás sola, estarás conmigo.

—Lo sé, será la primera vez que estoy con alguien. Y también la primera que recibiré la nota y no estaré en casa.

—¿Cuándo la recibes?

—El día antes, es decir, hoy. Supongo que ya estará en el buzón.

Suspiro hondo y le cojo una mano. La verdad es que no sé qué decirle, no me quiero imaginar lo que es pasar por esa situación y además hacerlo sola, aunque eso sea algo que haya elegido ella año tras año. La primera vez que deja que alguien esté con ella va a ser esta y me ha elegido a mí, solo espero saber darle lo que necesita.

El resto de la comida lo pasamos charlando tranquilamente pero Vane ya ha perdido su brillo, la inquietud se ha apoderado de ella y aunque intenta mostrarse tranquila y serena hay infinitos gestos que la delatan, es incapaz de estarse quieta, cuando no es la pierna temblando es la cuchara del postre dando toquécitos en la mesa, solo deja de hacerlo cuando se da cuenta de que yo la observo, entonces junta las manos y empieza a darle vueltas a un anillo de plata que llevaba en el dedo índice de la mano derecha.

—¿Te ha gustado la comida?

—Mucho, ha merecido la pena el paseo.

—Bien, pues volvamos dando otro paseo y después de sacar a Lupo te daré mi famoso masaje en la cara, a ver si consigo que te relajés—susurro acercándome a su oreja y dándole un

sonoro beso en la mejilla.

—Dudo que me relaje si me besas así—me mira divertida.

—¿Así cómo? —Digo repitiendo mi acción—¿así? o ¿así? —susurro dejando que mi lengua se introduzca ligeramente entre sus labios.

—Ummm...

Se pone roja como un tomate y no sabe qué contestarme.

Tras llegar a casa después de dar un buen paseo con Lupo decido que ese masaje puede esperar hasta la noche, Vane sigue algo inquieta, así que le sugiero que salgamos un poco a conocer Madrid y accede sonriente. Decidimos usar el metro para movernos por la capital y el primer lugar al que vamos es al Museo del Prado. Estando en la puerta dudamos mucho entre si entrar o no, resulta que a ninguna nos gusta el arte, pero como fuera hace bastante calor decidimos que no nos puede hacer daño un poco de cultura y ya de paso estaremos fresquitas durante la visita. Una visita que dura lo que tardamos en recorrer el museo caminando a paso lento cogidas de la mano, porque no nos detenemos a contemplar nada en concreto.

Al salir nos dirigimos al parque del Retiro y paseamos durante más de una hora. Al salir de allí nos paramos en una terraza a tomarnos una merecida cerveza. Vane parece más relajada, pero supongo que el cansancio también tiene algo que ver con eso porque la verdad es que hoy hemos caminado muchísimo y ambas lo hemos notado cuando por fin nos hemos sentado.

—Creo que ya no puedo caminar más Vane, estoy muerta—digo dando un largo trago a mi cerveza.

—Yo también—confiesa—noto las piernas cargadas.

—Pero si tú sueles andar a menudo, ¿no? —pregunto extrañada.

—Sí, pero por caminos, el asfalto es diferente, me cansa más.

—Mi chica de las montañas... —susurro mientras me acerco y le robo un beso.

Sonríe y se pasa la lengua por los labios para saborearlos. Mi entrepierna se humedece de inmediato.

—Me encanta el sabor que te deja la cerveza—dice con una sonrisa.

Vuelvo a beber para provocarla y Vane no se corta ni un pelo, se acerca a mí y su lengua se pasea por el interior de mi boca de una forma tan sensual que me arranca un gemido mal disimulado. Se separa y sonríe victoriosa, me la comería a besos aquí mismo.

De camino a casa nos detenemos en un chiringuito y pedimos unos perritos calientes para llevar. Nos los comemos por el camino junto con unos refrescos y al llegar esperamos a que Lupo se coma el pienso y lo sacamos de nuevo a pasear. Ahí me doy cuenta de la enorme responsabilidad que es hacerse cargo de un animal, porque aunque estoy reventada y solo tengo ganas de llegar y tirarme en el sofá, él no tiene la culpa, tiene unas necesidades y yo la obligación de atenderlas. Aun así lo hago encantada, la satisfacción que siento al verlo pasear feliz olisqueando todas las farolas me recompensa.

Cuando por fin nos encerramos en casa, preparo dos copas de vino, enciendo un par de velas y lleno la bañera de agua. Vane me observa desde la puerta del baño mientras preparo las toallas y no tengo que pedirle que se meta conmigo, me basta con mirarla para que empiece a desnudarse. Nos metemos en el agua, nos sentamos una frente a la otra y nos enjabonamos mutuamente, creo que nunca he hecho nada tan excitante y tan simple a la vez, el hecho de que sus manos llenas de jabón recorran todo mi cuerpo despacio me resulta muy agradable, tanto como recorrer el suyo.

Cuando llegamos al sexo de la otra nos acercamos más, es bastante incómodo porque las paredes de la bañera no nos permiten separar mucho las piernas, aun así conseguimos pegarnos lo suficiente como para poder penetrarnos a la vez. Es la vez que más conectada me he sentido a alguien, no hacen falta palabras. No tenía intención de acariciar su sexo por fuera porque el agua se lleva la lubricación natural y es una mierda, al menos a mí me resulta muy incómodo. Sabía que su vagina sí que estaría humedecida y por eso he ido directa a por ella, lo que no me esperaba era que ella hiciese lo mismo a la vez que yo, como si pensara de la misma forma o estuviera metida dentro de mi mente.

Colocamos la otra mano en la nuca contraria y empezamos a masajear el interior de la otra sin dejar de mirarnos. Antes he dicho que enjabonar a Vane era lo más excitante que había hecho, pues bien, ya no, esto lo superaba con creces. Es como si estuviéramos sincronizadas en todo, tanto en movimientos, como en ritmo, nivel de excitación, jadeos, momento en el que los jadeos pasan a ser gemidos intensos y llegada del orgasmo. Después de eso apoyo la espalda en la bañera y Vane se da la vuelta pegando la suya a mis pechos, la rodeo con un brazo y nos quedamos ahí en absoluto silencio, bebiendo sorbos de vino y arrugándonos como pasas. No salimos hasta que la temperatura del agua cae lo suficiente como para que tengamos frío.

Al salir Vane hace unas infusiones mientras yo lo preparo todo para darle ese masaje que le he prometido. Salimos al porche con las infusiones y nos sentamos en el escalón a beberlas mientras Lupo se pasea por el diminuto terreno que hay en casa de mi hermana.

Esta noche le he hecho el masaje, he recorrido cada línea de su cara con los dedos, he trazado círculos en sus sienes y detrás de sus orejas. He masajeadó la parte inferior de su barbilla, sus pómulos, su cuello, he acariciado sus ojos cerrados, su frente y por último he dibujado la línea de sus labios con la punta de los dedos. Esto último ha sido muy poco profesional, pero no he podido evitarlo y Vane ha abierto la boca y me los ha besado con una sonrisa. En un día normal mi masaje hubiese continuado por todo su cuerpo sin dudarlo, pero estoy agotada y Vanesa profundamente relajada, así que me he tumbado a su lado y he apagado la luz.

## 13. Feliz cumpleaños

Cuando me despierto y miro la hora cierro los ojos y los vuelvo a abrir incrédula, son más de las doce del mediodía, no recuerdo el tiempo que hace que no me levanto tan tarde. Noto el calor de Paula en mi espalda y sonrío, al menos no soy la única que ha hibernado. Me giro pensando que seguirá dormida y para mi sorpresa me la encuentro con una preciosa sonrisa y los ojos bien abiertos, como si hiciera mucho que está despierta.

—Feliz cumpleaños cariño—susurra.

Se acerca a mí y me da un cálido beso que me hace temblar de emoción. En el momento de despertarme no he recordado que día es, y al felicitarme ha hecho que un aluvión de extrañas sensaciones me inunde, de pronto siento muchas ganas de llorar, lo extraño es que por primera vez en quince años no es de tristeza, es de alegría. Me emociona mucho la felicitación de Paula y me siento muy bien conmigo misma por haberme permitido cambiar mis hábitos y dejar que alguien esté a mi lado estos días. Pero lo que más me emociona es que ese alguien sea ella, Paula me hace sentir especial a su lado y además estoy enamorada de ella hasta la saciedad. No consigo evitar que mis lágrimas salgan, pero no me avergüenzo, de hecho me gusta porque es la primera vez en mi vida que lloro de alegría.

—Gracias—contesto.

Recoge algunas lágrimas con sus pulgares y me sonrío, creo que Paula sabe que no estoy triste y vuelve a besarme, muchas veces, me llena la cara de besos mientras yo lloro y sonrío a la vez.

—No llores más cariño, que se te van a hinchar los ojos y luego no podrás ver el regalo que te he comprado.

—¿Qué? —me siento de golpe—no tenías que regalarme nada Paula. ¿Cuándo lo has comprado?

—No te emociones Vane, es una tontería. Lo compré al segundo día de conocerte con la intención de enviártelo por correo, no contaba con que estuvieses en mi cama el día de tu cumpleaños—sonríe divertida.

Me guiña un ojo y se levanta cubierta únicamente por unas braguitas. Abre un cajón de su cómoda y saca un paquete mediano cubierto por un papel azul cielo y una estrellita rosa con mi nombre.

—Toma chulilla, si hubiese sabido que estarías aquí te hubiera comprado otra cosa, pero en ese momento me pareció que esto te podía venir muy bien.

Se sienta sobre su pierna a mi lado y muevo el paquete con manos temblorosas. Hace ruido y pesa un poco. Paula ha intentado justificarse por el contenido, pero por mí como si dentro encuentro el manual de instrucciones de una olla a presión, lo único que me importa es el detalle que ha tenido conmigo. Rompo el papel y lo primero que veo es una caja con treinta y seis lápices de color, la saco con una sonrisa y debajo encuentro un libro de adultos para colorear. Ojeo las páginas por encima, todo son paisajes o animales. Mis lágrimas vuelven a aparecer.

—Me encanta Paula—sonrío y la beso.

—¿Sí? —Pregunta con inseguridad—lo compré porque pensé que te vendría bien para distraerte, dicen que son buenos para la ansiedad, te ayudan a no pensar y esas cosas.

—Es perfecto Paula, de verdad, me gusta muchísimo. Además todo está relacionado con la naturaleza y eso me encanta.

—Lo sé, no tuve muchos problemas a la hora de escogerlo, había varios pero en cuanto vi este lo tuve claro. Me alegro de que te guste Vane.

Hoy pasamos el día entero sin salir de casa. Paula se ha ido a pasear a Lupo mientras yo preparo algo para comer. Tardan bastante en volver y cuando lo hacen Paula cruza la puerta con una bolsa de la panadería, saca una pequeña caja que está claro que envuelve una tarta de cumpleaños y la mete en la nevera.

—¡Paula! —me quejo.

Me rodea con los brazos desde atrás y me besa el cuello.

—¿Cuánto hace que no soplas las velas Vane?

Suspiro nerviosa.

—Pues eso, ya va siendo hora de que todo vuelva a la normalidad. Tu madre no está y no sabes cuánto lo siento, pero tú sí que estás, que soples las velas y celebres tu cumpleaños no significa que vayas a olvidarte de ella. No lo veas como un día triste, estoy segura de que este fue el más feliz de su vida, así que celébralo por ella cariño, seguro que le encantaría.

No sé qué contestar, me abrazo a Paula y lloro en su hombro hasta que me quedo vacía, vacía de tristeza, la dejo salir toda y decido quedarme con lo bueno. Me quedo con su recuerdo y con Paula. Mientras comemos me entra un mensaje de Isa en el que me felicita, le contesto y le doy las gracias y pienso que la llamaré en otro momento para contarle lo de Paula.

Después de comer Paula prepara la tarta y me canta el cumpleaños feliz, soplo las velas y la devoramos en el sofá viendo una película mientras Lupo nos pone ojitos para que le demos un trozo. Así pasamos el resto de la tarde, tiradas en el sofá. Alternando películas con caricias, besos, palomitas y todo tipo de guarrerías para picotear. Solo salimos para pasear al perro, con el que tenemos que compartir también unas cuantas palomitas.

Paula me despierta a las dos de la madrugada, nos hemos quedado dormidas en el sofá.

—Vamos a la cama Vane—susurra con los ojos medio cerrados.

Nos metemos en la cama y nos volvemos a dormir abrazadas.

\*\*\*

Esta mañana hemos puesto el despertador, Paula ha quedado para ver un par de apartamentos y no queremos llegar tarde. De camino al primero no hablamos mucho, todo es muy raro, yo me siento extraña acompañándola a ver el que puede llegar a ser su hogar, lejos de mí. Sin saber muy bien por qué, deseo que no le guste ninguno, que sean una mierda y tenga que seguir buscando. Ese pensamiento me hace sentir mal conmigo misma, y egoísta también, si Paula se queda con un apartamento siento que se levanta una especie de muro entre nosotras, algo que no nos dejará avanzar porque ella estará anclada a Madrid y yo a Barcelona.

Llevamos juntas muy poco, ni siquiera sé que somos y está claro que no puedo pedirle que se venga conmigo, pero si sigue sin apartamento yo siento que gano tiempo, tiempo para ver por dónde va lo que sea que tenemos y poder hablar sobre nosotras con calma. Paula tampoco dice nada, de hecho casi ni me mira, se limita a sujetar mi mano con fuerza, como si le diera miedo perderme, pero no articula palabra.

El primer apartamento nos lo enseña un chico que para ser vendedor la verdad es que habla muy poco, o eso o yo estoy tan incómoda que por muchas palabras que él diga no me parecen suficientes. Salimos de allí y la tensión aumenta, porque el apartamento es perfecto para Paula y Lupo, está cerca del centro, tiene una terraza grande y el precio es bastante razonable. El segundo nos lo enseña una mujer de mediana edad que habla hasta por los codos. Se detiene en el salón para abrir la puerta que da a la terraza y cuando la cruzamos cogidas de la mano pregunta:

—¿Es para vosotras?

Yo me quedo muda y noto como Paula aprieta con más fuerza mi mano.

—No, no, es para mí—dice en un susurró casi imperceptible.

Creo que incluso esa mujer se ha sentido incómoda en este momento. Salimos del edificio y en cuanto nos despedimos de la vendedora Paula me sugiere entrar a comer al restaurante que hay justo al lado. Estamos en absoluto silencio hasta que el camarero nos toma nota, en cuanto se va soy yo la que empieza a hablar.

—¿Te han gustado? Ambos apartamentos cumplen tus requisitos.

Paula me mira y suspira.

—Sí, la verdad es que sí. Además son muy bonitos—contesta distraída.

—Sí que lo son.

Otra vez silencio.

El camarero llega con los platos y Paula clava el tenedor en su solomillo como si estuviera asesinándolo. Lo deja allí clavado y me mira.

—¿Quieres salir conmigo? —suelta de pronto.

—¿Qué? —pregunto sorprendida.

—¿Que si quieres ser mi novia chulilla?

Me pilla tan de sorpresa que empiezo a reírme, Paula sonrío divertida y me hace un gesto con la mano indicando que espera una respuesta.

—Pensé que estas cosas ya no se estilaban.

—Yo es que soy muy antigua para algunas cosas Vane—bromea—bueno que, ¿te lo tengo que suplicar?

—No tienes que suplicar nada, claro que quiero. Quiero ser tu novia Paula—me río.

—Bien, pues no voy a quedarme con ningún apartamento Vane. Ya sé que tú y yo acabamos de empezar—me mira preocupada—pero no sé, llevo toda la mañana dándole vueltas al tema y no quiero estar tan lejos de ti, ya sé que es muy pronto pero, joder que bueno está esto ¿no? —dice de pronto mientras mastica.

Me entra un ataque de risa al verla masticar emocionada su trozo de carne. Me encanta lo espontánea que es.

—Sí que lo está—secundo.

—Bueno, lo que te decía Vane—prosigue con una sonrisa—que he pensado en quedarme unos días más con mi hermana, y si tú y yo seguimos así de bien pues igual en lugar de buscar un apartamento aquí me lo busco allí. Solo es una idea, la verdad es que estoy algo perdida ahora mismo, ¿tú que piensas?

—A mí me parece una idea estupenda Paula, no puedo quedarme aquí para siempre, yo tengo que volver a Barcelona y la verdad es que no me apetece nada la idea de separarme de ti, pero tampoco quiero exigirte nada, y creo que pedirte que te plantees venir a Barcelona es mucho, lo que haga quiero que sea porque es lo que a ti te apetece.

Su gesto se vuelve serio de golpe.

—¿Cuándo te vas? —pregunta alarmada.

—No lo sé, la verdad es que no tengo ni idea de lo que debo hacer ahora. Cuando vine fue con la idea de quedarme un par de días y ya han pasado. Tu hermana puede volver en cualquier momento, o tu cuñado, no me siento cómoda Paula.

Paula me mira expectante. Hasta ese preciso momento no he sido tan consciente de que en algún momento tengo que irme, y la idea de separarme de ella empieza a inquietarme, y por la cara que ha puesto creo que a ella también.

—Puedo irme y volver dentro de unos días, podemos ir a un hotel o alquilar algo, no lo sé. Tú también puedes venir a mi casa y traer a Lupo, seguro que le encanta pasear por el río.

—Vale, a ver—me corta—te entiendo Vane, y aunque me gustaría obligarte a que te quedes no puedo. ¿Qué te parece si hacemos una cosa? Tanto mi cuñado como Martina no van a volver

sin avisarme, quédate al menos dos o tres días más—suplica con cara de gato abandonado haciéndome reír—y luego ya decidimos que hacemos.

—Vale—sonrío.

La verdad es que no me apetece nada irme.

Por la tarde volvemos a hacer un poco de turismo por Madrid, sacamos a Lupo al volver a casa y cenamos unos sándwiches en el porche al aire fresco. Me suena el móvil, es una llamada de trabajo, así que me meto en la habitación unos minutos para encender el portátil y hacer unas gestiones para una clienta.

Cuando cuelgo y salgo, Paula está en el comedor tomando una infusión. En cuanto me ve sonrío y deja su taza. Empieza a caminar hacia mí con la mirada encendida y comienzo a temblar nerviosa mientras mi sexo se contrae una y otra vez provocándome un gusto exquisito. Sin decir nada Paula me coge la cara y empieza a besarme despacio pero sin tregua, me obliga a moverme y a caminar de espaldas sin tener claro a donde me llevaba. Me dejo guiar por sus besos y la decisión de sus pasos, pero sobre todo por lo que me susurra durante el único instante que separa sus labios de los míos:

—Me muero de ganas de follarte chulilla...

Me cuesta mucho mantenerme cuerda en este momento, en cuanto termina de hablar soy yo quien busca su lengua con la mía. Seguimos andando hasta que me topo con algo, miro y veo el sofá, sin pensarlo dos veces me dejo caer y arrastro a una Paula sonriente conmigo. Se coloca de lado y me estremezco al notar como su mano entra por debajo de mi camiseta. Acaricia mi vientre sin dejar de besarme y en cuanto sube a mis pechos noto unos escalofríos muy agradables en los pezones que seguramente ya están duros como piedras.

Sus manos se mueven con mucha suavidad sobre mis pechos, y mientras ella juega con ellos me giro un poco para agarrar su camiseta y quitársela, quiero disponer de todo su cuerpo desnudo para mí. No opone resistencia, pero no tengo tiempo de acariciarla cuando por fin se la he quitado, todavía tengo su camiseta entre mis manos cuando las suyas agarran con decisión mi pantalón y empiezan a tirar de él hacia abajo, mi cuerpo responde solo y levanto ligeramente la cadera para que pueda quitármelo.

Lo tira al suelo y por poco cae encima de Lupo que duerme plácidamente en su cama. Sonreímos, me quito también la camiseta y Paula coloca su mano en la parte interior de mi rodilla mientras yo reparto besos por sus pechos y su cuello. Empieza a subir muy despacio por mi pierna y me detengo en seco, es tan intenso y placentero lo que siento mientras recorre el interior de mi muslo que soy incapaz de hacer dos cosas a la vez y hacerlas bien, no puedo pensar, o me dedico a acariciar a Paula o claudico ante lo que me está haciendo sentir.

No tengo tiempo de decidirme, de pronto llega a mi sexo y al sentir sus dedos resbalar por mi humedad cierro las piernas de golpe atrapando su mano entre ellas, como si estuviera asustada ante la llegada de la oleada de calor que me hace sentir. Paula sonrío y cada vez que ella mueve un dedo yo aprieto más fuerte, me mata el placer, soy incapaz de separar las piernas porque necesito sentirla ahí. Vuelve a mover un dedo y me arranca un gemido.



—Te gusta, ¿eh? —susurra con una mirada traviesa que me hace arder.

Afirmo con un suspiro y vuelve a moverlo, otro gemido sale de mi garganta y mi cadera se empieza a mover contra su mano. Paula hace más presión contra mi sexo y ya no puedo controlarme, me mata de gusto. Agarro su mano con las mías para que no salga de ahí y acelero el ritmo de mis movimientos, estoy demasiado caliente como para centrarme en otra cosa. Cuanto más me muevo más intenso es el cosquilleo, hormigueo o lo que sea que es esto que me gusta tanto, y más cerca del orgasmo me siento, lo veo tan cerca que me da hasta vergüenza correrme porque considero que es demasiado pronto. Consigo enfocar a Paula e intento ralentizar el ritmo pero no puedo, al ver su cara de deseo y oír lo que me susurra no puedo reprimirme más.

—Córrete cariño...

Me dejo ir y me corro mientras ella me mira complacida.

—Quédate así—ordena en un susurro que me hace estremecerme.

En ese momento estoy de lado, coge una de mis piernas, la dobla y me hace colocarla entre las suyas. Sé lo que Paula pretende, se va a conformar con frotarse contra mi muslo y no se lo pienso permitir. La hago tumbar boca arriba y empiezo a recorrer todo su cuerpo a besos, mi lengua juega un buen rato con sus pezones mientras mi mano acaricia su muslo y su respiración se acelera. Subo hasta encontrar sus labios y mientras la beso lánguidamente bajo mi mano derecha hasta su sexo. Paula está muy húmeda, tanto que en cuanto la toco mis dedos resbalan por el interior de sus pliegues de una forma exquisita. Suspira muy hondo al sentirme ahí pero no ceso mis besos porque no tengo intención de intensificar mis caricias todavía, me limito a recorrer cada uno de sus pliegues despacio, utilizando toda la mano y moviendo los dedos por cada uno de sus rincones mientras ella tiembla y jadea en mi boca.

—Joder Vane... —susurra llena de deseo.

Su cadera empieza a buscar mi mano que sigue resbalando sin control entre sus piernas. La penetro con un dedo, entro y salgo. Paula gime y me mira suplicante. Vuelvo a penetrarla, esta vez con dos dedos, gime más fuerte. Ya no salgo de su interior, arqueo los dedos y empiezo a moverme dentro de ella. Coloco el pulgar en su clítoris, acariciándolo a la vez que mis dedos se mueven cada vez más rápido. Ya no puedo besarla más, Paula se deja llevar por el placer y sucumbe al orgasmo con unos gemidos jodidamente sexys.

## 14. Martina

Esta mañana me despierta el sonido de mi teléfono, lo cojo de la mesilla sin mirar quien es y salto de la cama con rapidez para salir de la habitación y no despertar a Vane. Me da un vuelco el corazón cuando al mirar la pantalla veo que es mi hermana la que me está llamando.

—¡Martina! —contesto emocionada.

—Hola hermanita, vaya voz, ¿te he despertado gandula?

—Ummm sí—confieso—¿qué hora es?

—¡Casi las once! —dice como si fuera una catástrofe.

—Bueno eso da igual. ¿Cómo estás? ¿Dónde estás? ¿Cuándo vienes? —pregunto de forma atropellada.

Estoy tan contenta de sentirla y saber que está bien que no sé ni por dónde empezar.

—Relájate Pauli, estoy bien—afirma—te llamo porque ya he terminado lo que tenía que hacer y cómo estoy en Barcelona he decidido pasarme a ver a Vanesa, me quedaré con ella y volveré a casa en un par de días.

Me quedo atónita y mi pulso se acelera, a ver como le digo yo que Vanesa está en mi cama.

—¿Estás en Barcelona? ¿Has estado allí todos estos días?

Intento ganar tiempo para pensar, pero no lo consigo.

—Sí, pero eso ahora no importa, ya te lo contaré todo cuando vuelva, solo quería que supieras que estoy bien. ¿Tú cómo estás? —pregunta con su habitual tono terriblemente cariñoso.

Perpleja, perpleja y agilipollada, así es como estoy en este momento.

—¿Paula? ¿Estás bien cariño? —pregunta preocupada.

—Ummm sí, sí—contesto aturdida—oye Martina tengo que contarte una cosa sobre Vane, sobre Vanesa...

—Claro, dime. ¿Hablaste con ella como te pedí?

¿Hablar? Si solo hubiera sido hablar...

—Sí, claro que lo hice.

—¿Y cómo la encontraste? ¿Estaba muy triste? —pregunta preocupada.

—Oye Martina, Vanesa no está en Barcelona, está aquí en casa, conmigo.

Ala, ya lo he soltado.

—¿Cómo? —pregunta sorprendida.

—Lo que has oído Martina, ella llamó como dijiste y bueno, empezamos a hablar y nos hicimos amigas, así que le pedí que se viniera a pasar un par de días aquí para que se despejara, no sé.

Estoy empezando a desesperarme porque no quiero contarle lo que tengo con Vane por teléfono, pero de pronto mi hermana empieza a reírse sin parar, y joder, que alivio.

—¿En serio? ¿Vanessa está ahí?

—Sí—sonrío yo también.

—Alucino—dice aun riendo—¿me la puedes pasar?

—Ummm, si quieres sí, pero está dormida. ¿La despierto?

—No, no, si está dormida déjala. Entonces me vuelvo a casa hoy Pauli.

Agradezco infinitamente que no me pida más detalles.

—Vale. ¿Vienes en tren? ¿Avión? Dime donde tengo que recogerte y a qué hora—le pido nerviosa.

—No te preocupes por eso, antes de ir a casa tengo que pasar un momento por comisaría, le pediré a alguna patrulla que me acerque.

—Vale. Oye y Fernando, ¿has hablado ya con él?

—Sí, ya he hablado con él, no volverá hasta dentro de un par de días.

—Bueno, pues aquí te esperamos Marti.

—Perfecto. Portaros bien, nos vemos luego.

Entro a la habitación en silencio, me visto y me voy yo sola a pasear a Lupo. Necesito despejarme, ni sabía cómo contarle a mi hermana lo de Vane ni sé ahora cómo explicarle a Vane que mi hermana vuelve a casa esta misma tarde. Cuando entro en casa huele a café recién hecho, me asomo a la cocina y ahí está mi preciosa chica, con una cara de sueño tremenda pero muy sexy con el pelo todavía revuelto.

—Buenos días chulilla—susurro desde la puerta.

Vane se acerca y me besa, después me da un cachete en el culo y se queja.

—No vuelvas a dejarme sola en una casa que no es mía—dice con el ceño fruncido.

—Perdona cariño, pero te he visto tan a gusto que me sabía mal despertarte.

—No es suficiente con una disculpa—sonríe socarrona.

—¿No? —pregunto divertida.

Le lleno la cara de besos.

—¿Ahora sí?

Niega con la cabeza y continúo por su cuello.

—¿Tampoco?

—Mmmm puede...

Nos abrazamos fuerte y la beso lentamente hasta que la cafetera pita y nos obliga a detenernos. Nos sentamos en la mesa de la cocina a desayunar y empiezo a pensar en cómo decírselo, lo cierto es que no sé por qué me cuesta tanto, supongo que es porque temo que en cuanto se lo diga Vane diga que quiere irse a Barcelona.

—¿Qué piensas Paula?

—¿Qué? —contesto distraída.

—Estás un poco rara desde que has llegado, ¿va todo bien? —pregunta preocupada.

—Sí—sonrío—Vane me ha llamado mi hermana esta mañana.

Su mirada se ilumina y sonrío. Lo cual me deja más tranquila.

—¿A sí? ¿Cómo está? —pregunta contenta por la noticia.

—Bien, muy bien. Ya ha terminado lo que fuera que estaba haciendo, me llamaba para decirme que se iba a pasar hoy por tu casa para pasar un par de días contigo.

La cara de Vane es de desconcierto total.

—¿Por mi casa? ¿Está en Barcelona? —pregunta agitada.

Empieza a ponerse nerviosa y me siento a su lado.

—Parece que sí. Por lo visto ha estado por allí todos estos días.

—Pero yo estoy aquí Paula, si va allí...

—Vane, tranquila cariño, se lo he dicho, le he dicho que estabas aquí conmigo.

Arquea las cejas. Creo que casi no respira.

—¿Se lo has dicho? ¿Y qué ha dicho ella? ¿Se ha enfadado?

—No digas gilipollices Vane, ¿cómo se va a enfadar? Se ha sorprendido un poco, pero nada más. Vuelve esta tarde.

Me mira atónita. Mataría por saber lo que se le está pasando por la cabeza en este momento. Adoro a mi chica.

—Tengo que irme a un hotel—susurra.

—Vane vale ya, me estás poniendo de mal humor. Mi hermana iba a verte a tu casa, a pasar el día contigo, y la noche también. ¿Y ahora que viene aquí te vas a ir tú? ¿Quieres hacerle ese

feo?

Me mira con los ojos muy abiertos, como si le sorprendiera mi reacción. Después niega con la cabeza como si hubiese hecho algo malo.

—Oye, ya sé que es raro, pero sabes de sobra que a mi hermana no le molestas en absoluto. No le des vueltas por favor. Ve a darte una ducha para despejarte anda.

—Vale. Llevaré mis cosas a la otra habitación.

Joder, me están entrando ganas de estrangularla.

—¿Quieres que le ocultemos lo nuestro? —pregunto de mal humor.

—No Paula—contesta también malhumorada—pero tampoco me parece bien follarme a su hermana cuando ella está en la habitación de al lado.

—Pues no follamos Vane, solo dormimos. He sobrevivido toda mi vida sin follarte contigo, creo que podré hacerlo una noche más.

—Voy a ducharme—se levanta sin mirarme y se va.

Me arrepiento al instante de cómo le he hablado, pero también me ha molestado mucho que a la primera de cambio quiera apartarse de mí. ¿Acabo de tener mi primera discusión con Vane? Empiezo a inquietarme, odio discutir, y si lo hago soy de esas personas a las que les gusta aclarar las cosas cuanto antes, así que espero hasta que oigo a Vanesa cerrar el grifo y entro en el baño.

Juro que iba a pedirle perdón primero, pero cuando la veo completamente desnuda y con el pelo mojado dejando caer gotas que resbalan por sus pechos me deshago. Me desnudo sin decirle nada mientras ella me observa con la mirada encendida por el deseo. Me acerco a ella, agarro sus nalgas y la empujo hacia mí hasta que rodea mi cintura con sus piernas y se agarra a mi cuello. Camino con ella en brazos hasta la habitación y la dejo caer en la cama. Separo sus piernas y sin preliminares hundo mi boca en su sexo que me recibe húmedo y palpitante. Lo devoro con hambre mientras Vane se retuerce y utiliza sus manos para mantenerme pegada a ella. Me encanta su sabor y me excita tremendamente sentir sus latidos en la lengua y sus pequeñas contracciones en el dedo que acabo de introducir en su vagina, su orgasmo no tarda en llegar, y para cuando se acaba de correr yo estoy tan mojada y caliente que también necesito correrme con urgencia. Subo a la cama y sin que ella deje de mirarme todavía con la respiración agitada me siento a horcajadas sobre su cara. Todavía estoy calculando la distancia cuando Vane saca la lengua y recorre todo mi sexo con firmeza. Me arranca un intenso gemido y un escalofrío recorre mi espalda. Me agarra las piernas con las manos y succiona mi clítoris, lo deja entre sus labios y su lengua empieza a dibujar círculos rápidos e intensos. No puedo controlarme, me muero de gusto y una descarga intensa de placer me recorre todo el cuerpo hasta que caigo desplomada a su lado.

—Perdona lo de antes, no quería hablarte así Vane, pero que dejes de dormir conmigo solo porque está ella me molesta—digo sinceramente.

—Yo también lo siento Paula, he sido un poco brusca. Es que me he puesto nerviosa, no me esperaba que viniera y no sé, perdona. Yo tampoco quiero dormir en ninguna cama en la que no estés tú—confiesa.

—Mmmm—digo besándola—aclarado entonces. Voy a ducharme, ¿te vienes?

\*\*\*

Después de la ducha y de comer hemos estado recogiendo la casa con esmero, por orden de Vane claro, a mí me parecía que estaba todo bien pero bueno. Sacamos a Lupo, que esa era otra cosa que tengo que explicarle a mi hermana, y después nos sentamos en el sofá a ver una peli mientras esperamos a Martina. A media tarde oímos el tintineo de las llaves y Vane se levanta de un salto, como si estuviera haciendo algo malo y acabaran de pillarla.

—¿Te quieres relajar? —le pedo con una sonrisa—no te va a comer...

La puerta por fin se abre y voy corriendo a abrazarme a mi hermana. Martina me devora a besos, es una persona muy cariñosa, a veces en exceso para mi gusto, pero esta tarde no me molestó, la he echado demasiado de menos. Cuando mi hermana me suelta y me giro para mirar a Vane siento una punzada en el pecho, mi novia se ha hecho pequeña otra vez, sigue donde yo la he dejado y sus ojos están bañados en lágrimas.

Martina va hacia ella y la abraza con fuerza, al principio Vane no reacciona y yo empiezo a preocuparme, parece catatónica, pero de pronto se abraza a Martina y empieza a llorar. Ambas lo hacen. Me emociono tanto que yo también acabo llorando abrazada a Lupo, que es el único que me hace caso en este momento. Cuando se calman mi hermana hace lo propio y llena a Vane de besos, unos besos que me gustaría poder darle yo, pero no es mi momento, es el de ellas. Martina mira en mi dirección un instante, y de pronto clava la mirada en mí otra vez.

—¿Eso es un perro? —pregunta con los ojos muy abiertos.

A Vane se le escapa la risa y yo me pongo muy nerviosa.

—Solo serán unos días Marti, lo prometo, hasta que encuentre una casa en alguna parte.

Se acerca a mí con paso firme, se agacha para acariciar a Lupo y me mira de nuevo.

—No me importa que el perro esté aquí siempre y cuando tú te ocupes de él. No quiero ni cacas ni pipis ni pelos, ¿me oyes? —dice señalándome con el dedo.

—Yo me ocupo—afirmo.

Tras eso me ignora y vuelve con Vane, que aunque parece algo más tranquila sigue inmóvil.

—Estás muy guapa Vanesa—la piropea mi hermana.

Vane se pone roja como un tomate y yo me acerco a ellas divertida por las reacciones de mi novia.

—Menuda sorpresa me he llevado cuando Paula me ha dicho que estabas aquí, no sabes cómo me alegro de que hayas venido, estar sola es lo que menos te conviene aunque tú insistas

en lo contrario—la medio regaña.

Vane asiente. Me muero de ganas de abrazarla y de decirle que todo está bien, que se relaje de una vez, pero no puedo, no sin que se note que mis abrazos no son de amiga. Martina se ausenta un rato para darse una ducha, hemos decidido salir y tomar algo en una terraza. En cuanto cierra la puerta del baño Vane se abraza a mí y hunde su cara en mi cuello, acaricio su espalda y su pelo sin decirle nada, tengo la sensación de que no necesita palabras, tan solo me necesita a mí. Nos mantenemos así hasta que oímos a mi hermana salir del baño.

Vamos a la misma terraza en la que yo hablé con Vane aquella vez y en la que me besó hasta hacerme temblar, tal vez se esté convirtiendo en nuestra terraza. Acabo de sentarme cuando mi hermana lanza una pregunta que me deja quieta como una estatua.

—¿No tenéis nada que contarme?—pregunta arqueando las cejas.

Puede parecer una pregunta normal, pero yo conozco a mi hermana y sé que el tono que ha utilizado es de sé que estáis liadas. Vane me mira confundida y mi hermana se recuesta en el respaldo con las manos entrelazadas y media sonrisa.

—¿A qué te refieres? —pregunto para tantear el terreno.

—He entrado en la habitación de invitados para guardar la maleta. Allí no hay nada, todas las cosas de Vanesa están en tu habitación, así que no sé... —dice encogiéndose de hombros.

Su gesto no es serio, sé que no está enfadada, pero sorprendida sí. Tengo que mirar dos veces a mi novia para asegurarme de que está respirando y coger mucho aire para serenarme un poco y pensar como se lo cuento, porque tengo claro que Vane no va a hacerlo. ¿Cómo empezar? Desde luego es una obviedad, pero ninguna de las dos contemplamos la opción de que Martina entrara en la habitación antes de que se lo pudiéramos contar.

—¿Esto no es un rollo no? —dice de pronto con los ojos achinados.

—No, no lo es Marti—susurro.

—¡Madre mía! ¿Cómo ha pasado? ¿Es que no me vais a contar nada? —pregunta emocionada.

Por fin Vane sonrío y yo tiro de su silla para acercarla más a mí con orgullo.

—Vale ammm—arranco por fin—fue por teléfono Martina, empezamos a hablar y conectamos en seguida, así que comenzamos a llamarnos muy a menudo y no colgábamos hasta que se agotaban las baterías...

Mi hermana me mira con una sonrisa permanente dibujada en los labios, lo cual me hace más fácil continuar con la historia.

—Bueno eso, que poco a poco me di cuenta de que estaba colada por ella y al parecer ella de mí también—miro a Vane que tiene las mejillas encendidas y le guiño un ojo, ella me devuelve

una sonrisa preciosa—así que le pedí que se viniera aquí unos días para conocernos y ya lo ves, la cosa fue mejor que bien.

—Ya veo ya—sonríe—no sabía que te gustaban las chicas Vane, la última vez que hablé contigo tenías novio—dice mi hermana con las cejas alzadas pero sin borrar su sonrisa.

—¿Tienes novio? —bromeo dándole un toque con la mano.

—Noo, lo dejé—afirma ruborizada—yo tampoco sabía que me gustaban las chicas Martina, o puede que sí, pero no me di cuenta hasta hace poco—dice completamente aturdida.

—Bueno esas cosas van como van, lo importante es que vosotras estéis bien—la tranquiliza mi hermana.

Dicho eso Martina nos observa guardando silencio, yo sé lo que piensa, está pensando en los kilómetros que hay entre nosotras, seguro que se está preguntando si Vane y yo ya hemos hablado de ese tema o si somos unas inconscientes que se están limitando a disfrutar la una de la otra sin tener en cuenta las cosas importantes.

No dice nada más al respecto, yo cambio de tema enseguida y pasamos el rato hablando de tonterías varias, Martina no suelta prenda sobre su inesperado viaje por mucho que nosotras le insistimos, cada vez que le preguntamos responde: luego. ¿Luego qué? ¿Luego cuándo? Me empiezo a mosquear, así que cuando terminamos las consumiciones les pido volver a casa. Mientras Vane y yo sacamos a Lupo mi hermana se queda pidiendo unas pizzas para cenar.

—¿Por qué no para de decir luego? Si no quiere contarnos nada que lo diga, pero que deje de decir luego... —me quejo.

Vane se ríe.

—A lo mejor no quiere contar nada Paula, o tal vez el bar no le parecía el lugar apropiado, quizá es algo privado y no quiere hablarlo delante de mí, déjala anda, no le insistas. Ya te lo contará cuando ella lo considere oportuno.

—¿Siempre eres tan políticamente correcta? —pregunto dándole un beso en la mejilla.

Se encoge de hombros con una sonrisa maliciosa que me hace robarle otro beso en mitad de la calle. Cuando volvemos Martina ya lo ha preparado todo y las pizzas están en la mesa. Mi hermana está bastante seria, intenta disimular y parecer normal pero yo sé que algo le ronda la cabeza, y mis sospechas se confirman cuando acabamos de cenar.

—¿Nos vamos al sofá y nos ponemos cómodas? Tengo que contarte algo Vanesa, no sé si quieres que lo hablemos en privado o te da igual que esté mi hermana, es sobre tu madre.

Vane palidece y se levanta sin decir nada. Puedo ver como su pecho sube y baja más rápido de lo normal, me quedo inmóvil mirándola sin saber qué hacer. Deseo abrazarla y que me deje estar con ella, pero tampoco voy a enfadarme si dice que no.

—¿Vienes Paula? —pregunta de pronto tendiéndome la mano.



Le sonrío y cojo su mano. Mi hermana se sienta en el sillón y yo me siento en el sofá, pegada a Vanesa.

## 15. La otra verdad

Cuando Martina me dice que tiene que contarme algo sobre mi madre no dudo ni un segundo, necesito a Paula a mi lado. Nos acomodamos en el sofá y yo no puedo apartar la vista de Martina, necesito saber lo que me tiene que decir con urgencia.

—No sé ni por dónde empezar Vane, la historia es larga, pero creo que te la voy a contar desde el principio para que lo entiendas todo, ¿vale cariño?

Noto como se me encoge todo por dentro, tengo una sensación constante de compresión en la boca del estómago. Asiento y Paula aprieta mi mano con fuerza.

—Verás, yo te dije que había conseguido el expediente de tu madre hace poco, pero no es cierto, antes de mi ascenso a inspectora ya me había puesto a ello en mis ratos libres. Esto no te lo he dicho pero Fernando me ayudó, él es inspector desde hace tiempo y tiene más contactos que yo. Cuando empezamos a hojear el expediente y fuimos a tirar de las líneas de investigación nos dimos cuenta de una cosa, no había investigación. Nunca se investigó la desaparición de tu madre.

—Eso no puede ser—digo con un hilo de voz.

—No te pongas nerviosa que tengo una explicación, ¿vale? —Susurra con una amabilidad terrible—tú escúchame que pronto lo entenderás todo.

—Vale...

—Quisimos averiguar más pero el expediente del caso era, digamos que incompleto, salvo todos los hechos que había denunciado tu padre no había mucho más. Fernando usó su autorización para indagar en la base de datos pero el expediente estaba clasificado en un nivel en el que él tampoco tenía acceso, así que utilizó algunos contactos, pidió un par de favores y descubrimos la verdad.

Me hago un ovillo y Paula me rodea con sus brazos.

—Tu madre no está muerta Vanesa, ni desaparecida ni fugada, está en un programa de protección de testigos—afirma.

No sé si dice algo más porque a partir de ahí dejo de escuchar, siento que me ahogo y que el espacio es muy pequeño.

—No puedo respirar—susurro asustada.

—Sí que puedes cariño—oigo que me dice Paula.

Pega su boca a mi oreja y me tapa los ojos con una mano mientras me abraza con el otro brazo.

—Coge mucho aire y suéltalo despacio—susurra mientras la ansiedad me consume y yo intento hacer lo que me dice—así cariño, muy bien, hazlo otra vez.

No sé de dónde saca Paula tanta paciencia, pero tras un buen rato insistiendo mi chica ha conseguido que me calme. Martina ha preparado unas infusiones mientras tanto.

—¿Estás mejor? —pregunta la inspectora sentándose también a mi lado.

Asiento y Paula me besa la cabeza.

—¿Cuánto hace que lo sabes? —pregunto aturdida.

—Un año y medio.

Por un momento pienso en saltar a su cuello y estrangularla, pero no se lo reprocho, supongo que hizo lo que debía hacer.

—¿Por qué está en ese programa? —sigo con mi interrogatorio.

—Tu madre fue testigo de un doble homicidio, ella vio al agresor con claridad pero el agresor también la vio a ella. Pese a que la descripción que dio tu madre fue muy precisa y lograron identificarlo nunca llegaron a cogerlo. Oye Vanesa, siento mucho no habértelo contado antes, pero no podía hacerlo, eso hubiera puesto en peligro la seguridad de tu madre—se disculpa.

—¿Y qué ha cambiado? ¿Por qué se lo cuentas ahora? —pregunta Paula.

Agradezco mucho que hable en mi nombre porque yo no estoy muy segura de poder hacerlo.

—Hace dos semanas se puso en contacto con nosotros el inspector encargado del caso, Fernando pidió que si había cualquier novedad nos mantuvieran informados, y bueno, la hubo.

—¿Qué novedad? —insiste Paula.

—Detuvieron a aquel hombre.

—¿Por eso te fuiste?

—Sí.

—Pero yo te oí hablar con tu superior de algo de una infiltración... —sigue mi chica desconcertada.

—Mira Paula cariño, es una suerte que tengas una profesión que no tiene nada que ver con el espionaje, porque te aseguro que no te hubieras ganado la vida con eso. Te oímos abrir la ventana, y como no habías dejado de preguntar dije aquello para que lo oyeras y te callaras de una vez—confiesa Martina divertida.

No puedo evitar reírme.

—Mierda, y yo pensando que era ninja—bromea Paula.

—Bueno, el caso es que nos avisaron...

—Espera, espera, ¿Fernando también fue contigo? —la interrumpe Paula.

—Sí, de hecho él sigue allí. Y si no me interrumpes más os digo por qué.

—Vale, me callo—dice Paula de mala gana.

—Nos dijeron que habían detenido al sospechoso, al parecer ha matado a otras cinco personas en todo este tiempo, en fin, el inspector que lleva el caso nos invitó a ir y seguir todo el proceso de cerca. Tienen pruebas suficientes para mantenerlo entre rejas hasta el juicio, entre ellas la declaración de tu madre que será crucial para condenarlo por aquel delito. También tienen la de un chico que fue testigo de otro homicidio y gracias al cual esta vez sí que han podido cogerlo.

—¿Entonces mi madre ya es libre?

—Casi, lo será en cuanto el juicio acabe. Mientras tanto sigue bajo protección.

—¿Y cuánto tardará eso? —pregunto con ansia.

—Muy poco Vanesa—dice cogiendo mi mano—hay pruebas de sobra y son contundentes, el juicio es pasado mañana y en cuanto se dicte sentencia y ese cabrón entre en prisión hasta que se muera tu madre ya no tendrá que volver a esconderse. Fernando se ha quedado allí para seguir todo el proceso de cerca, y yo he venido aquí porque quería contártelo en persona.

—¿Mi padre lo sabía?

—No. Nunca llegaron a decírselo. Ya sé que es muy duro, pero la única forma de mantener a salvo a tu madre era que nadie lo supiera, incluida su familia. La verdad es que nunca he conseguido entender cómo se las arreglaba para hacerte llegar esa nota.

—Tengo que volver a casa... —susurro inquieta.

—Vanesa mírame—dice sujetándome la cara—os han asignado una psicóloga para ayudaros con el proceso.

—Yo no necesito una psicóloga—me quejo de mal humor.

De pronto me siento muy perdida, he estado media vida pensando que mi madre estaba muerta o que me había abandonado, he aprendido a vivir sin ella. Y ahora me dicen que está viva y en un par de días puedo volver a verla. Quiero meterme en un agujero y no salir nunca.

—Sí que la necesitas, la necesitáis las dos. Ella ya no es la mujer que tu recuerdas cariño, le dieron una nueva identidad, rehízo su vida en otro sitio, tiene otra familia Vanesa.

Siento que se me va a parar el corazón cuando la oigo decir eso. ¿Otra familia?

—Tú tampoco eres la niña a la que ella se vio obligada a dejar, ahora eres una mujer, con un carácter forjado que se debe parecer muy poco al que ella recuerda. Necesitáis ayuda Vane, esto puede ir bien, pero también puede ir mal, no quiero que te crees expectativas, ¿vale?

Asiento y me acurruco contra Paula. Nadie vuelve a hablar esta noche, Martina se pone a leer y Paula y yo nos vamos a la cama poco después. Me tumbo agotada y Paula se sienta sobre su pierna a mi lado.

—Me voy contigo Vane. Me quedaré contigo en casa si a ti te parece bien. No es solo que quiera estar a tu lado con lo de tu madre, es que tampoco quiero separarme de ti, no consigo imaginarme una mañana sin despertarme a tu lado o una noche sin hacer el amor contigo—me confiesa con sinceridad.

Mis pulsaciones se disparan ante sus palabras, yo también deseo que esté conmigo, siempre conmigo.

—Pues esta noche te vas a quedar con las ganas—bromeo.

—Ummm, ¿segura? —Dice tocándome un pecho de broma—puedo ser muy sigilosa si me lo propongo.

—Sí claro, tu momento espía es la prueba de ello.

—Ya veo que eso me lo vas a recordar siempre.

—Tal vez—digo encogiéndome de hombros con una sonrisa.

Se tumba a mi lado y cambio de opinión, me pueden las ganas de besarla y acariciarla, y claro, nuestros cuerpos se encienden de inmediato, tengo que ponerle la mano en la boca a Paula para ahogar sus gemidos, por mucho que lo intenta mi novia no es nada silenciosa en la cama.

## 16. Inflexión

Esta mañana me he levantado muy temprano, Vane ha estado muy inquieta durante toda la noche, ha dormido muy poco y en este momento se ha quedado frita, así que salgo de la habitación en silencio y la dejo descansando.

Me encuentro a Martina en la cocina hablando por teléfono con Fernando, la beso en la mejilla cuando paso por su lado y me devuelve el beso. No presto mucha atención a lo que dice, me limito a servir el café que ella ha preparado y que seguramente la llamada de mi cuñado ha interrumpido. Coloco una taza delante de ella y le caliento un poco de leche, le gusta con un chorrito. Preparo unas tostadas y cuando me siento frente a ella cuelga el teléfono.

—¿Qué tal habéis dormido? —me pregunta con un gesto en su cara que no descifro.

Me quedo unos segundos pensando en qué dirección va esa pregunta, ¿lo pregunta porque está preocupada o va con segundas porque nos escuchó? Bueno lo de oír va por mí, Vane puede ser muy silenciosa si se lo propone. Sonríe y me tira un trozo de tostada que hace canasta en mi café.

—Joder Martina—me quejo riendo.

—No hablo de tus gemidos Paula, que por cierto también oí—dice sin más—lo digo por Vane, ¿ha descansado?

Trago saliva y mantengo la compostura asumiendo que mi hermana me ha escuchado hacer el amor con Vanesa.

—No mucho, muy poco en realidad. Se ha quedado dormida muy tarde. Y no le digas que no oíste o la matarás de vergüenza Marti—le pido mientras las dos reímos.

—En ese caso tú tampoco habrás dormido mucho.

—Bueno, me he despertado varias veces porque ella se movía mucho. Pero la abrazaba y la intentaba relajar, al final la que se dormía otra vez era yo. No he dormido del tirón pero he dormido.

—¿Y qué vas a hacer? No me refiero a acompañarla a Barcelona por lo de su madre, doy por hecho que lo harás, pero después... ¿Lo habéis hablado? ¿Qué intenciones tenéis? —quiere saber.

Me encojo de hombros.

—De momento me voy con ella como dices, me quedará en su casa. Después no lo sé Marti, no sé cómo irán las cosas entre nosotras, pero si como poco seguimos como ahora creo que me quedará allí. Anoche hablamos un poco del tema, pero muy por encima, tal vez cuando las cosas se calmen con lo de su madre me alquile un piso por allí o simplemente me quede con ella, ya

veremos.

—Me parece bien, pero sobretodo es importante que habléis bien las cosas Paula, dejarlo todo claro para que no haya malos entendidos, ni quiero que ella te haga daño a ti ni tú a ella. No forcéis las cosas, dejar que vayan sucediendo y tomároslo con calma.

Asiento, escucho y almaceno en mi mente cada palabra que ha salido por la boca de mi hermana, siempre me ha dado muy buenos consejos y para mí su opinión es muy importante.

—¿Cuándo crees que deberíamos irnos? ¿Hoy o mañana para el juicio?

—Acabo de hablar con Fernando, el juicio es a primera hora y si todo va como esperamos Vane podrá ver a su madre por la tarde. Es mejor que os marchéis hoy, salid con calma y descansad esta noche en Barcelona, creo que será bueno para Vanesa estar en su casa, en un entorno que ella controla.

—Vale—contesto inquieta.

—Te toca una parte difícil Paula, Vanesa va a necesitar mucho apoyo y en este caso el que más va a querer va a ser el tuyo. Vas a tener que estar ahí para ella, ser su pilar cuando se derrumbé, porque lo hará, te lo aseguro—afirma.

—Lo sé, pero creo que ya la voy conociendo, sé cómo sacarla de la oscuridad Martina, pero me acojona mucho su reacción de mañana, aunque sea su madre se va a encontrar con una auténtica extraña—le digo preocupada.

—Contra eso no podemos hacer gran cosa, de todas formas yo también me voy con vosotras, me quedaré en el hotel con Fernando un par de días más por si me necesitáis. Quiero que Vane sepa que tiene todo nuestro apoyo.

Me siento muy aliviada al saber que Martina también viene, saber que está cerca en caso de emergencia era muy tranquilizador. Vane aparece en la cocina unos minutos después, tiene unas ojeras importantes y las marcas de la sábana por todo el lado derecho de la cara. Se acerca muy despacio y entonces me doy cuenta de que no sabe muy bien que debe hacer, Vane no tiene claro si debe besarme delante de Martina o no, así que le ahorro el mal rato. Me levanto y me acerco a ella dándole un pico que suena fuerte. Un hormigueo me recorre el cuerpo al notar el tacto de sus labios endurecidos e hinchados.

—Siéntate, te pondré un café bien cargadito.

Es Martina la que le explica que nos vamos hoy, Vane asiente y obedece ante cualquier sugerencia de mi hermana, es como una niña perdida que no sabe lo que debe hacer, necesitada de alguien que la coja de la mano y la guíe en todo este proceso, y para eso estamos Martina y yo, para hacer de farolillo y evitar que se pierda por este camino que debe recorrer.

Nos duchamos, preparamos nuestras maletas y Martina habla con una amiga suya para que se haga cargo de Lupo un par de días. Hemos decidido que el perro se quedará aquí hasta que yo

tenga claro lo que voy a hacer, no conviene marearlo con idas y venidas.

Sacamos los billetes de tren y mientras esperamos comemos algo. Vane no come gran cosa y Martina me hace un gesto con la mirada para que no le insista, supongo que en su situación yo también tendría el estómago cerrado. Martina se sienta al lado de un hombre y Vane y yo en los asientos contiguos.

—¿Me cuentas ese roce que tienes con tus padres? —me pide mientras juega con mis dedos entre sus manos.

—¿Quieres que te hable de eso ahora Vane? No es muy agradable.

—Si quieres sí, yo también quiero saberlo todo de ti Paula.

Le robo un beso y me giro un poquito hacia ella.

—Bueno, lo mío es rápido cariño, mis padres no aceptan que me gusten las mujeres y cuando se enteraron me echaron de casa. Consideran que soy una vergüenza.

Sus ojos se abren mucho y aprieta mi mano con fuerza.

—Martina no me la había dicho—dice en un susurro.

Observo a Martina y veo que está sumergida en su lectura y no nos presta atención.

—Creo que Martina se avergüenza de ellos, no creo que los perdone nunca—afirmo convencida.

—¿Tú los perdonarías si te lo pidieran?

—Si solo dependiera de mí tal vez, no lo sé, pero por Martina no.

—¿A qué te refieres? —pregunta sin entender.

—Cuando aquello pasó Martina se fue de casa conmigo, pero a los pocos días yo me fui a Atlanta con Sasha, mi novia de entonces. Yo perdí a mis padres pero tuve en quien apoyarme Vane, los primeros días tenía a mi hermana y después tenía a Sasha, pero cuando yo me fui Martina se quedó sola—digo con unas lágrimas en los ojos que mi chica recoge con sus pulgares —perdió a mis padres y me perdió a mí, ella entonces no salía con nadie, a Fernando lo conoció cuando se trasladó a Madrid. Así que no, si se diera el caso y nos pidieran perdón, yo no los perdonaría si Martina no lo hace.

Esta vez soy yo la que se acurruca contra Vane y ella la que me abraza y me besa la cabeza.

Cuando llegamos a Barcelona Fernando nos espera en la estación, se lo presento a mi novia y aunque él insiste en llevarnos a casa con el coche que tiene alquilado le digo que no. Durante el viaje Vane y yo hemos decidido que nos quedaremos en Barcelona para dar una vuelta y relajarnos. Iremos a casa de Vane en el último bus de la tarde. Entonces nos ofrece otra opción, nos dice de quedar para cenar juntos y después llevarnos, Vane y yo nos miramos y aceptamos, así que les dejamos nuestras mochilas y nos vamos a pasear más ligeras de peso.



Aunque se esfuerza en disimular y hacer ver que está bien, Vanesa está muy nerviosa. Se distrae con facilidad y se pierde en nuestras conversaciones. Yo intento que se centre en mí para alejarla al máximo de sus pensamientos, pero cada vez me cuesta más, empiezo a desesperarme y es una tienda de productos eróticos la que me salva. Vamos caminando y al pasar por delante me detengo en seco y miro el escaparate, Vane se queda algo sorprendida pero no dice nada, se limita a mirar sonrojada y yo me coloco detrás de ella y la abrazo mientras ambas contemplamos los pocos juguetitos que hay expuestos.

—¿Alguna vez te han follado con un arnés? —pregunto muy cerca de su oreja.

Sí, sé que suena muy bruto, pero Vane se ha estremecido entre mis brazos, noto como su respiración se corta unos instantes y su pulso se acelera. La he excitado con mi pregunta y pensarlo me ha puesto muy cachonda.

—No—susurra algo ronca.

—¿Te gustaría? —pregunto besando su cuello.

—¿Tú lo has hecho? —pregunta inquieta.

—Ahaa...

—¿Y te gusta?

Me estoy poniendo demasiado cachonda con su intriga y esta situación.

—Sí que me gusta.

—¿Dar o que te den?

Ay que mi niña se viene arriba. El corazón empieza a latirme en la pepita del amor.

—Ambas cosas, aunque si te soy sincera me pone muy cachonda dar.

Suspira profundamente.

—¿Duele?

—No, compraríamos uno medianito, yo no te haría daño chulilla. ¿Quieres saber cómo te follaré? —susurro apretando mi cuerpo contra el suyo.

—Sí—contesta alterada.

—Tú estarás tan mojada como lo estás ahora. ¿Porque estás mojada verdad cariño?

—Mucho...

Suspira con más dificultad.

—Te tumbaré en la cama para que estés más cómoda la primera vez... Primero te acariciaré con la mano, como a ti te gusta—digo entrelazando mis dedos con los suyos—después pasearé la punta del dildo por todo tu sexo, apretando ligeramente para que lo sientas. Lo moveré mientras te como la cara a besos y tú te morirás de ganas de que te lo meta.

Vane me aprieta las manos sin apartar la mirada del escaparate, utilizando la fuerza para dejar salir parte de su excitación.

—Sigue—me pide en un susurro lleno de deseo.

Acerco mi sexo a su culo con disimulo y ella responde con un jadeo. Durante un instante pienso en mirar a ambos lados para asegurarme de que nadie nos presta atención, pese a que ya empieza a oscurecer las farolas de la calle no están encendidas, pero descarto la idea. Nada va a jodernos este momento. Siento como el hormigueo se intensifica entre mis piernas y beso su nuca antes de seguir.

—Impregnaré el dildo con tu humedad y después le aplicaré lubricante para asegurarme de que no te duele al entrar. Me rodearás la cintura con las piernas y te meteré la punta despacio, después la sacaré—susurro con sensualidad—la volveré a meter otra vez, la volveré a sacar... Y tú me suplicarás con la mirada que te la vuelva a meter.

Vane aprieta las piernas y yo ardo.

—Volveré a entrar despacio, como al principio, la punta solo. Después te lo meteré hasta el fondo.

—Quiero que me folles ahora—se queja con desconsuelo.

Me pone tan sumamente cachonda oírla decir eso que no descarto la idea de hacerlo.

—Aun no, no he terminado contigo Vane, aguanta un poquito cariño. Empezaré a moverme despacio dentro de ti, al principio sentirás un poco de molestia, pero te gustará tanto que te dará igual. Poco a poco esa molestia irá desapareciendo y sentirás como aumento la velocidad progresivamente mientras tu sensación de placer crece sin control. Tú también te moverás contra mí, me marcarás el ritmo y te follaré a tu gusto hasta que te corras para mí chulilla. ¿Quieres que te folle así?

Asiente temblorosa y lleva mis manos entrelazadas encima de su sexo con disimulo. Las aprieta contra ella y jadea, noto el calor húmedo en mis manos y siento que no puedo más. Entre el estado de excitación de ella, y que me he imaginado toda la situación, estoy jodidamente cachonda. Alzo la vista y miro hacia un lado, hay un portal abierto con la luz apagada y no me lo pienso dos veces. Tiro de Vane cegada por la excitación y en cuanto entramos la arrinconamos contra la pared, justo detrás de la puerta. Empiezo a besarla con desesperación y coloco mi mano sobre su sexo por encima del pantalón, ella hace lo mismo conmigo y empezamos a tocarnos con intensidad, como si no hubiera un mañana. Vane jadea en mi boca y yo en la suya, ni siquiera llega a tocarme piel contra piel y es una de las veces que más disfruto del sexo. Lo disfruto muchísimo porque esa sensación tan placentera que sientes cuando estás a punto de llegar al orgasmo se alarga, tanto la mía como la suya, lo sé porque nos corremos juntas.

Ni yo me esfuerzo por ahogar mis gemidos ni ella intenta acallarme, justo cuando terminamos oímos el ruido de una puerta y la luz de la escalera se enciende. Todavía no hemos recuperado el aliento pero salimos de allí corriendo muertas de la risa, no nos detenemos hasta que no hemos pasado un par de manzanas. Nos paramos en seco y apoyamos las manos en las rodillas para recuperar el aliento, casi no podemos respirar pero no dejamos de reír. Vane estaba

muy roja y yo noto como las gotas de sudor me humedecen la nuca y la espalda.

—Al final no lo hemos comprado—susurro entre risas.

—Mañana lo pedimos por Internet—resuelve mi chica.

Dicho eso nos incorporamos y Vane me mira divertida. Me acerco a ella y nos abrazamos unos segundos. De ahí nos vamos al restaurante donde hemos quedado con mi hermana y Fernando, llegamos antes que ellos y nos metemos directamente en el baño para adecentarnos un poco. La cena ha ido muy bien, Vane ha comido lo suficiente como para que yo me dé por satisfecha, la noto tremendamente relajada, así que lo que hemos hecho había valido la pena por dos motivos. No sé cómo acabará mi historia con Vane, pero lo de esta tarde es una de esas situaciones que recordaré durante el resto de mi vida.

Cuando llegamos a su apartamento nos damos una ducha y nos relajamos en el sofá, Vanesa llama a su amiga Isa y están hablando casi una hora. Ha tenido que explicárselo todo por fases, primero le ha contado lo de Martina, su amiga ha flipado un poco la verdad, Vane ha tenido que repetirle varias veces los motivos por los que no se lo había contado antes. Después le habla de mí, a ella se le llena la boca diciendo lo mucho que yo le gusto y a mí se me engorda el ego escuchándola. Por último le cuenta lo de su madre, Isa se alegra tanto que puedo oír su voz a través del teléfono, al parecer no se encuentra en la ciudad, pero le dice a Vane que la llame para cualquier cosa y que en cuanto vuelva se pasará por su casa. No hablamos mucho antes de irnos a la cama, pero tampoco la noto alterada y cae rendida en seguida, algo que me alivia. Me duermo haciendo tirabuzones en su melena.

## 17. El día del juicio

—Date prisa Paula, tenemos que salir ya o llegaremos tarde—digo impaciente.

—Tranquilízate Vane, vamos sobradas de tiempo.

En realidad no sé porque le meto tanta prisa, sé que tenemos tiempo y lo cierto es que tampoco quiero ir. Pero Martina nos ha llamado esta mañana, la psicóloga quiere hablar conmigo antes de que pueda ver a mi madre, y aunque me he negado al principio, Martina y Paula han insistido tanto que al final he aceptado y he quedado en que iré a su consulta a las once. Tengo un nudo en el estómago que conforme pasan los minutos se hace más y más grande, tengo ganas de salir corriendo y no mirar atrás, y al mismo tiempo deseo que el juicio acabe y me dejen reencontrarme con mi madre de una vez.

Cuando llegamos a la consulta Martina y Fernando nos están esperando en el portal.

—¿Lista? —pregunta Martina.

Me encojo de hombros. Ella y Fernando se quedan tomando un café en el bar de al lado y Paula sube conmigo y me espera en la salita mientras yo estoy en la consulta. La psicóloga me cae bien en seguida, algo que agradezco. Es una mujer de unos cuarenta años y resulta muy cercana cuando habla. Me pone en antecedentes, explicándome y asegurándose de que entiendo que mi madre puede ser muy diferente a la persona que yo tengo memorizada y almacenada en caché.

—El cambio físico puede impactarte, han pasado quince años. Tienes que hacerte a la idea de que estará diferente, más mayor.

—Lo sé—la corto.

—También tiene otra familia, tal vez eso sea lo más complicado de llevar para ambas, ella querrá que tú formes parte de su vida y tú vas a tener que hacerte a la idea de que en su vida hay personas que son igual de importantes que tú.

Eso lo entiendo, pero me cuesta mucho imaginarlo, no me veo capaz de ir a una comida familiar con una familia a la que yo llego como una extranjera. Yo seré la diferente, la única a la que nadie conoce y la que estoy segura que sobraré en caso de que mi madre tenga que escoger.

—¿En qué piensas Vanesa? —pregunta sin dejar de mirarme.

—En nada...

—Yo creo que sí que piensas en algo, no puedo obligarte a contármelo, pero si lo compartes

conmigo tal vez pueda ayudarte a comprender, a aceptar, asimilar, o simplemente guiarte para sobrellevarlo mejor. Estoy aquí para ayudarte Vanesa, pero no puedo hacerlo si tú no pones de tu parte y te dejas.

La miro, me muero de ganas de decírselo, pero me da vergüenza. Ella me mira con las manos entrelazadas sin decir nada, supongo que espera que sea yo la que hable y a la vez me analiza, no lo sé. Pero funciona, que me mire tanto me está poniendo muy nerviosa, así que rompo el silencio.

—¿Qué pasará si yo no le gusto? A lo mejor no soy lo que ella espera o a lo mejor su familia no me quiere y tiene que escoger entre ellos o yo.

Suspira y se frota los ojos.

—Que no le gustes a tu madre es algo que sinceramente dudo bastante, pero bueno, estamos aquí para contemplar todas las posibilidades. El único consejo que puedo darte ahora es que no pienses en eso, no empieces a imaginar lo que puede pasar y lo que no, vayamos resolviendo las cosas poco a poco. Si se da esa situación mi puerta siempre estará abierta, ya lo hablaremos. En cuanto a su nueva familia volvemos a lo que te he dicho antes, tendrás que adaptarte, tú y ellos, será algo nuevo para todos, pero estoy segura de que si ponéis de vuestra parte todo saldrá bien.

Asiento conforme, no es que me haya resuelto el problema, pero tampoco puede hacer nada más la pobre mujer.

—Hay algo que no sé si te han comentado ya Vanesa.

Me mira y la miro arqueando las cejas, si no me dice lo que es, ¿cómo voy a saberlo?

—Sabes que a tu madre se le proporcionó una identidad nueva, ¿verdad?

—Sí.

—Bien, en ese caso sabrás que ahora no se llama como antes, cambió su nombre, su apellido...

Su voz empieza a martillearme la cabeza y me siento muy imbécil, en ningún momento me he planteado ese hecho, siento como si cada cosa nueva que me dice me aleja más de mi madre en lugar de acercarme a ella.

—Pero ahora puede recuperarlo de nuevo... —me quejo.

—Puede, pero tal vez no quiera Vanesa. Ha forjado una nueva vida con esa identidad, una nueva familia, sé que es difícil pero esto no cambia nada, sigue siendo tu madre.

—¿Cómo se llama? —pregunto de malas formas.

—Lourdes, ahora se llama Lourdes.

Soy incapaz de asociar ese nombre al recuerdo que tengo de ella, mi madre se llamaba Adela, no Lourdes.

—¿Entonces cómo coño debo llamarla? —pregunto de mal humor.

Mi tono empeora y me siento mal por hablar así con la doctora, ella no tiene la culpa.

—¿Cómo la llamabas cuando estaba contigo? —pregunta sin mostrar un atisbo de ofensa.

—Mamá.

—¿Qué te parece si la llamas así? Da igual cómo se llame Vanesa, siempre será “*mamá*” para ti.

No me ve muy convencida.

—Haz una cosa, siempre que pienses en su nuevo nombre piensa que es compuesto, ni se llama Adela ni Lourdes, se llama Adela Lourdes...

—Suená fatal... —me río.

—Puedes cambiar el orden si te suena mejor—se ríe ella también.

—Creo que sí.

Lourdes Adela me suena algo mejor que al contrario, aunque sigue siendo horrible.

—Tu amiga Martina me ha comentado que tienes pareja, ¿ha venido contigo?

—Sí, mi novia está fuera esperando—contesto sonrojada, pero me siento muy orgullosa de poder decir que Paula es mi chica.

—Eso es muy bueno, tienes que apoyarte en ella ahora. ¿Dices que está aquí fuera?

—Sí.

—¿Te importa si la hago pasar? Me gustaría hablar con ella un momento a solas.

—No, claro que no—respondo extrañada.

Me levanto y salgo a la sala de espera, Paula se pone en pie en cuanto me ve.

—Quiere hablar contigo—digo encogiéndome de hombros.

Se acerca sin decir nada, me da un beso al pasar por mi lado y entra en la consulta sin quejarse. No pasan más de cinco minutos hasta que la psicóloga asoma la cabeza al pasillo y me dice que vuelva a entrar, pero a mí se me hacen eternos. Me siento al lado de Paula y ella me guiña un ojo.

—¿Me dejas que te tome el pulso Vanesa? —pregunta la doctora colocándose a mi lado.

Asiento y ella presiona mi muñeca izquierda con dos dedos mientras mira su reloj.

—¿Cómo está? —pregunta Paula cuando me suelta.

Yo ya estoy en modo avión otra vez, no tengo ganas de hablar ni de que me hablen, de pronto tengo unas ganas enormes de llorar. Solo quiero que este día se acabe y volver a casa con Paula.

—Pues un poco acelerada. ¿Del uno al diez cómo estás de nerviosa Vanesa? —me pregunta amablemente.

Me encojo de hombros y siento como me engarroto por dentro, como si mi alma se encogiera

hasta hacerse tan pequeña que deja de existir. Me empieza a faltar el aire, de pronto todo es demasiado pequeño.

—Vane... —susurra Paula.

Me dejo caer de rodillas al suelo, me hago un ovillo y empiezo a llorar con desesperación. Lloro con tanta intensidad que casi no puedo coger aire, parece que de pronto se ha acabado el mundo para mí. Los hipidos hacen que me duela el pecho y la cabeza parece que me va a explotar con cada sollozo. Paula se arrodilla conmigo y me abraza fuerte, al contrario que el resto de las veces, esta no me dice nada, supongo que por orden de la doctora. Cuanto más lloro más confundida me siento, por un lado siento alegría por poder volver a verla y por otro siento tristeza y rabia porque me hayan separado de ella. Me dejan llorar hasta que me dejo caer agotada sobre Paula, me acomoda contra ella y la doctora me seca las lágrimas con un pañuelo de papel, después me entrega unos cuantos que utilizo para sonarme hasta sentir que me quedo vacía.

—¿Eres alérgica a algún medicamento? —me pregunta la doctora.

—No—susurro.

—Bien. Voy a darte una pastilla para que te relajes.

—¿Puede hacer eso? —pregunta Paula—quiero decir, que usted es psicóloga...

La doctora sonrío.

—En realidad soy psiquiatra—dice con amabilidad—y esto es una clínica privada, así que sí, no te preocupes que puedo recetarle unas pastillas.

Es en este momento cuando tengo claro que el hecho de que yo esté aquí es cosa de Martina, seguro que ha buscado a la mejor especialista que ha encontrado y le ha explicado mi situación.

—Aunque no voy a hacerlo—continúa la doctora—tan solo quiero que te tomes un relajante muscular para que estés más tranquila cuando llegue el momento. Es muy flojito, pónelo debajo de la lengua y te hará efecto en seguida.

—No—me quejo.

—Vane, por favor—suplica Paula.

Ante su tono de preocupación no puedo negarme, así que hago lo que la doctora me dice. Me levanto y nos despedimos de ella.

—Si necesitáis cualquier cosa llamarme—dice dándole su tarjeta a Paula.

—Gracias—contestamos a la vez.

—¿Qué te ha dicho cuando has entrado? —pregunto cuando nos metemos en el ascensor.

—Que tengo mucha suerte de que seas mi novia, y que si algún día me dejas la avise para tirarte la caña—bromea.

—Vete a la mierda—sonrío.

Miro las cuatro paredes del ascensor, no hay espejo en ninguna de ellas.

—Debo tener una pinta horrible—le digo a Paula.

—No es verdad, solo tienes los ojos un poco rojos, bueno, la nariz también—dice dándome un toqucito con la punta del dedo.

Me aparta unos cuantos mechones y me da un beso.

—Podemos entrar en alguna farmacia y comprar colirio de ese para ojos resacosos, dicen que hace milagros.

—¿Dicen o lo has comprobado?

Me guiña un ojo.

—De todas formas es poco Vane, y que hayas llorado es normal, Martina y Fernando no se alarmarán por eso.

Cuando salimos a la calle Martina y Fernando vienen caminando por la acera, supongo que se han cansado de esperar en el bar. Él lleva una cajita en la mano y tal y como me dice Paula su hermana no me dice nada cuando me ve la cara, tan solo me besa la cabeza y me pasa un brazo por encima de los hombros para acurrucarme contra ella.

—A esto no podéis decirme que no—dice Fernando con una sonrisa.

Abre la cajita y saca dos gofres recién hechos con chocolate por encima. La verdad es que se me hace la boca agua. Nos metemos en el parque de la Ciudadella y nos sentamos en un banco para comer los gofres con mucha tranquilidad, los árboles nos hacen sombra y se está muy bien aquí, durante un momento incluso consigo olvidarme de todo. Pero solo un momento, porque en cuanto Paula y yo acabamos de comer, Martina se pone en pie y me mira con un gesto que no sé muy bien si es bueno o malo.

—Fernando ha recibido una llamada hace un rato—se agacha frente a mí y siento una bola aprisionándose el pecho—el juicio ha acabado Vane, ese cabrón ya está donde debería haber estado desde hace años.

Me empiezo a pellizcar el labio con los dedos, no es algo que recuerde haber hecho nunca pero en este momento no puedo dejar de hacerlo. Paula me acaricia la espalda mientras yo mantengo la vista clavada en Martina esperando la frase final. Mira su reloj.

—En media horita podemos ir a comisaría, ya deben estar llevando a tu madre hacía allí.

Vomito el gofre.



## 18. Estoy contigo

Vane se ha quedado muy pálida después de vomitar, tanto que durante unos instantes dudamos entre ir a comisaría o ir a un hospital. Fernando va a comprarle una botella de agua y casi se la bebe de un trago. Poco a poco empieza a recuperar el color y vamos caminando despacio hasta el coche.

Cuando entramos en comisaría Fernando se ocupa de todo mientras nosotras esperamos en una sala, desde luego vaya chico más atento se ha buscado Martina. Mi hermana y yo no dejamos de mirarnos, las tres estamos en silencio, pero es que Vane no ha abierto la boca desde que hemos salido del parque. Está completamente ausente, casi catatónica, se ha sentado y se mueve por inercia hacia delante y hacia atrás una y otra vez, me recuerda al niño autista de Mercury Rising. La doctora me ha dicho que tuviese el comportamiento que tuviese que no la agobie ni le reproche nada, que la deje hacer, así que tengo que contener las ganas que tengo de zarandearla con cariño y hacerla reaccionar.

De pronto mi cuñado vuelve acompañado por otro hombre, lo presenta como el inspector encargado del caso. El hombre nos tiende la mano a mí y a mi hermana y observa a Vanesa que sigue moviéndose de forma automática.

—Lo siento—la excuso—está un poco nerviosa.

—No se preocupe, es normal.

Nos dice que lo sigamos, pienso que tendré que tirar de Vane o que no se habrá enterado porque ni siquiera alza la vista para mirarlo, pero se levanta y comienza a caminar a mi lado con la vista clavada en los pies del inspector. De pronto el hombre se detiene frente a una puerta y se gira hacia nosotras.

—Es aquí Vanesa, tu madre te espera dentro—le dice amablemente.

Vane lo mira por fin y me coge la mano con mucha fuerza.

—No hay prisa, tómate el tiempo que necesites, ¿de acuerdo? —dice el inspector.

Ella asiente.

—Estaré en aquel despacho, si me necesitan no duden en llamarme—insiste el inspector dirigiéndose a mi hermana.

Fernando se va con él y Vane se queda anclada al suelo.

—¿Quieres que entre contigo? —le pregunto.

Asiente y me aprieta la mano tan fuerte que hago una mueca de dolor mirando a mi hermana,

Martina se encoge de hombros, solo le ha faltado decirme: *jódete*. Vane se acerca a la puerta y alza la mano para abrir, pero no lo hace. La mano le tiembla una barbaridad y respira muy rápido, así que me giro hacia ella y la abrazo muy fuerte, intentando que libere algo de tensión antes de entrar. El corazón le late enfurecido, creo que en este momento la pastilla ya no le hace efecto, Vane está hecha un flan.

—Estoy contigo cariño—le susurro.

—No pasará nada Vanesa—le dice mi hermana—tú entra, y si te agobias sales, yo estaré aquí fuera esperándote.

—¿Quieres que entre yo primera? —me ofrezco.

Confirma con la cabeza y abro la puerta despacio con Vanesa cogida de la mano, doy un paso hacia delante y ella se queda detrás de mí, completamente pegada a mi espalda, mirando por encima de mi hombro. Su madre está sentada en un pequeño sofá mirando estupefacta, tiene la cara muy roja y los ojos hinchados de haber llorado hasta la saciedad. Desde luego nadie puede decir que Vane no es su hija, tiene el mismo color de piel, los mismos ojos, incluso el pelo fino y lacio de mi novia es idéntico al de esa mujer.

En cuanto nos ve sonrío aliviada y se pone en pie, pero no avanza. La saludo alzando la mano que me queda libre y ella vuelve a sonreírme y clava la mirada en Vane.

—Hola hija—dice con la voz rota haciendo que se me erice el vello.

Vane no contesta y a mí me están entrando muchas ganas de llorar. Es lo más emotivo que he visto nunca, esa mujer no se acerca porque supongo que respeta el espacio de su hija, pero desprende amor materno por cada poro de su piel. Dios le da pañuelos a quien no tiene mocos, mi madre pasa de mí y de mi hermana solo porque no le gusta mi orientación sexual, y esta mujer se ha visto obligada a abandonar a su hija en contra de su voluntad durante quince años.

Su madre hace el amago de acercarse un poco, pero se detiene en seco cuando ve que Vane da un paso atrás. Oigo como la respiración de mi novia se entre corta y me quedo inmóvil, durante un momento la situación es muy incómoda, y empeora cuando Vanesa me suelta la mano, se da la vuelta y sale de la habitación. Yo me quedo, la doctora me ha dicho cuando hemos estado a solas que esto podía pasar, que si ocurría la dejara a su aire y yo intercediera con su madre, que le explicase porque Vane reaccionaba así. En la consulta me ha parecido muy bien, pero ahora que me encuentro delante de una mujer rota porque su hija no quiere verla no sé qué coño decirle.

—No se lo tenga en cuenta, Vane es muy sensible y le cuesta mucho controlar las emociones, se bloquea con mucha facilidad, solo necesita algo de tiempo para calmarse.

—En eso no ha cambiado—sonrío con tristeza.

—¿A qué se refiere? —pregunto intrigada.

—Era así de pequeñita también, su padre y yo solo la regañábamos cuando era estrictamente necesario.

Que su madre me esté contando algo sobre mi chica hace que me alegre profundamente de

haberme quedado.

—Una vez estábamos en el parque y le dijimos que era la hora de volver a casa, debía de tener unos cuatro años más o menos. Ella se negó, la dejamos un rato más pero insistía e insistía en que quería quedarse, tanto que al final su padre le gritó enfadado. Fue la primera vez que uno de los dos le levantaba la voz...

Tiene la mirada perdida mientras me habla, como si estuviera rememorando aquel momento.

—Vanesa nos miró atónita a ambos, como si fuera incapaz de comprender porque su padre le había gritado para decirle algo que ella podía oír a la perfección en un tono normal. Después comenzó a llorar desconsolada, no había manera de calmarla, fue ahí cuando nos dimos cuenta de lo sensible que era.

Me sonrío de nuevo y se deja caer en el sofá, parece agotada.

—No te preocupes—habla de nuevo—entiendo que tenga miedo, es normal, casi no me conoce. ¿Qué sois tú y Vanesa? ¿Sois amigas...? —quiere saber.

Me hace gracia, su tono es más de: *creo que estáis liadas pero me da miedo preguntar por si meto la pata.*

—Vane y yo salimos juntas, somos pareja, aunque no llevamos mucho tiempo.

Su sonrisa se intensifica.

—El tiempo no importa si sois felices. Me alegra que tenga a alguien, ¿Cómo te llamas?

—Paula, me llamo Paula.

—Encantada Paula, yo soy Lourdes.

Se levanta y se acerca para darme dos besos. Me entra un mensaje y lo abro al instante, es Martina, dice que Vane ha tenido una crisis de ansiedad y se la ha llevado a casa en taxi. Fernando está fuera esperándome a mí.

—Tal vez este no sea el mejor sitio para el encuentro, todo esto le puede resultar incómodo a Vane, quizá sería mejor que usted viniera a su casa—digo de pronto.

Ni siquiera sé porque lo he hecho, pero me he dado cuenta de que en esa situación yo preferiría encontrarme con mi madre en un lugar más acogedor, más cercano, más mío, un lugar en el que yo me sintiera segura y desde luego este sitio no lo es.

—Tutéame por favor—me pide—¿Vanesa se ha ido verdad?

—Sí, no se encontraba muy bien y la han llevado a casa.

No he querido entrar en detalles. Me sabe fatal todo lo que está pasando.

—Lo siento mucho—me disculpo otra vez—Vane es maravillosa, un encanto de chica, ya lo verás.

—Estoy segura de eso—responde con tristeza.

Me da una lástima terrible. Tal vez me la juegue a que Vane se enfade conmigo pero en mi

opinión esta situación no se puede alargar más, no puede pasar de este día. Le pido el número de teléfono y me lo guardo en el móvil.

—Cuando esté en casa con Vane te enviaré la ubicación. Vente esta tarde a verla, estará mucho más tranquila—le propongo.

—¿Segura? No quiero agobiarla Paula, si no se siente preparada estoy dispuesta a darle el tiempo que necesite.

—Está preparada—afirmo—solo tiene miedo, nada más. Hazme caso, ven esta tarde.

—Está bien...

—¿Tienes con qué venir? Puedo venir a buscarte si quieres—me ofrezco.

—No te preocupes, mi marido me acercará.

Mi gesto se contrae. ¿Su marido? Eso sí que es algo para lo que Vane no puede estar preparada hoy, las cosas por partes, primero su madre y el resto poco a poco. Creo que Lourdes ve mi gesto de susto.

—Tranquila—se apresura a decir—él solo me llevará, se esperará en algún bar. No voy a presentárselo a Vanesa hasta que ella no quiera.

—Genial, gracias—respondo aliviada.

Cuando Fernando y yo llegamos, Vane está tumbada en el sofá. Martina me dice al entrar que ya está más calmada, ha hecho unos ejercicios de respiración con ella y le ha preparado una infusión.

—Le he dicho a su madre que venga esta tarde—le susurro a mi hermana.

—¿Aquí? —pregunta alarmada.

—Sí, aquí. Conozco a Vane más de lo que crees Martina—me defiende cuando arquea las cejas—ha de quitarse esto de encima, estoy segura de que ahora se siente mal por haberse ido, igual la cago, pero yo creo que tiene que verla. Hoy—sentencio convencida.

—Sí, tienes razón.

Esta vez soy yo la que arquea las cejas con una sonrisa, mi hermana dándome la razón a mí, esto sí que es nuevo. Me acerco a mi chica, la beso y me siento a su lado.

—¿Cómo estás cariño? —pregunto preocupada.

Me sonrío agradecida pero no dice nada. No sé si es el mejor momento para decirle lo que he hecho pero lo hago.

—Le he pedido a tu madre que se pase por aquí esta tarde—digo apartándole el pelo de la cara.

Vane me mira fijamente, pero tampoco pone mala cara.

—Tienes que conocerla Vane, es una mujer muy agradable, me ha caído muy bien.

Me sonrío otra vez, parece agotada, superada.

—¿Te parece bien?

Asiente y cierra los ojos. Le mando un mensaje a su madre con la ubicación y le digo que se pase sobre las seis, Vane necesita descansar. Voy a por una sábana, la tapo para que no coja frío y me tumbo con ella. Martina y Fernando salen a comprar pollo asado para comer.

## 19. Liberar tensiones

Me acabo de despertar y estoy desubicada, la única certeza que tengo es la de que Paula está a mí lado leyendo un libro en su móvil. No sé la hora que es ni cuanto he dormido, pero tengo mucha hambre y huele a pollo, ojalá hayan traído patatas también.

—¿Qué hora es? —pregunto con la voz ronca.

—He aquí la bella durmiente—sonríe Paula—son algo más de las cuatro.

Me incorporo de golpe al recordar que Paula le ha dicho a mi madre que viniera por la tarde.

—Tranquila Vane, vendrá sobre las seis—me calma.

—Venga moved el culo y a la mesa—dice Martina a mis espaldas.

Devoro como si llevara días sin probar bocado, suerte que han comprado de sobra porque me he comido dos muslos y una cantidad indecente de patatas.

—Come despacio Vane, podría sentarte mal—me advierte Martina sorprendida.

—Déjala que coma—se ríe Paula—que últimamente ha comido muy poco y encima lo ha vomitado. Mi niña está vacía, ¿verdad cariño? —bromea pellizcándome el moflete.

Sonrío y sigo comiendo. La verdad es que me encuentro mejor, me ha sentado bien dormir ese rato al lado de Paula, me ha reconfortado mucho saber que está conmigo. Me sorprende a mí misma por lo tranquila que estoy, después de comer todos toman café menos yo, tomo otra infusión mientras respondo a la llamada de Isa. Le explico lo que ha pasado con mi madre y después tengo que volver a explicarle lo de Martina.

—Es que todavía no entiendo como no me hablaste de Martina antes—me riñe otra vez.

—No podía Isa, era algo que necesitaba mantener en secreto, ya sé que es difícil de entender, pero yo me sentía mejor así—me disculpo otra vez.

—Está bien—se conforma por fin—me alegro mucho de que tu chica esté contigo ahí ahora, ¿cuándo me la vas a presentar para que le dé el visto bueno? —pregunta divertida.

—Cuando vuelvas, estoy deseando que la conozcas—digo sinceramente.

—Bueno Vane tengo que dejarte, cuéntame luego cómo ha ido todo, ¿vale?

—Claro.

—Esta vez no recules Vane, necesitas reencontrarte con ella de una vez, prométeme que serás fuerte—me exige.

—Lo prometo.

Cuando cuelgo me voy al lado de Paula y le explico lo que he hablado con Isa.

—Es que no me extraña que flipe un poco Vane—me dice cuando le explico lo de Martina.

—Tenía mis motivos—me defiende.

—Que paciencia la de tu amiga—me abraza y me muerde la oreja flojito—a mí me ocultas algo así y te como—bromea dándome mil besos y arrancándome una sonrisa.

—Dejad de hacer el tonto y daos una ducha para desperezaros anda, menudas ojeras lleváis las dos—ordena Martina.

—¿Qué insinúas? ¿No estamos guapas? —le vacila su hermana sin dejar de abrazarme.

Paula no me suelta, y entre bromas, cosquillas y caricias me arrastra hasta la habitación y cierra la puerta de un empujón.

—¿Qué haces? —pregunto riendo mientras ella me baja los pantalones.

—Voy a ayudarte a liberar tensiones—dice divertida mientras su mano se cuele por debajo de mis bragas.

Mi primera intención es decirle que no, no me parece el mejor momento, pero en cuanto noto como sus dedos se mueven por mi sexo me doy cuenta de lo mucho que me he mojado y de que me muero de ganas de que Paula me folle. Sonrío y me entrego a ella, la dejo hacer lo que quiere conmigo. Primero me da la vuelta y me pone de cara a la pared, después me baja las bragas hasta los tobillos y me hace apoyar las manos con los brazos extendidos, de forma que hay cierta distancia entre la pared y mi cuerpo. El corazón me late a mil por hora, estoy taquicárdica y muy excitada.

Deduzco que ella también se ha bajado los pantalones porque noto el vello de su sexo pegado a mi culo, ella se frota contra mí mientras su mano le dedica unas atenciones especiales a mi clítoris haciendo que me tiemble todo el cuerpo.

—Recuerda que mi hermana está ahí fuera—susurra en mi nuca.

Sonrío excitada, me hace gracia su comentario, si hay alguien en esta habitación que debe preocuparse por el ruido es ella, no yo. Empiezo a moverme contra su mano, necesito más, más fuerte y más rápido, entonces Paula se separa y me da la vuelta. Se arrodilla y atrapa mi sexo entre sus labios. Su lengua se mueve feroz sobre mi clítoris, con una velocidad y un ritmo tan exquisitos que no tardo en correrme entre sus labios. La cosa no termina ahí, mi chica todavía no se ha corrido y eso es algo que yo estoy dispuesta a subsanar de inmediato, pero cuando separa su boca de mí, me empuja ligeramente hacia atrás, indicándome que quiere que me mantenga ahí. Eso me excita y le hago caso algo sorprendida, apoyo la espalda en la pared mientras la observo, de pronto Paula se sienta en la cama, se abre de piernas y empieza a tocarse lentamente sin dejar de mirarme.

No recuerdo haber tenido dos orgasmos tan seguidos nunca, siempre necesito algo de tiempo para recuperarme, pero en cuanto la veo hacer eso me pongo tan cachonda que siento que voy a explotar de gusto. Noto como las paredes de mi vagina se contraen sin control una y otra vez y el corazón me late fuerte por todo el sexo. No puedo evitar imitarla, clavo la vista en su mirada

salvaje y comienzo a tocarme siguiendo el mismo ritmo que ella, un ritmo lento pero intenso, tan intenso como el orgasmo que nos devora a las dos casi a la vez.

Me dejo caer por la pared hasta sentarme en el suelo mientras recupero el aliento, Paula sigue sentada en la cama con las piernas abiertas, las manos apoyadas en el colchón y una sonrisa de satisfacción que no le cabe en la cara.

—Esto no está bien—digo riendo—mi madre está a punto de venir y míranos.

—Solo te estás relajando un poco Vane—contesta riendo también—esto es liberador y saludable, mírate—me señala—has recuperado el color y no dejas de sonreír. El sexo es la mejor receta para todo, recuérdalo chulilla.

Se levanta, camina hacia mí y me tiende las manos para que me levante.

—Venga, vamos a darnos esa ducha, que ahora sí que empezamos a ir justitas de tiempo.

Después de ducharnos me da una vergüenza horrible salir de la habitación, no puedo dejar de pensar en Martina y Fernando, no es una cuestión de que nos hayan oído o no, es que simplemente es evidente lo que hemos hecho. Para mi sorpresa cuando salimos no están, hay una nota encima de la mesa con la letra de Martina, dice que se han ido a dar un paseo.

—Joder, y yo mordiéndome el puño para no hacer ruido, lo podían haber dicho antes—se queja Paula.

La beso cuando paso por su lado y me dejo caer en el sofá. Ella se sienta conmigo y me coge la mano.

—Irás bien Vane, no te preocupes. ¿Quieres que me vaya cuando venga? Os puedo dejar a solas.

—No—respondo tajante mientras aprieto su mano—no quiero que te vayas.

—De acuerdo, me quedo contigo.

Suena el timbre y pienso que el corazón se me va a salir por la boca.

—Ya voy yo—se ofrece Paula.

—No, abro yo.

Me sorprende a mí misma levantándome y dirigiéndome a la puerta. Falsa alarma, son Martina y Fernando. Por un momento suspiro aliviada, pero lo cierto es que deseo que mi madre llegue, me encuentre mejor y no tengo ninguna intención de salir huyendo, quiero ver a mi madre. Martina también me pregunta si prefiero que se marchen, pero también me niego, ellos han estado conmigo en el peor momento y también quiero que estén en el mejor.

Vuelve a sonar el timbre y durante un instante me paralizo frente a la puerta, ya no cabe duda, no esperamos a nadie más, sé que es ella. Vuelve a sonar.

—Vane cariño—dice Paula asomándose al recibidor—¿abro yo?



Niego con la cabeza, descuelgo el telefonillo y me quedo escuchando sin atreverme a decir nada.

—¿Vanesa? —oigo al otro lado del aparato.

Mi dedo se mueve solo y aprieto el botón para abrir. Abro la puerta de casa de par en par y me quedo justo delante arrimada a la pared, como si ese muro fuera lo único que me impide salir corriendo otra vez. Paula se vuelve al comedor. Oigo el sonido del ascensor cuando baja y lo vuelvo a oír cuando empieza a subir, yo sé exactamente cuánto tarda, pero parece que todo transcurre a cámara lenta. El ascensor se detiene por fin y la puerta se abre, los latidos del corazón me retumban en los oídos cuando escucho sus pasos. Lleva tacones, recuerdo de inmediato ese sonido cuando llegaba a casa del trabajo, yo solía estar en mi habitación haciendo los deberes y oía su taconeo por el pasillo hasta abrir mi puerta. Era lo primero que hacía cuando volvía a casa, venir a saludarme a mí.

Me estremezco mucho ante ese sonido, miles de recuerdos me atropellan la mente en este momento y cuando estoy intentando poner orden en mi cabeza mi madre aparece en mi puerta. Se detiene justo debajo del marco y me sonrío, siento una especie de descarga eléctrica que me expulsa de la pared y me lanza hacia ella. Mi madre me abraza muy fuerte y su olor me inunda con más recuerdos. Vuelvo a aferrarme al calor de su cuerpo y la fuerza de sus brazos, ahí me siento segura, casi tanto como en los brazos de Paula.

Empiezo a llorar y ella conmigo, mis hipidos se mezclan con los suyos y con algunas palabras que ella me intenta susurrar pero que yo soy incapaz de entender. Nos dejamos caer al suelo poco a poco, ella apoya la espalda en la pared y me acurruco en su regazo. Paramos de llorar y simplemente nos quedamos así, cierro los ojos y me relajo profundamente mientras ella me acaricia el pelo, como hacía cuando era pequeña y tenía miedo, si no recuerdo mal yo era bastante cagueta, todo me asustaba con mucha facilidad.

Unos minutos más tarde viene Paula, pasa por encima de nosotras con cuidado y cierra la puerta, al volver le da un paquete de pañuelos a mi madre y se marcha de nuevo. Seguimos en silencio durante otro rato, me hubiera quedado así toda la tarde, recuperando parte de lo que me han quitado.

—¿Cómo te ha tratado la vida cariño? —pregunta.

Salvo el hecho de su desaparición y la muerte de mi padre no me ha pasado nada que no sea normal, no me puedo quejar.

—Bien. ¿Dónde vives ahora? —pregunto intrigada.

—En Alnwick, es un pequeño pueblo en las afueras de Edimburgo.

—¿Es bonito?

—Sí que lo es, seguro que te encantará.

—¿Hablas inglés? —pregunto sorprendida.

—No me quedó otro remedio que aprenderlo—se ríe.

Volvemos a quedarnos en silencio, no se me había ocurrido que pudiera vivir tan lejos, pero supongo que es normal. ¿Quién va a buscarla en un pequeño pueblo de otro país?

—Estás hecha toda una mujer mi vida—susurra de pronto.

—Tú estás más arrugada—me río.

—¡Oye! Un respeto a tu madre—me regaña con gracia—por cierto, Paula me ha parecido una chica estupenda, y muy atenta.

—Lo es—sonrío orgullosa.

—Hacéis muy buena pareja—dice con sinceridad.

—¿Tengo hermanos?

Suspira y sonrío.

—Uno, un hombrecito de once años.

—¿Cómo se llama?

—Hugo.

Martina se asoma.

—Hemos preparado un poco de pica pica, ¿por qué no venís? Se os va a quedar el culo plano—sugiere.

Plano no, pero dormido hace rato que lo tengo. Le hacemos caso y nos unimos a ellos. Paula y Martina le hacen preguntas a mi madre y ella responde mientras yo la escucho atenta, intentando no perderme ni un solo detalle de todo lo que cuenta, me encanta oír su voz. Ella me pregunta cosas a mí pero yo no estoy por la labor de hablar, prefiero que lo haga ella y al parecer se da cuenta porque no me insiste. Sigue respondiendo y contando cositas sobre mi infancia. Un par de horas más tarde se marcha, queda en volver al día siguiente a la misma hora. Martina y Fernando también se marchan a su hotel.

—Me encanta mi suegra—dice Paula divertida con la boca llena.

Se ha sentado en la encimera de la cocina y está comiendo patatas de bolsa. La miro con intriga y se encoge de hombros.

—No me mires así Vane, Lourdes es una fuente de información privilegiada sobre ti, seguro que me cuenta cosas muy graciosas.

Me dedica una sonrisa maliciosa que me encanta.

—¿Te recuerdo que tu hermana me adora y también me contará cosas?

—¿Es una amenaza? —pregunta socarrona.

Me acerco para coger una patata y Paula retira la bolsa.

—¡Eh! —Me quejo.

—¿Quieres una patata? Cógela chulilla—me vacila.

Sujeta la patata con la mano y me la pone delante, pero cuando la voy a coger me da un manotazo flojito.

—Con la mano no.

Sonrío y me acerco para cogerla con la boca, conforme me voy acercando ella retrocede con la patata hasta que la deja delante de sus labios. La aparta cuando llego y abre la boca para que lo primero que encuentren mis labios sea su lengua, Paula sabe a patatas al jamón, así que mi lengua entra en su boca y la saboreo con un beso profundo que nos hace estremecer a las dos. Cuando me separo se coloca la patata entre los dientes y se la robo.

—Así da gusto comer—me guiña un ojo y cuando acabo de masticar vuelvo a besarla.

## 20. Casi un año después

Después de aquella tarde podría decirse que para Vane comenzó una nueva vida, una que incluía a su madre, pero lo más importante es que también me incluye a mí. Lourdes se quedó casi quince días en España, su marido volvió antes al Reino Unido para hacerse cargo de su hijo al que habían dejado al cuidado de una hermana de él. Todos esos días se vieron, se pusieron al día y se dedicaron a conocerse poco a poco, tenían mucho que recuperar.

Todo ese tiempo lo nuestro quedó a un lado, me refiero a que no hablamos de nuestra relación hasta que su madre se fue. Para entonces nuestra convivencia se había convertido en algo muy natural, había sucedido sin que prácticamente nos diéramos cuenta. Nos habíamos adaptado perfectamente, para mí era mi casa, cuando cruzaba aquella puerta olía a hogar, olía a lo que deseaba tener en mi vida. Fue Vane la que me propuso que me quedara a vivir allí, lo hizo de una forma muy graciosa, supongo que como le daba vergüenza me soltó el tiritito en broma, pero lo soltó.

—Si hemos sobrevivido casi tres semanas sin matarnos podremos seguir haciéndolo, ¿no?

—¿Me estás pidiendo que viva contigo Vanesita? —pregunté cogiéndola por la cintura.

Se ruborizó como nunca, casi notaba el calor extra que desprendía.

—Si tú quieres sí—susurró encogiéndose de hombros.

—¿Quieres tú? —le pregunté, quería volver a oírlo.

—No me vaciles Paula—se quejó con timidez—¿quieres vivir conmigo o no?

—Claro que quiero cariño...

Ese mismo fin de semana hicimos un viaje en coche a Madrid para coger todas mis cosas, aunque solo cogimos las que cabían en el maletero porque el asiento trasero estaba reservado para Lupo. El perro se adaptó perfectamente a su nuevo hogar, aunque no me extraña, cada día lo sacamos tres o cuatro veces y lo llevamos al río, allí lo soltamos para que juegue y se dé unos cuantos chapuzones, le encanta el agua. Además es nuestro compañero para todo, para cualquier recado que tengamos que hacer por el pueblo, él viene con nosotras.

Gracias a Isa encontré trabajo casi de inmediato, una amiga suya había abierto un centro de estética y me contrató como masajista. Aunque eran solo quince horas semanales Vane no quería que lo cogiera, decía que debía abrir mi propio centro como yo tenía pensado al principio, pero a mí hacía días que otra idea me rondaba la cabeza. Siempre había querido tener un blog en el que poder hablar de todos los potingues que utilizo para mis masajes, de la música que pongo para realizarlos, el tipo de velas, el incienso, en fin, de todo al ambiente que creo para ayudar a la

relajación. No lo había hecho nunca porque soy una negada para la tecnología, pero resulta que mi chica sí que sabe. Se lo comenté, le pregunté si podía hacerme una web en la que pudiera hablar de esas cosas y tal vez con el tiempo incluso empezar a vender los productos.

A Vane le pareció una idea estupenda y me lo hizo todo de golpe, creó una tienda online chulísima con un blog para que yo escribiera mis artículos. Comencé a compartir lo que escribía en las redes sociales y al parecer a la gente le gusta, porque poco a poco la página se empezó a posicionar bien y comencé a tener las primeras ventas, supongo que Vane tendrá algo que ver en el posicionamiento pero ella insiste en que no. A día de hoy he dejado el trabajo en el centro de estética, elaboré distintos packs que incluían productos para la relajación, entre ellos uno para la relajación en el baño que se está vendiendo de maravilla, ahora las dos trabajamos desde casa.

En nuestro primer viaje al Reino Unido Vane estaba hecha un flan, en aquel viaje iba a conocer a su padrastro, pero lo más importante era que iba a ver por primera vez a su hermano Hugo. A mí también me inquietaba un poco porque el crío está en una edad muy mala y a lo mejor veía a Vane como la competencia, una intrusa que venía a robarle parte del cariño de su madre. Por suerte no fue así, es un niño encantador y Vane y él conectaron muy rápido. Tienen muchas cosas en común, entre ellas su afición por los ordenadores y ahora por los videojuegos, por uno en concreto, Mario Kart. Vane y yo compramos la misma videoconsola que tiene su hermano y ahora dos tardes a la semana durante una hora (la que lo dejan jugar sus padres si se porta bien y hace los deberes) nos conectamos online y echamos unas carreras que siempre gana Hugo.

Solemos visitar a su familia cada tres semanas, siempre vamos nosotras porque nos es más fácil desplazarnos que a ellos, salvo en navidades que vinieron aquí tres semanas. También solemos visitar a Martina con mucha frecuencia, lo que al final acaba resultando agotador, tanto viajar cansa, y mucho.

—Necesito un fin de semana de relax Vane—le suplico mientras deshacemos la maleta después de volver de Madrid y recoger a Lupo de casa de Isa.

—Define relax.

—Tú, yo, el sol y la playa. Nada de viajes, nada de trabajo, sin perro, tú y yo solas en un hotel con todo incluido. Un par de días para nosotras, ¿no es pedir mucho no?

He puesto una voz muy sexy para provocarla, aunque creo que sin eso también la habría convencido.

—Vale—concede sin más.

—¿Sí? —Pregunto emocionada—¿te parece bien? Podríamos hacer snorkel, hace mil años que no lo hago y me encanta. Aunque si no quieres sol puede ser otra cosa Vane, lo único que quiero es desconectar.

—Lo del sol y el snorkel me parece bien, además conozco una cala que te encantará para hacer eso.

Conozco a Vane perfectamente, y en su mirada veo ese toque de timidez que la atrapa cuando algo le ronda la cabeza y le da vergüenza decirlo.

—¿Qué estás pensando?

Aparta la mirada y me pone cachonda de inmediato, porque eso solo lo hace cuando lo que piensa tenía que ver con el sexo.

—Venga Vane, dímelo coño—sonrío impaciente.

Me mira y se sonroja.

—Siempre he querido bañarme desnuda en la playa. Nunca lo he hecho porque me daba vergüenza ir sola—confiesa.

Ahora estoy más cachonda. La rodeo con los brazos y le susurro:

—Todo lo que acabe contigo desnuda me parece un planazo cariño, podemos dedicar un día a explorar el fondo marino y otro a explorar sensaciones nuevas en una playa nudista, yo tampoco he ido nunca, pero ahora que lo dices me apetece muchísimo ir contigo.

Ningún fin de semana de los que pueda pasar durante lo que me queda de vida superará a este, sin duda el mejor hasta la fecha. Vane se ha ocupado de reservar un hotel en la costa brava y entre las dos hemos buscado una playa nudista que esté más o menos cerca de donde nos alojamos.

Salimos el viernes por la tarde a última hora, Isa no sale del trabajo hasta las ocho y ella se va a quedar con Lupo. Vane parece conocer perfectamente el sitio al que vamos, se desvía y coge una carretera de curvas interminable, por un momento me asusto pensando que mi chica ha cambiado de planes o se ha perdido, pero aunque la carretera es horrible las vistas son increíbles, vamos siguiendo la línea del mar. Esta tarde me he enamorado de la costa brava.

Resulta que el hotel está en esta carretera tan estrecha, Vane da su nombre y en seguida nos dejan meter el coche en el parking para clientes. Antes de hacer el check in Vane me coge de la mano y me lleva hacia el filo de la parte trasera del jardín privado del hotel, que está protegido con una valla hecha de troncos de madera. Es un acantilado increíble con unas vistas maravillosas al mar, lo contemplamos un rato y después tira de mí hacia el lado derecho.

—Mira ahí abajo—me pide con una sonrisa.

Me quedo atónita, hay una cala preciosa rodeada de acantilados y pinos, no creo que tenga más de setenta u ochenta metros de ancho. También hay un bar con terraza y varias duchas. Joder, es perfecta.

—¿Es una cala privada? —pregunto intrigada.

—No, es pública, pero como está en esta carretera tan mala y hay tan poco sitio para aparcar no viene mucha gente.

—¿Habías estado aquí antes?

—En el hotel no, pero en la cala sí, vine una vez con Isa y unas amigas.

Como es tarde cuando llegamos, nos duchamos y bajamos a cenar al restaurante del hotel. Después volvemos a la habitación y ya no salimos de ella hasta el día siguiente, la cama es comodísima.

### *Sábado, día de snorkel*

Nos levantamos a las nueve en punto y después de desayunar nos ponemos los bikinis, cogemos las toallas, las aletas y las gafas de snorkel y nos bajamos a la cala. Se está de maravilla, sabíamos que este fin de semana iba a hacer buen tiempo, por eso lo hemos elegido. Vamos alternando un poco de todo, desde siestas exquisitas al sol, hasta baños refrescantes y refrescos en el bar mientras charlamos tranquilamente sentadas en unas cómodas sillas a la sombra. No es hasta después de comer cuando nos ponemos el equipo y nos adentramos en el mar a explorar.

No sé si toda la costa brava es igual pero esta cala cubre a los pocos metros de haber entrado. Nos cogemos de la mano para mantenernos juntas y comenzamos a avanzar despacio mientras disfrutamos de las vistas que ofrece el fondo marino, en varias ocasiones nos sumergimos y tocamos estrellas de mar con la mano. Le doy un toque a Vane para que saque la cabeza del agua, quiero decirle lo mucho que me está gustando esto.

—¿Qué? ¿No me digas que ya estás cansada? —pregunta con las gafas en la cabeza y los ojos achinados por el reflejo del sol.

—No, solo quiero que sepas que me encanta esto Vane, has escogido una cala preciosa.

La abrazo y nos besamos sin dejar de mover las aletas.

—Si me sigues te enseño otro sitio que te gustará mucho—dice traspasándome con su preciosa mirada.

Miro hacia delante, los acantilados ya llegan a su fin y solo se expone ante nosotras el mar abierto, algo que me da mucho respeto, pero decido confiar en Vane, así que le doy la mano y volvemos a meter la cara en el agua. Avanzamos unos metros y cuando los acantilados terminan ella tuerce a la izquierda, hay varias rocas que sobresalen del agua y nadamos entre ellas un rato. Solo veo a dos bañistas por allí, nadie se mete tan adentro, empiezo a ponerme nerviosa y detengo a Vanesa.

—Vane por aquí no hay nadie, si nos pasa algo... —le digo un poco asustada.

—Estamos llegando, es justo detrás de esa roca.

—No me mientas eh, chulilla, como no sea allí ya verás—la amenazo con picardía.

Seguimos y en cuanto pasamos la roca tuerce de nuevo a la izquierda. Me quedo boquiabierta, el agua se mete entre las rocas por una pequeña cueva iluminada ligeramente por los rayos de sol que se cuelan por algunos puntos entre las rocas. Avanzamos por ella unos veinte

metros y encontramos una diminuta playa de piedrecitas. Nos sentamos en silencio mirando hacia el mar, solo se escucha el eco que hacen las pequeñas olas cuando rompen contra las rocas. Vane se sienta detrás de mí y me quita la parte de arriba del bikini, ardo. Comienza a tocarme los pechos mientras me besa el cuello y me rindo a ella, sé que es difícil que alguien más venga y en caso de hacerlo me dará tiempo a taparme porque esta zona está algo oscurecida, aun así me excita muchísimo saber que no tenemos intimidad al cien por cien.

Vane se recrea mucho en mis pechos, me hace sentir un hormigueo muy agradable por todo el torso, sus caricias y el sonido del mar me resultan terriblemente agradables. Poco a poco comienza a bajar una mano por mi abdomen.

—Bájatelas—ordena.

Poco me falta para correrme con esa palabra, su tono y lo mucho que me apetece de repente desnudarme. Apoyando mi espalda en ella, levanto el culo y me baja las braguitas hasta los tobillos. Junto los pies y separo las rodillas, quedándome completamente abierta para que Vane acaricie todo mi sexo con la palma de la mano. Juguetea con sus dedos entre mis pliegues con la misma calma y dedicación que ha mostrado con mis pechos. De pronto me hace levantar y sentarme sobre sus piernas algo separadas, lo que le deja espacio para colar su mano por detrás, entre su abdomen y mi espalda y pasarla por debajo de mi culo hasta alcanzar mi vagina. Me penetra con dos dedos y con la otra masajea mi clítoris, todo a la vez, el placer me llega tanto desde dentro como desde fuera, y además llega lento, lento y jodidamente intenso. Comienzo a jadear y las rocas intensifican mis gritos con el eco, algo nuevo y que me pone más cachonda si es que se puede. Vane intensifica sus caricias de golpe, tengo que inclinarme un poco hacia delante y apoyarme con las manos en el suelo para dar pequeños y rápidos saltitos sobre la mano que me penetra. Me corro muy fuerte. Necesito un buen ratito para recuperarme, pero en cuanto lo hago le pido a Vane que cambiemos de sitio, quiero follarla de la misma forma que me lo ha hecho ella a mí, algo tan bueno también tiene que probarlo ella.

Cuando volvemos a la cala nos dedicamos a tomar el sol y poco más, estamos exhaustas.

### *Domingo, día de nudismo*

Esta noche hemos dormido profundamente. Nos hemos levantado a la misma hora que ayer y hemos recogido todas nuestras cosas. Para ir a la playa nudista necesitamos el coche, así que ya no vamos a volver al hotel, de allí a casa. Desayunamos y pedimos que nos preparen unos bocadillos y algo más para picar, compramos también unos refrescos y nos vamos.

Para llegar a esa playa primero tenemos que atravesar a pie otra playa, al fondo hay un camino entre las rocas y unos cuantos árboles, y tras un cuarto de hora más andando llegamos a otra pequeña cala. Es más pequeña que la de ayer y no habrá más de treinta personas, casi todas completamente desnudas. Al principio caminamos entre ellos con timidez, incluso a mí me da cosita. Escogemos ponernos al fondo, al lado de las rocas que marcan el final de la cala. Dejamos nuestras cosas, extendemos las toallas y nos quedamos mirando una a la otra.



—Olvídate de la gente Vane, disfrutemos de nosotras—la animo.

Dicho eso me desabrocho la parte de arriba y la dejo caer sobre la toalla. No sé qué me excita más, si el hecho de que estoy segura de que nos miran o que noto como Vane se acelera al verme. Sin dejar de mirarla me bajo la parte de abajo y me la quito. Vane me escanea como si nunca me hubiera visto desnuda y se quita la parte de arriba. Ya es oficial, yo estoy muy cachonda y ella también. Me acerco a ella hasta que mis pezones endurecidos rozan los suyos.

—Ahora las braguitas chulilla—exijo.

Abre la boca un poquito, su aliento me roza con más frecuencia de la habitual y tengo que contenerme para no ser yo la que le arranque las braguitas con los dientes.

—Desnúdate Vane, quiero verte—insisto.

Lo hace. Se desnuda y sin mediar palabra la cojo de la mano y tiro de ella hacia el agua. Esta playa también cubre muy pronto, apenas hemos dado unos pasos y ya siento el agua acariciar todo mi cuerpo desnudo, es muy placentero y excitante a la vez. Nos sumergimos varias veces, nos hacemos las muertas, jugueteamos y nos hacemos ahogadillas hasta que de pronto empezamos a besarnos. Nos abrazamos y como si bailáramos en el agua dejamos que nuestros cuerpos se acaricien mutuamente mientras nuestras lenguas juegan entre ellas en un baile sensual y eléctrico a la vez.

—Esto me excita mucho Vanesita...

Sonríe socarrona y dobla su pierna y la mete entre las mías hasta tocar mi sexo. Me agarra por el culo y paso mis brazos alrededor de su cuello. Miro en todas direcciones, hay gente, pero a una distancia suficiente como para que no me oigan ahogar los gemidos en su cuello, porque tengo claro que voy a correrme aquí mismo. No me resulta nada difícil frotarme contra el muslo de Vane, el movimiento del agua me ayuda a disimular y me mantiene a flote sin que mi chica tenga que esforzarse en sujetarme, algo que aprovecha para acariciar mis cachetes. No es tan bueno como el de ayer, porque sinceramente ese polvo fue increíble, pero me gusta mucho, como todo lo que hago con Vanesa.

Volvemos a casa después de comer, pasamos por casa de Isa para recoger a Lupo y cuando llegamos le damos un paseo. Después nos duchamos y nos tumbamos en el sofá a echar una merecida siesta, Lupo se tumba en el suelo a nuestro lado, ya estamos toda la familia al completo.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —susurro mirándola a los ojos.

Vane abre mucho los ojos y me mira sorprendida.

—¿Y esa cara? —pregunto apartándole un mechón de pelo.

—No me lo habías dicho nunca—contesta con brillo en la mirada.

Es cierto, no se lo he dicho, pero ella a mí tampoco.

—Tú tampoco me lo has dicho nunca Vane.

—Pensé que no te gustaba decir esas cosas, y no me importa, sé que me quieres Paula, me lo demuestras cada día.

—Claro que te quiero cariño, y mucho—le aparto otro mechón de la cara y la beso.

—Yo también te quiero Paula—susurra.

Cierra los ojos y se acurruca contra mí.

FIN

Si has llegado hasta aquí me imagino que será porque el libro te ha gustado (o al menos eso espero). Te agradecería mucho que dejaras tu valoración en Amazon para ayudarme a presentar mi libro a más lectoras.

Ah, ¿quieres un relato gratis? Haz lo siguiente...

Entra en mi web: <https://monicabenitez.es/> y descárgate de forma gratuita el relato *Libérate*, una historia protagonizada por Olga, una mujer que está atravesando un momento de actividad sexual que la tiene muy desconcertada, ante eso, y temiendo que se trate de un problema grave, decide acudir a una psicóloga. Allí se encontrará con Andrea, una joven que le dará un diagnóstico totalmente diferente a lo que ella imaginaba.

Si quieres ponerte en contacto conmigo puedes hacerlo a través del correo: [hola@monicabenitez.es](mailto:hola@monicabenitez.es) o en mi cuenta de Twitter [@monicabntz](https://twitter.com/monicabntz), estaré encantada de que lo hagas :) También puedes seguirme en [Facebook](#)

Otros libros de la autora:

[Encubierta](#)

[Descubierta](#)

[Llámame Eva](#)

[La borde y dulce Lai](#)

[La borde y dulce Lai 2](#)

[Detrás de sus caricias](#)

[Tan lejos, tan cerca](#)